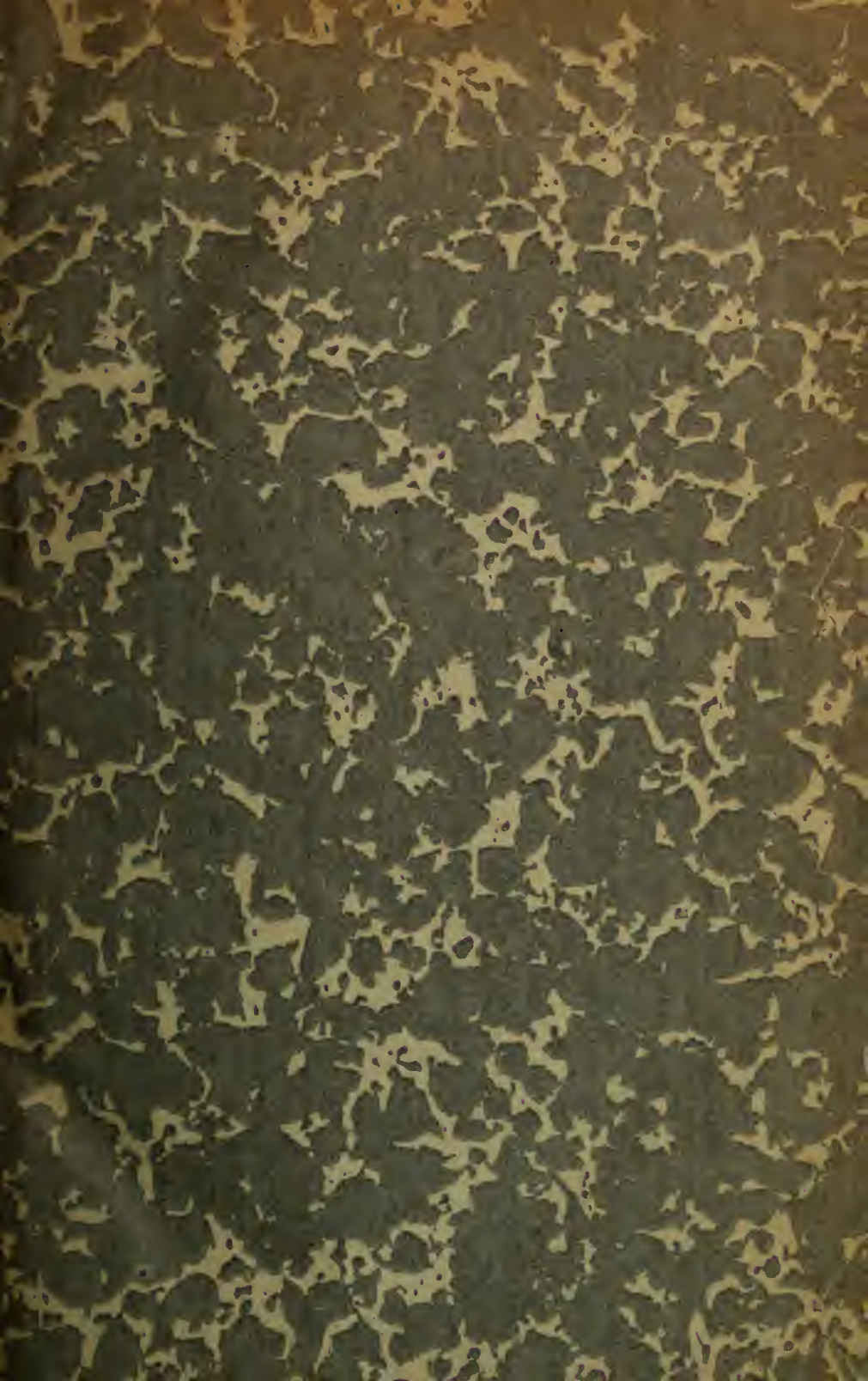




3 1761 07803034 3







OBBRAS PUBLICADAS

PIO BAROJA : **PARADOX, REY.**

Un volumen en octavo..... 3,00

J. G. N. : **AVENTURAS DEL
SUBMARINO ALEMAN U...**

Un volumen en octavo, ilustrado con
grabados..... 2,00

PIO BAROJA : **LA FERIA DE LOS
DISCRETOS.**

Un volumen en octavo..... 3,50

- PIO BAROJA : **NUEVO TABLADO
DE ARLEQUIN**

Un volumen en octavo..... 3,00

Nuevo tablado de Arlequín.

OBRAS DE PIO BAROJA

Pesetas

Vidas sombrías (agotada).	
Idilios vascos (agotada).	
El tablado de Arlequín.....	1,00

LAS TRILOGIAS

Tierra vasca.

La Casa de Aizgorri...	1,00
El Mayorazgo de Labraz.....	3,00
Zalacain, el aventurero.	1,00

La vida fantástica.

Camino de perfección...	1,00
Inventos, aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox.....	1,00
Paradox, Rey.....	3,00

La Raza.

La Dama errante.....	3,00
La ciudad de la niebla.	1,00
El árbol de la Ciencia.	3,50

La lucha por la vida.

La busca.....	3,50
Mala hierba.....	3,50
Aurora roja.....	3,50

El Pasado.

La feria de los discretos.....	3,50
Los últimos románticos.	3,50
Las tragedias grotescas.	3,00

Las ciudades.

César ó nada.....	4,00
El Mundo es así.....	3,50

El Mar.

Las inquietudes de Shanti Andía.....	3,50
--------------------------------------	------

MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCION

El aprendiz de conspirador.....	3,50
El escuadrón de Brigante.....	3,50
Los caminos del Mundo.....	3,50
Con la pluma y con el sable.....	3,50
Los recursos de la astucia.....	3,50
La ruta del aventurero.....	3,50

EN PRENSA

La busca (3.^a edición).
Mala hierba (2.^a edición).
Aurora roja (3.^a edición).

Próximamente continuación de las
MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCION

B264nu

PIO BAROJA

Nuevo tablado de Arlequín



181314.
13.6.23.

RAFAEL CARO RAGGIO: EDITOR
Calle de Ventura Rodríguez, 18
1917



*Es propiedad.
Reservados los derechos de tra-
ducción para todos los países.*

Imprenta Artística, Sáez Hermanos, Iudecos, 34.

NOTA DEL EDITOR

Al proponer á Pío Baroja la publicación de un tomo de algunos de sus artículos, noté que esta idea no le producía gran entusiasmo.

La causa que adujo fué que estos trabajos están hechos para la vida efímera del periódico, y no para ser coleccionados, y discutiendo el asunto, comprendí que Baroja temía pasar por un hombre veleidoso y lleno de contradicciones.

El editor de esta colección de artículos cree que el espíritu de un escritor puede estar tan bien expresado y á veces mejor en un trabajo suelto, que en una obra de largo aliento.

Respecto á las contradicciones, el literato no tiene la obligación de demostrar la consecuencia sistemática de un político, y basta con que haya sido sincero al expresar su pensamiento en un momento dado.

A pesar, pues, de la indiferencia del autor acerca del proyecto de publicar en un tomo varios de sus artículos, el editor los ha reunido principalmente los más recientes, y los publica en este volumen.

R. C. R.

La prueba del Paraíso ó la locura humana.

Hace unos días, no sé si seis ó siete, después de la gran batalla, varios hombres, que en su vida mortal habían sido soldados, vieron con sorpresa que estaban muertos y que marchaban á sus cielos respectivos.

Eran estos ciudadanos un mandingo, llamado Tata-bubu-chichi-ka, que quiere decir en su lengua, el joven cazador de los dientes blancos de la orilla del río azul donde se baña el gran hipopótamo; el turco Mojamed-Mojamad, que era argelino, á pesar de ser turco; el joven parisiense Hipólito Duval, á quien sus amigos llamaban siempre Polyte; el profesor Sauerbach, el indio Taratara de Bagora, Pinkins esq. P. F. B. C. S., y el joven ruso Ivan Ivanovich Caratoff.

El ideal de Tata-bubu-chichi-ka (el joven cazador de los dientes blancos de la orilla del

río azul. donde se baña el gran hipopótamo), era llegar al cielo para comer unas magníficas habichuelas blancas con tocino y frotar su nariz con la de algunos amigos y amigas. Con esto, y con ver el fetiche familiar, el buen mandingo estaba satisfecho.

H. Pinkins esq. P. F. B. C. S., presidente de la sociedad Foot-ball, y Criket, suponía que el paraíso protestante tendría su Támesis y sus campos de foot-ball en la orilla, y estaba pensando en qué condiciones haría sus partidos, si se podría jugar de nuevo el célebre campeonato Pinkins contra Baxton, ó si sería mejor Samson contra Baker.

Polyte, ó sea Hipólito Duval, pensaba que si en el cielo habían suprimido el ajeno, los cafés cantantes y la galantería francesa, su vida no iba á tener objeto.

El profesor Sauerbach barajaba en su mente una ilusión, pensaba en el favor que haría á su país, si pudiera conseguir el permiso de construir una plataforma de cemento armado al lado del trono del Altísimo, por si era necesario instalar un obús del 42 para bombardear alguna otra catedral.

Mojamed-Mojamad entornaba los ojos voluptuosamente pensando en las huríes del paraíso, y le decía á Duval, hablando á lo negro:

—Sidi, mon ami... petites femmes avec la fleur d'oranger toujours.

—¡ Mais ça doit entre un peu fatigant, mon vieux !—decía Polyte, hablando con la nariz.

Ivan Ivanovich Cataroff pensaba vagamente en la kascha, en el samovar, y tan pronto se sentía muy triste como muy consolado.

Taratara de Bagora tenía una especie de religión que no le permitía comer carne mas que cazada á lazo con unas cuerdas hechas con una liana de la India, y después de sangrada durante treinta y cinco minutos, contados con reloj de sol.

A Taratara le preocupaba si habría esta clase de liana en el paraíso.

Iban marchando todos estos soldados muertos á gran prisa, cuando llegaron á la encrucijada en donde se dividen los caminos. Por los letreros podía uno orientarse y dirigirse al cielo católico, al budista, etc., etc.

Antes de separarse, Pinkins esq. P. F. B. C. S. se detuvo y dijo :

—Gentlemen, despedámonos.

Y tendió su mano y dió á las manos de todos una violenta sacudida.

El profesor Sauerbach, que estaba preocupado con cuestiones militares, murmuró :

—Por si acaso no podemos ocupar estratégicamente nuestros respectivos paraísos, ó el Estado Mayor no tiene la administración militar bastante bien organizada, convendría que nos diéramos cita dentro de un mes aquí.

—Me parece bien—dijo Pinkins.

—A mí también—añadió Polyte.

Y los demás estuvieron de acuerdo.

Pasó un mes, y el primero que se presentó á la cita fué Pinkins esq. P. F. B. C. S.; estaba muy disgustado con la cocina del paraíso presbiteriano y con la monotonía de sus juegos. No se conocía el whisky ni el poker. El football era una leyenda en el paraíso. Poco después apareció el profesor Sauerbach con unos planos de cañones, indignado porque en el paraíso luterano no se permitía la fundición de armas de fuego.

Tras de Sauerbach apareció Polyte diciendo que no podía resistir el ajeno celestial, que era tan «sucré» que le empalagaba.

Poco después vino Ivanovich también disgustado con el cielo ortodoxo. El había tenido la ilusión de visitar de cuando en cuando los hospitales y los asilos y de poder llorar y consolarse tomando tazas de té. Pero como no había hospitales ni asilos, todas las facultades piadosas de Caratoff eran inútiles.

Estando contando sus cuitas el ruso, se presentó Mojamed-Mojamad muy lánguido, y dijo que el paraíso con las petites femmes... avec la fleur d'oranger toujours, era tres fatigant, tres fatigant.

Por último apareció Taratara de Bagora, descontento de la flora celestial semibudista.

Donde no existía la sagrada liana, única buena para cazar los animales comestibles.

Únicamente Tata-bubu-chichi-ka (el joven cazador de los dientes blancos de la orilla del río azul donde se baña el gran hipopótamo), no acudió á la cita y se quedó comiendo sus magníficas habichuelas con tocino y frotando su nariz con la de algunos amigos y amigas en el paraíso fetichista.

Al saber esta reunión subversiva de hombres escapados de varios cielos, los San Pedro, respectivos, gritaron :

—Mentecatos, ¿qué queréis ?

Así aquel picador, después de quedar como las propias rosas, según él, se dirigía á parte del público, señalando á los que le increpaban, y decía :

—Pero ¿qué «quedrán» ?

De todo esto se deduce que la locura humana es ilimitada, y que de escoger un paraíso, es mejor el de Tata-bubu-chichi-ka (el joven cazador de los dientes blancos de la orilla del río azul donde se baña el gran hipopótamo), porque es el que más llena el corazón del hombre honrado, que no se diferencia en nada del corazón del buen mandingo.

El maestro Ezcabarte ó la limitación.

Este punto de la filosofía práctica de si es mejor limitarse en la vida ó no, me ha preocupado siempre. La mayoría de los antiguos estoicos han recomendado la limitación. Schopenhauer dice varias veces: «Limitarse es hacerse feliz.» Goethe escribió una poesía con este título: «En nada puse mi deseo».

Schopenhauer, que en «Parerga y Paralipomena» afirma que limitarse es hacerse feliz, en otros párrafos del mismo libro dice que vale más ser desdichado en plena civilización que feliz dentro del salvajismo.

Nietzsche se indigna también contra los que buscan esa tranquilidad tan del gusto de las mujeres, de las vacas y de los ingleses.

—¿Hay que limitarse ó no hay que limitarse? ¿Hay que comprimirse, como diría un chulo de teatro, ó hay que expandirse, co-

mo diría un pedante también de teatro? He aquí la cuestión.

El verano pasado hice una excursión en automóvil por la Rioja. Me encontré en Logroño con un amigo que tenía fábrica de productos farmacéuticos, que se proponía visitar varios pueblos. Nos asociamos y salimos: él á correr sus productos, yo á correr por los caminos.

Un día paramos en un pueblecito á almorzar. Mi amigo bajó del automóvil y se fué á hacer sus visitas; el «chauffeur» y yo nos quedamos en el atrio de la iglesia viendo cómo los chicos jugaban á la pelota.

Estando allá vino mi amigo en compañía de un joven que parecía escapado de una taberna del Barrio Latino, un hombre pálido, de ojos negros, vestido de luto, con sombrero flexible y gran chalina negra. Era el médico del pueblo.

Este hombre, que tenía cierto aire de carnero, me saludó con voz desfallecida y dijo que me rogaba fuera en su compañía á tomar café.

Llegamos á casa del médico y nos subió á un despacho cerrado, lóbrego, que olía á ácido fénico.

El médico parecía haber buscado el modo de que su cuarto fuera desagradable; tenía en la pared unos cuadros de enfermedades de la

piel, y sobre un armario un feto en un frasco y otra piltrafa nauseabunda en otro.

El médico mandó traer á su mujer café, un café sin color, que me pareció también fenicado y un aguardiente que sospeché si lo habría sacado del frasco del feto.

Mientras sorbíamos el brebaje, el médico quiso convencernos de que era un grande hombre no comprendido, y como no tenía tiempo para ello, en media hora nos leyó seis poesías, tres artículos, un capítulo de novela de gran perversidad según él, nos mostró un recorte de un periódico donde le llamaban inspirado y genial y un retrato suyo en un periódico de la localidad.

El hombre quería que yo le diese noticias de la vida literaria de Madrid. ¿Era verdad que García había llegado? ¿Era cierto que Pérez entraba en el gran mundo? Yo le dije que no conocía ni á García ni á Pérez, y que creía que en Madrid nadie llegaba á ninguna parte. Entonces el médico, con su aire de carnero, habló de sus nostalgias. Aquel pueblo, según él, era un pueblo de brutos; á él no se le comprendía. Dijo también que él se levantaba á las doce del día y se acostaba á las tres de la mañana. No podía aguantar la vida vulgar, corriente, banal.

Nos corría el tiempo y salimos del antro fenicado presidido por el feto.

—¿Qué le ha parecido á usted?—me dijo mi amigo ya en el automóvil.

—Insoportable, tan insoportable como su despacho, su café y su feto. Además sospecho que en el fondo este hombre es un idiota.

Un mes después iba yo con un amigo en un tílburí desde Vera del Bidasoa á Pamplona.

Al subir el alto de Velate una herradura de nuestro caballo comenzó á resonar. Poco después el caballo perdía la herradura y tuvimos que marchar despacio.

—Iremos á un pueblo de aquí cerca—dijo mi amigo—, y le veremos á Ezcabarte.

—¡Ezcabarte!—dije yo—. ¿Quién es Ezcabarte?

—Un herrador.

—¿Si será un condiscípulo mío de la infancia, Martín Ezcabarte?

—El mismo.

Martín Ezcabarte, cuando le conocí en Pamplona hace ya muchos años, era un tipo alto, un poco encorvado de espaldas, gran jugador de pelota, fuerte como pocos. Cultivaba una semiblasfemia con gracia; sustituía la palabra Dios por Diez, ó por Sos, ó por Reus, y se encarnizaba. Martín Ezcabarte era un estudiante malísimo. De él se contaban anécdotas. El profesor de Geometría, que parecía el Comendador por lo serio, lo pálido, lo trágico y

la blanca perilla temblorosa, le dijo una vez con voz sepulcral:

—Señor Ezcabarte, trace usted una circunferencia.

Ezcabarte tomó un cordel y tiza y la trazó en el encerado.

—Ahora tire usted la cuerda.

Ezcabarte cogió el cordel y lo tiró al suelo. Todos los condiscípulos nos echamos á reir. Ezcabarte, mirándonos, preguntó:

—¿Qué? ¿De qué os reís? ¿No me ha dicho que tire la cuerda?

En el examen de Historia Natural, Ezcabarte estuvo también muy gracioso.

—En el fruto—le dijo el profesor—hay pericarpio, mesocarpio y endocarpio. ¿No es verdad?

—Sí, señor.

—¿Qué se comería usted de un melocotón?
¿El pericarpio, el mesocarpio ó el endocarpio?

—El endocarpio—dijo Ezcabarte decidido.

—Pero, hombre, el endocarpio es el hueso.
¿Usted se comería el hueso de un melocotón?

—Por una apuesta, sí.

El profesor sonrió y dijo: No está usted hecho mal melocotón.

Recordando estas y otras anécdotas de Ezcabarte, nos acercamos al pueblo y llegamos á la fragua del herrador. Nos asomamos á la puerta y, entre una nube de chispas, vi acer-

carse á un hombre fornido, con la cara rasurada, alegre y los ojos brillantes. Era el mismo Ezcabarte.

Me miró, me conoció y se echó á reir.

—¿Tenéis que pasar aquí la noche?— dijo.

—Sí; aquí la pasaremos.

Ezcabarte se metió los dedos en la boca y silbó con un silbido agudo. Apareció un chico y Ezcabarte le dijo:

—Anda, llévalas á estos señores á casa y dile á tu madre que son amigos míos.

Fuimos á la casa de Ezcabarte, que era posada. Abajo tenía carnicería y taberna, arriba comedores y alcobas. La casa estaba limpia, recién pintada; la mujer de Ezcabarte era una mujer guapa y todavía joven, madre de una lechigada de chiquillos.

Nos enseñó la casa y la huerta. A la hora de cenar llegó Ezcabarte y nos condujo al comedor. Ezcabarte vivía admirablemente. En la cena hablamos de nuestra infancia y á los postres nos obsequió con una botella de champagne.

Por tener huéspedes amigos, aquella noche el herrador se acostó á las diez, porque su costumbre era estar en la cama a las nueve.

A la mañana siguiente aparejamos el coche y nos acercamos á la fragua de Ezcabarte. El herrador salió á saludarnos.

—Ezcabarte—le dije—, eres un sabio.

—Yo no, chico, no; ni quiero.

—Sí, eres un sabio. Tienes la sabiduría que no se enseña, pero que es la más grande y la más profunda. Yo cuando pueda haré algo como tú; me dedicaré á cultivar mis coles y mis habichuelas.

—Bah, no lo harás.

—Sí lo haré, y vendré á decirte: Ezcabarte, aquí tienes un discípulo.

Nos despedimos del herrador, y al montar en el coche grité yo quitándome la boina: ¡Viva Ezcabarte! ¡Viva la limitación! Sí. ¡Viva la limitación, amigo Ezcabarte! Porque aunque existan muchas cosas en el mundo que hagan más ruido que tu martillo, no por eso son más eficaces ni más definitivas. ¡Viva la limitación! Porque el resplandor de las chispas de tu fragua puede competir en brillo con otros resplandores. Viva la limitación que nos da un país, un ambiente, una montaña en lo lejano, y que, si nos cierra el camino de las aspiraciones teatrales, no nos impide pensar, ni querer, ni soñar...

Un lector.—¡Pero usted es un farsante, señor Baroja! ¡Usted se contradice!

Yo.—Hombre, no. Es que estoy cantando el aria de la Limitación.

La labor común.

Comparado el carácter actual de la intelectualidad burguesa con el de la intelectualidad obrera, se observa á primera vista una diferencia radical. Todos ó casi todos los intelectuales burgueses son disolventes, desorganizadores y anárquicos; todos ó casi todos los intelectuales que proceden de la clase obrera son constructores, organizadores y disciplinados.

La razón de esta diferencia no es difícil de explicar ni de comprender. El intelectual burgués, hombre de ciencia, literato ó artista, ve en el mundo de los privilegiados la injusticia individual, en él ó en otro; en cambio, el obrero ve á su alrededor la explotación y las vejaciones hechas á la clase trabajadora.

El intelectual burgués observa en el curso de su vida, en las aulas, en las academias, en sociedad, que el absurdo y la extravagancia

cia dominan en todo. Si tiene un discípulo imbécil, hijo de un ex ministro ó de un gran aristócrata, sabe que progresará necesariamente, que lo encontrará después de diputado, de gobernador ó desempeñando cualquier otro cargo importante. El intelectual burgués asiste á la tramoya de la vida política social; si triunfa y es egoísta y un poco vil, acepta los beneficios de su situación porque le convienen; si fracasa y es inteligente, se hace un rebelde, pero un rebelde nihilista, malhumorado é iracundo, que señala con rabia y con desprecio todas las aberraciones y tonterías de que ha sido testigo.

El intelectual obrero no tiene tan cerca las bambalinas del teatro de los poderosos, no asiste á la repartición caprichosa de los papeles que se representan en el mundo; le llega la injusticia social, pero le llega extendida á sus compañeros, y así, al rebelarse, siente en sí mismo que en el fondo se rebela toda su clase.

El intelectual burgués, además de lo injusto, ve á su alrededor lo grotesco; sabe que el señor ministro no tiene ortografía y que apenas sabe firmar; que la espiritual dama es estúpida como un ganso; que el valiente general se desmaya cuando oye un cohete; que el señor obispo no come de vigilia los viernes de Cuaresma, y todas estas cosas y otras mu-

chísimas más le dan la impresión de que está asistiendo á una farsa, que á veces da risa y veces asco.

El caso del intelectual obrero es completamente opuesto. Halla á su lado gente buena, desinteresada, que trabaja y, sin embargo, nadie se ocupa de ella. En su vida todo es parco, menos el trabajo, que es abundante, y esta misma parquedad, esta precisión de un esfuerzo grande y tenaz para un resultado pequeño le tonifica y le hace perseverante.

Por un fenómeno lógico y comprensible, los dos tipos de descontentos de la vida de hoy, el intelectual burgués y el obrero no se entienden ni simpatizan.

En general, el obrero no estima gran cosa la labor negativa del intelectual burgués, y éste suele dudar muchas veces de la eficacia de los trabajos de su compañero el proletario,

Y, sin embargo, desde un punto de vista general, la acción del uno disolviendo y descomponiendo la burguesía con el análisis y con la burla, y la del otro juntando y organizando el proletariado, es una acción que termina en un fin común.

El intelectual burgués va demoliendo la casa vieja é incómoda; el obrero va poniendo los cimientos de la casa del porvenir.

La misión de la intelectualidad burguesa no es otra: destruir.

Hay que destruir tenazmente, implacablemente.

En todos los países, y lo mismo en España, salen de cuando en cuando algunos minúsculos moralistas, pesados y graves, que, haciendo gala de un aristocratismo banal, nos vienen diciendo: «Ya basta de crítica, basta de destrucción. Hay que conservar, hay que crear.»

¿Conservar qué? ¿El privilegio? ¿La barbarie? ¿El prestigio de cuatro desdichados? No. Esto es una ridiculez. No hay que conservar nada; hay que destruir.

La gran construcción de la humanidad, la ciencia, en nada peligra con las ideas que se llaman disolventes.

Lo que se bambolea en presencia de la verdad es porque está llamado á desaparecer.

Sólo la Iglesia, que tiene un dogma cerrado, que hay que creer con los ojos también cerrados, tiene derecho para afirmar el absurdo de que hay que conservar tradiciones y prejuicios porque sí; las demás instituciones y sistemas basados en la razón natural no tienen este derecho.

Nuestra sociedad es todavía bárbara, y hay que perfeccionarla, cuanto antes mejor. Que es bárbara está en la conciencia de todos; una sociedad que necesita del cura, del militar,

del verdugo, del título nobiliario, de la cárcel y de la horca, es una sociedad primitiva, embrionaria y absurda. En el fondo estamos todavía en plena Edad Media.

Por eso no hay que hacer caso de esos minúsculos moralistas, ridículos y pesados, que nos hablan de que hay que conservar. No; hay que destruir.

Mientras el rebelde nacido en la burguesía destruye, el obrero atento, disciplinado, estudioso, construye.

Un día, esta que parece hoy acción paralela, se reunirá en un punto; la burguesía habrá perdido sus preeminencias, el proletariado se habrá posesionado de sus derechos, y todos, convertidos en trabajadores podrán laborar por el ideal común, que será la expansión libre de la vida humana en el seno de la naturaleza.

Efectos de la primavera

La primavera se acerca; los almendros están en flor; los árboles echan sus botones, y la madre Flora saca sus cacharros de pintura y sus pinceles, y se prepara á embadurnarnos de verde toda la tierra.

En este jardín, de una plazoleta madrileña, los pájaros cantan, ha llovido, ahora hace sol, y el cronista escucha la gente al pasar:

UN VAGABUNDO MISÁNTROPO

¡Absurdo! ¡Absurdo! Ya estamos en primavera. ¡Qué falta de seriedad en el tiempo! ¡Qué falta de consideración para los que no tenemos un buen guardarropa! No sabe uno á qué atenerse. Llueve, graniza, truena, sale el sol, se pone el sol, se nubla, aparece el arco iris... ¡Para qué tanta fantasmagoría?... ¡Absurdo, absurdo!... Y luego quieren que uno ame al prójimo.

¡Qué servicio metereológico el de ahí arriba! ¡Qué amabilidad con la gente! Tan pronto frío, tan pronto calor. Se quita uno la bufanda, y estornuda; se pone uno el viejo gabán, y suda. Pasa uno del sol á la sombra y se constipa, y no tiene uno bastantes pañuelos para enjugarse la nariz. ¡Absurdo! ¡Absurdo! Y luego quieren que uno ame al prójimo.

Los bancos de los parques están mojados, las colillas se estropean en el suelo, y luego por todas partes hay parejas, y ese estúpido Cupido anda rondando por los rincones... ¡Absurdo! ¡Absurdo! Y luego quieren que uno ame al prójimo.

¡Quién fuera un perro de lanas para ir bien abrigado y ser esquilado en verano! ¡Quién fuera un caracol, para tener segura la casa de huéspedes!

¡Oh, la tonta estación, la estúpida estación primaveral... ¡Absurdo! ¡Absurdo! Y luego quieren que uno ame al prójimo.

DOS APRENDIZAS

Una.—Ves aquel que está allí, es el que me gusta.

La otra.—Pero chica, si es un viejo. Debe de tener más de cincuenta años.

Una.—¿Y qué? Yo tengo catorce.

La otra.—Pues nada, que puede ser tu abuelo.

Una.—A mí me gustan los hombres así, formados. Si me casara con él, le trataría muy bien. Le daría calditos.

La otra.—Y le tendrías que sacar al sol en una espuerta.

Una.—Mira, dale con la caja del sombrero al pasar, á ver si nos mira.

La otra (empujando con la caja al señor).—Pero chica, si es un viejales.

UN ESTUDIANTE

¿Si vendrá? ¿Si me querrá tomar el pelo? El caso es que hoy yo debía de ir á clase, porque el profesor va á pasar lista y va á preguntar. Pero ¿para que voy á ir? Si no sé la lección.

Al menos, si ella viniera. Son las tres. Todavía podía ir á clase. La verdad, yo debía de tener ahora un momento de seriedad, de seriedad, de conciencia, y marcharme de prisa á clase... Pero estoy viendo que no lo voy á tener, y lo siento. ¡Si al menos viniera ella!

DOS SEÑORAS

Una.—Estuvo muy imprudente. Salía yo de San José, y se acercó á mí. Me dijo, no te

puedes figurar las barbaridades que me dijo. Me habló de mis encantos, que se veían y de los que se adivinaban. Me dijo que estaba ardiendo por mí.

Yo, como puedes comprender, ni le miré siquiera. Fui á una tienda de la calle de Sevilla, él, detrás de mí; después, á una de la Carrera, él detrás; luego, á una de la calle de Postas, y por último me marché á casa, le he tenido dos días paseando la calle; mi marido estaba ya escamado. Ayer, desgraciadamente, no apareció.

La otra.—¿Desgraciadamente?

Una.—Me he trabucado; quería decir afortunadamente.

EL SÁTIRO

He comido espléndidamente: primero, carne; luego, carne, y después, carne. Soy un hombre encarnizado. A mí que no me saquen de la carne. He tomado un café fuerte y dos copas de coñac. Estoy como un reloj.

Hoy no hay oficina; tengo la tarde por mi cuenta. Mi dios es el pequeño Eros; todo lo que cae bajo sus dominios me enloquece. Soy un pulpo erótico; tengo todos mis sentidos en mis manos; me siento tentacular, completamente tentacular.

¡Oh, viejas damas insinuantes y discretas,

con arrugas disimuladas con los polvos de arroz! ¡Oh, viudas ingenuas y mantecosas, inconsolables hasta que os consuelan! ¡Oh, solteronas socarradas y requemadas, con la mirada ardiente! ¡Oh, bellas casadas, satisfechas, y fastuosas como pavos reales! ¡Oh, ingenuas de veinte años! ¡Oh, tobilleras de catorce, vírgenes locas y adorables! Yo soy el sátiro, el gran sátiro de los parques y de los jardines. Soy el pulpo erótico; tengo todos mis sentidos en las manos, y me siento tentacular, completamente tentacular.

EL FILÓSOFO

La eclíptica produce las estaciones y, por lo tanto, la primavera; la primavera renueva el amor.

Enderezad el eje de la tierra, y no habría primavera. En Marzo no florecerían los almendros, ni en Abril las lilas; ni las patatas ni las cebollas germinarían en esta época.

—¡Qué precisión la de la Naturaleza! ¡Qué hábiles manejos de tercería la de esta buena dama.

La madre Naturaleza es sabia y mixtificadora; necesita tener su almacén repleto de hombres, de animales, de coles y de lechugas, y se vale de todos los procedimientos que pue-

de. A los vegetales les pone una semilla; á los animales un huevo.

Para los grandes mamíferos como el hombre necesita muchas complicaciones: centros nerviosos, nervios, glándulas, mil artefactos extraordinarios. Luego la primavera, con sus cambios térmicos, hace temblar este tinglado como el viento hace temblar los alambres del teléfono, y de ahí el amor.

Alguno encontrará de mal gusto estos recursos de nuestra Madre; alguno quizá le parecerá extraordinariamente cómica. No; tengamos benevolencia. Para estar hecha por un aficionado, no está mal.

.....

He aquí lo que el cronista oía decir una tarde de primavera en una plaza de Madrid, fantástica, á unos cuantos individuos también fantásticos.

El milagro de la campana.

Hace unos meses, una noche de otoño salía yo de casa de Apeiztegui de discutir esta pasada cuestión de la guerra, cuando me encontré con Errotachipi y Cathon, que estaban sentados en la acera de la casa del médico.

—Hola. Buenas noches—les dije yo—. Qué, ¿tomando el fresco?

—Le estamos esperando á Chistorme—dijo Errotachipi—, que ha ido á casa de Petrich á comprar pan. Vamos á las Palomeras de Echarlar.

—¡Hombre! ¿Ya ha empezado la pasa?

—Sí. Si quiere usted venir. La noche está «manífica». Llevamos buen almuerzo. Vaya usted á casa y coja usted la escopeta. Le esperamos en el puente de Muquizu.

Vacilé, pero como no tenía sueño, fuí á casa, abrí la puerta, cogí la escopeta, salí de nuevo y me marché al puente de Muquizu.

Allá estaban Cathon, Errotachipi y Chistorme.

—¿Ya estamos?—dijo Errotachipi.

—Sí.

—Pues, adelante.

Errotachipi era flaco, viejo, vivo y burlón. Tenía una nuez prominente, que subía y bajaba por entre las cuerdas de su cuello como un ascensor, y era duro como una piedra. Cathon era más filósofo que otra cosa. El había dicho cuando se hablaba de movilizaciones: «A mí que no me den más movilización que ésta; de casa de Apeiztegui á casa de Nicasio, y de casa de Nicasio á la de Agustina.» Cathon no comprendía más movilización que ésta de la taberna de la derecha á la de la izquierda.

Respecto á Chistorme («Chorizo delgado») era un hombre de precisión.

El año pasado le pregunté yo:

—¿Ha habido mucha diversión este año?

—Sí—me dijo—; pero siempre más en Alzate que en Vera. Si en Vera hay un 25 por 100 de diversión, en Alzate hay un 75 por 100.

A Chistorme («Chorizo delgado») no le gustan las vaguedades ni las páginas retóricas; si alguna vez se le ocurriera leer un libro, no sería seguramente una novela de Ricardo León, sino algo exacto y matemático.

Cathon, Errotachipi, Chistorme y yo de-

jamos el puente de Muquizu y nos dedicamos á escalar la falda del monte Labiaga.

La noche estaba hermosa, el cielo lleno de estrellas. Las piedras de Labiaga brillaban á la pálida claridad de la noche. Al llegar á la cuesta de Premoscha le pregunté yo á Chistorme :

—¿Cuánto habremos andado?

—Un 18 por 100 del camino—contestó él.

El 18 por 100 fué convirtiéndose á medida que avanzábamos en 35, 40, 75, hasta que al llegar á la borda del caserío Maschtierne, Chistorme declaró que no nos faltaba más que un 5 por 100 para llegar á las Palomeras.

—Puesto que nos falta solamente un 5 por 100, creo que debemos hacer alto—dije yo.

Errotachipi objetó que luego los de las Palomeras se incomodaban si veían pasar por allí gentè; pero todos dijimos que no nos debíamos preocupar para nada de esto.

Entramos, pues, en la borda é hicimos un fuego de helechos secos capaz de hacer arder la choza y el monte. Cathon y Chistorme sacaron unos trozos de carne y chorizo, que calentaron al fuego. Los comimos, bebimos y estuvimos reclinados con los pies hacia la lumbre.

—Hace ya muchos—dijo de pronto Errotachipi—se hizo en esta borda un milagro.

—¡Diablo!—exclamé yo—. ¡Un milagro!

—Sí, señor. Por entonces era yo chico. Una noche como la de hoy salimos de Vera Shaguit y yo con una escopeta vieja que nos pres-
tó Ceferino el panadero. Llegamos aquí cuando no había amanecido aún y nos acercamos á esta misma borda. Estaba la puerta cerrada, y para entrar levantamos unas tejas, nos metimos dentro y nos echamos en la hierba seca. Debimos dormir demasiado, porque nos despertamos con la luz del sol. Ya no podíamos cazar. En esto nos levantamos y vimos un pajarraco grande que andaba entre los helechos. Era un buitre, pero un señor buitre calvo, que sin duda habían encerrado allí.

Al principio tuvimos mucho miedo, pero nos tranquilizamos al ver que estaba atado por una pata.

Shaguit había encontrado un cencerro como de ternero entre la hierba y me dijo :

—Oye, tú, vamos á ponerle este cencerro al buitre.

—Nos va á hacer pedazos.

Le empezamos á echar manojos de helecho, y empujándole contra la pared lo sujetamos y le atamos el cencerro. Hecho esto, abrimos la puerta de la borda y cortamos la cuerda que le ataba la pata.

El buitre salió furioso, azotando las alas, revolcándose por el suelo, hasta llegar á un alto, y de aquí se tiró y comenzó á volar. Nos-

otros le vimos levantarse maravillados. El cencerro, mientras tanto, iba haciendo «talán», «talán», «talán».

Al cabo de quince días ó un mes se empezó á hablar en el pueblo de si se oía por la noche ruido misterioso de campanas.

Una mujer de Achulechecoborda había oído claramente «talán», «talán» en el aire. Convencido de que era esto cuestión de las ánimas del purgatorio, envió una vela de dos libras de cera y mandó decir una misa; otra de Garmendia oyó también al anochecer «talán», «talán» en el aire, y dobló la ofrenda de los domingos; un viejo de Zugardi, que estaba despierto por los dolores reumáticos, oyó durante mucho tiempo «tilín» «talán», y con este motivo entregó al cura veinte duros...

Todo el mundo estaba convencido de que las ánimas rondaban el pueblo, cuando Capagorri, el cazador ese que está casado con la hija de Chacur-chulo, que vive ahí cerca de Cherribuztangoerreca, salió un domingo al monte de Santa Bárbara, vió un buitre, le disparó un tiro, lo mató y vió con asombro que llevaba colgado un cencerro.

Cuando lo contó en el pueblo, nadie lo quiso creer; el vicario dijo que Capagorri era un iluso ó un cínico, y que había leído á Lutero y á Juan Jacobo Rousseau.

La verdad es que desde entonces no volvie-

ron á oirse campanas en el aire por la noche; pero el milagro estaba hecho, y el vicario tuvo más misas que nunca, y el cerero de la plaza, don José Ignacio Perosterena, vendió trescientas veinticuatro libras de cera más que el año pasado, á siete reales y medio la libra...

Esta exactitud de Errotachipi produjo una sonrisa de satisfacción en Chistorme («Chorizo delgado»).

Se discutió el relato de Errotachipi y yo le dije á Chistorme:

—Todos los que inventan estas historias tienen un veinticinco por ciento de buitre.

—Y los que las creen—replicó Chistorme—. un setenta y cinco por ciento de probabilidades de llevar cencerro.

Celebramos la precisión de conceptos de Chistorme («Chorizo delgado») y salimos de la borda.

La aurora sonreía en el cielo, la llanura francesa se llenaba de claridad, la iglesia de Sara sobresalía con su tejado puntiagudo en medio de su caserío, y por el aire azul venía una bandada de pájaros de mil colores...

Revolución y sombrerería.

Hay quien afirma que nuestro amigo García es un imbécil; yo no me atrevo á decir tanto; que es un poco grosero, un poco pesado, un poco lerdo, no cabe duda.

Es innegable que García tiene una idea exageradamente buena de sí mismo y exageradamente mala de los demás; que le indigna que le molesten y que no le importa molestar al prójimo; pero estos pequeños detalles quizás no dependen de su voluntad.

Hay que convenir en que García, cuando es impertinente, lo es sin quererlo. Si escupe al que pasa á su lado y echa la ceniza del cigarro encendida en el traje de una señora, es sin mala intención.

En donde verdaderamente nuestro amigo suele estar desagradable es en los tranvías. ¿Que están cerradas las ventanas? García tiene calor, y pide que se abran. ¿Que están

abiertas? Entonces García manda al cobrador imperiosamente que las cierre, porque está constipado.

Uno de sus compañeros de oficina—¿dónde puede estar un hombre inútil mejor que en una oficina?—dice que, así como el licenciado Cabra era archipobre y protomiseria, García es archi-lata y proto-chinche en su grado máximo.

La otra tarde le encontré á García, y como el hombre da tanta importancia á todas las cosas suyas, me explicó detalladamente por qué razones tiene que abandonar el sombrero de paja seboso que lleva y comprarse otro nuevo.

—¿Quiere usted acompañarme á la sombrerería?—me dijo.

—Bueno.

Entramos en la sombrerería y un dependiente joven se acercó precipitadamente á nosotros.

—¿Qué deseaban ustedes?—nos dijo, con una amabilidad de sirena.

—Yo quisiera—contestó García, secamente—un sombrero blando, flexible.

—¿De color ó negro?

—De color.

—¿Lo quiere usted verde, azul, café con leche?...

—No; quiero un sombrero de color oscuro;

pero que no sea tan oscuro, tan oscuro, que parezca negro...

—Comprendido.

—Ni tan claro, tan claro...

—Que resulte jovial—dije yo.

—Tampoco quisiera—siguió diciendo García—un sombrero de alas anchas como de pintor modernista, ni uno de esos de alas tan estrechas que parecen una ensaimada.

—De manera—puntualizó el dependiente—¿que usted quiere un sombrero oscuro que no sea muy negro, que no tenga las alas muy anchas?...

—Ni tampoco muy estrechas.

—Está entendido.

—Y que no sea muy flexible, muy flexible, ni exageradamente duro; una cosa media.

—Muy bien.

—¡Ah! Espere usted, joven.

—¿Quiere usted algo más?—preguntó el dependiente.

—Sí; que no cueste arriba de seis pesetas.

García me miró satisfecho, á través de sus anteojos, como indicándome que aprendiera la exactitud matemática que ponía en sus indicaciones.

El dependiente se acercó al principal y especificó los deseos de García, y el dueño de la tienda, desdeñosamente, sin mirarnos siquiera, dijo:

—No tengo esa clase de sombreros.

García y yo salimos apabullados. Fuimos paseando por la calle de Alcalá, y nos encontramos con el amigo Pérez, uno de nuestros más conspicuos revolucionarios.

Pérez es un revolucionario terrible; un revolucionario verdad, como dice él.

Hay gente absurda que quiere la revolución porque tiene ideas comunistas, socialistas, anarquistas, imperialistas, individualistas, nacionalistas... Pérez, no; Pérez no tiene ideas; Pérez quiere, primero, la revolución; luego, la República.

Es sencillo como una máquina de alcohol, como una percha, como una cafetera rusa, como una dentadura postiza. No necesita explicación ni comentarios. Primero, la revolución; luego, la República.

A Pérez le conocí yo en un mitin de superhombres de la calle de la Ruda; el presidente, que era un carnicero que parecía una vaca, le presentó al público, diciendo:

—Tiene la palabra el popular orador señor González... digo, no: Pérez.

A Pérez hacía tiempo que no le veía y me figuraba que estaría en la cárcel por conspirador. Hablamos de los últimos sucesos, siempre hay últimos sucesos, y yo le dije:

—¡Qué ocasión han perdido ustedes, amigo Pérez!

—Ca, hombre—contestó él ;—en este momento no se podía hacer nada.

—¿ Cree usted?...

—Nada.

—Pero, hombre. Si ustedes unen sus fuerzas con las de los obreros, ¿quién sabe?, podía venir la revolución.

—Una revolución así, traída por descontentos, sería la ruina de España y nos costaría muchas víctimas. Además, ¿qué gobierno iba á venir luego? ¿Quién iba á mandar? ¿Cómo se iba á formar el ministerio?

—¡ Ah, claro! El primer momento sería difícil...

—¿ Difícil? ¡ Imposible!

—Pero, entonces, ¿cómo quieren ustedes hacer la revolución?

—Con el Ejército—contestó Pérez ;— sin derramamiento de sangre, sin lucha. La revolución no deben traerla los obreros descontentos, las masas famélicas, no; la revolución debe hacerla la burguesía rica, la gente ilustrada y de buena posición, amparada en el derecho, en la legalidad, en el respeto á lo establecido, en...

—Dispense usted, Pérez—le dije, y le conté en pocas palabras la historia del sombrero de García.

—¿ Y qué me quiere usted decir con eso?—

me preguntó el ciudadano Pérez, con un gesto de desdén.

—Nada—repliqué yo—; que cuando expliquen y especifiquen ustedes cómo quieren la revolución, de qué clase, con que caracteres, en qué día y en qué momento, se van á encontrar con un amo de tienda que, como el otro ha dicho: «No tengo esa clase de sombreros», les va á decir á ustedes: «No tengo esa clase de revoluciones.»

Bohemia madrileña.

Todas las cosas y las ideas tienden á convertirse en algo que les sirve de representación. El entusiasmo por la supuesta vida holgazana de artistas y literatos encarnó hace tiempo en el libro célebre de Enrique Murger, titulado «Escenas de la vida bohemia», libro un tanto mediocre y amanerado, pero agradable á la primera lectura.

En el fondo, los héroes de Murger son los mismos personajes de Paul de Kock, un tanto poetizados. Los trajes son diferentes, la percalina es la misma. Entre los horteras del uno y los artistas del otro no hay el canto de un duro, no hay más que la sombra de un lugar común.

Muchas veces á mí me han dicho: Usted ha sido un bohemio, ¿verdad? Yo siempre he contestado que no. Podrá uno haber vivido una vida más ó menos desarreglada, en una época,

pero yo no he sentido jamás el espíritu de la Bohemia.

Además, no he visto por Madrid, Rodolfos, ni Colines, Mimís ni Musetas. Si los he visto alguna vez ha sido en los teatros y en los cinematógrafos para entretenimiento del buen filisteo. Todavía por Madrid se puede encontrar algo parecido al hombre bohemio; lo que no se encontrará es algo parecido á la mujer bohemia. Y la razón es comprensible. Con la vida desordenada, el hombre puede perder algo, la mujer lo pierde todo.

La mujer española no ha colaborado, ni colaborará jamás en la bohemia, porque su idea de la familia, del hogar, del orden, se lo impide.

Todos los estetas juntos, desde los profesores de retórica grandilocuente como d'Annunzio, hasta los ramplones cantores de la inmoralidad fácil y vulgar que tenemos entre nuestros literatos, no convencerán á la mujer de que el ideal femenino es la cortesana griega, ni de que su misión estriba en satisfacer la sensualidad de unos Narcisos petulantes.

La mujer es la defensora de la especie, la guardadora de la tradición familiar y por instinto considera la vida galante como un relajamiento de lo más noble de su personalidad.

Y sin vida galante no hay bohemia.

El hombre puede ser nómada de espíritu y

de cuerpo; la mujer es siempre sedentaria; el fin que ella considera suyo, la creación del hogar y de la familia, exigen tranquilidad y reposo.

La mujer no colabora con gusto, y menos en España, en la vida desarreglada y azarosa. Aquí la Bohemia no tiene sacerdotisas. Si á esto se añade que tampoco tiene sacerdotes voluntarios, porque nadie vive á gusto mal é incómodamente, y que esa existencia alegre, de amores fáciles, diversiones y fiestas, que se llama vida de bohemio la llevan los señoritos ricos, los banqueros, los diputados de la mayoría, pero nunca ó casi nunca los artistas, se puede colegir que la bohemia es una de tantas leyendas que corren por ahí; una bonita invención para óperas y zarzuelas, pero sin ninguna raíz en la realidad.

Así, pues, no pintaré una cosa que no he visto y en la que no creo: lo único que haré es hablar de la vida de los principiantes de la literatura y del arte, á quienes suele llamarse también hohemios.

La bohemia ésta es casi siempre anti-sentimental y poco enamoradiza.

El joven Cupido no causa grandes estragos entre los bohemios. Verdad es que este dios-cillo se va haciendo tan práctico que desprecia al que no tiene cuenta corriente en el Banco de España.

He sido amigo de un señor, conocedor—según decía él—del corazón humano que aseguraba que la edad más romántica, más cándida, más llena de ilusiones para el hombre son los cincuenta años.

No hay quien pueda sospechar—me decía—las semejanzas profundas, los parecidos extraordinarios que existen entre el corazón de una muchacha de quince y el de un hombre de cincuenta primaveras.

Los dos se consideran igualmente frágiles, delicados, dignos de la atención y del mimo. Los dos son igualmente fogosos.

Un «sportsman» que vive bien y se alimenta bien, á los cincuenta años tiene fuerzas para enamorarse. Un bohemio que vive mal, á los veinte sueña con su arte; á los cincuenta bastante hace con vivir, si puede.

Con la amistad del bohemio sucede como con el amor. El bohemio es poco afectuoso. No se cruzan impunemente esos desiertos de la indiferencia y del abandono, no se siente el rostro azotado por el viento de la áspera miseria sin que germinen en el fondo del alma cóleras y rabias; no se sufre el frío del invierno y los caprichos de la primavera sin rechimientos interiores.

Claro que hay bohemios resignados, contemplativos, dulces hermanos de la cofradía de los Desarrapados, pequeños San Francis-

cos de Asís, del arroyo, que pasean por el planeta acariciando un sueño interior cándido y dulce; pero la mayoría no son así, la mayoría tiene odios violentos y cóleras feroces.

A pesar de su anti-sentimentalismo, el bohemio no es práctico. Proyecta, proyecta mucho, pero no pasa de ahí. Quiere ser, quiere llegar, quiere encontrar el atajo, el camino rápido aunque sea tortuoso, y la humanidad lleva demasiados años de ciencia y de sabiduría para dejar camino sin explorar en el mal ó en el bien.

Vanidad de vanidades, dijo el predicador que era la vida; vanidad de vanidades, todo vanidad.

El bohemio no sólo es vanidoso sino que es ególatra, siente admiración por sí mismo.

Si se ve humilde, desdeñado y solo, va casi siempre gozando con su desgracia interior; si está enfermo ó triste, llega también á gozar. Hay esos placeres paradójicos y malsanos en los fondos turbios de la personalidad humana.

En la vida pseudo-bohemia hay vanidades trágicas, vanidades cómicas, vanidades archi-grotescas.

Yo recuerdo algún tipo de estos que era duro, cruel, rajante en todo cuanto se refería á los demás, y era blando, lleno de curvas morbosas, cuando se refería á sí mismo.

Su nariz torcida le parecía recta, su color

biluminoso se le antojaba un encanto, su impotencia de imaginar le parecía una cualidad más. Si su hígado funcionaba mal, creía que todos los hígados de todos los hombres debían funcionar mal, para ser perfectos.

Pobre hombre. ¡Qué fuerza de ilusión tenía!

Otro de los caracteres de la bohemia madrileña ha sido el amor á lo lúgubre.

Muchas veces yo y otros amigos, llevados por esta tendencia fúnebre, hemos ido de noche á esos cementerios románticos que hay hacia Vallehermoso, cerca del Canalillo. Al mismo tiempo que nosotros buscábamos la sensación, una pandilla de golfos se dedicaba á robar alambres del teléfono, y á desvalijar las tumbas.

A uno de los nuestros se le ocurrió la idea de entrar en uno de aquellos cementerios y representar una escena del Hamlet.

Luego después he sabido que en aquel cementerio estaba enterrado Aviraneta.

Realmente, á pesar de la envoltura literaria, que casi siempre lo falsea todo, muchas de estas impresiones de la vida absurda, aun vistas por un espectador, son fuertes y sugestivas.

Andar por las calles y plazas hasta las altas horas de la noche, entrar en una buñolería y fraternizar con el hambre y con la chulapería

desgarrada y pintoresca, impulsados por este sentimiento de caballero y de mendigo que tenemos los españoles, hablar en cínico y en golfo y luego con la impresión en la garganta del aceite frito y del aguardiente, ir al amanecer por las calles de Madrid, bajo un cielo opaco, como un cristal esmerilado, y sentir el frío, el cansancio, el aniquilamiento del trasnochador.

Dejar después la ciudad y ver entre las vallas de dos solares esas eras inciertas, pardas, que se alargan hasta fundirse con la colinas onduladas del horizonte, en el cielo gris de la mañana, en la enorme desolación de los alrededores madrileños.

Yo confieso que después de estas excursiones experimentaba al volver á casa como un remordimiento. Realmente no sé si era remordimiento ó aprensión de ponerme malo, ó simplemente exceso de ácido clorhídrico en el estómago; pero la verdad era que me sentía turbado y débil.

Sin embargo, al día siguiente volvía al café, nuestro centro de operaciones.

La bohemia anterior á la que yo conocí era un poco aficionada á la taberna; la de mi tiempo, no; tenía cierta vaga aspiración al guante blanco.

Sus principales puntos de reunión eran los

café, las redacciones, los talleres de pintor y á veces las oficinas.

Había tertulias de café que eran un muestrario de tipos raros que se iban sucediendo: literatos, periodistas, aventureros, policías, curas de regimiento, cómicos, anarquistas, todo lo más barroco de Madrid pasaba por ellos.

En general, esas reuniones eran constantemente literarias, pero antes de las exposiciones se convertían en pictóricas. Entonces se producía una avalancha de melenas, sombreros blandos, pipas, corbatas flotantes; las conversaciones variaban. A Shakespeare le sustituía Velázquez, y á Dostoievski, Goya.

En una de las avalanchas precursoras de las exposiciones conocimos á un ilustre paisajista catalán, que después se trastornó un poco. Este pintor solía venir con nosotros á recorrer las afueras por la noche, y como era un simpático salvaje, se le ocurrían barbaridades. Una de las cosas que nos proponía con frecuencia, era atar á un amigo suyo á un árbol y dejarlo allá hasta el día siguiente.

Entre estos artistas había gente de una energía y de una voluntad maravillosas; recuerdo un escultor catalán que durante más de tres años vivió comiendo con los mendigos en un cuartel y trabajando. Cuando empezó á estar bien económicamente, se murió. Otro, un pintor, tenía una buhardilla tan estrecha, que no

le cabía en ella más que la cama y cuando quería estirarse, le era indispensable sacar los pies por el tragaluz del tejado.

Entre las redacciones, las había muy pintorescas; todavía quedaban muchas en donde no cobraba nadie, ni siquiera el director. En las revistas de gente joven se veían cosas graciosas; en una de ellas, una cuerda estirada separaba la redacción de la administración. Creía uno que estaba hablando con el director, y se equivocaba porque había la cuerda de por medio y se estaba uno dirigiendo al administrador. Otra redacción de una revista de jóvenes, estaba en la imprenta de un periódico dedicado á defender los intereses de la carnicería, y uno de los nuestros se dedicaba á quitarle los libros de un armario al director del periódico carnívero.

¡ Y qué vidas ! ¡ Qué vidas más pobres ! ¡ Qué vidas más míseras !

Recuerdo de un poeta andaluz, que vivía escribiendo artículos encomiásticos en un periódico de bombos. Le daban datos biográficos de las personas á quienes había que bombear, y sobre ellos hacía un artículo que el director pagaba á peseta. El fué el que en una semblanza de un fabricante catalán escribió esta frase magnífica :

—El señor Tal es el cacique más importan-

te de la provincia de Tarragona, y aun así hay algunos que le niegan sus votos.

Este «aun así» era una muestra de la cándida inmoralidad que produce el hambre; de que sin dinero no se puede ser moral.

Otra clase de bohemios que yo he conocido por casualidad, han sido los bohemios científicos. Estoy viendo á un hombre alto y flaco, con la barba negra é inculta y la nariz colorada como una rosa, que solía ir á verme, y me decía :

—Otros necesitan laboratorios, aparatos... Yo no necesito más que dos cosas para mis invenciones: luz cenital y agua corriente. Con esto él se encargaba de eclipsar á todos los sabios del mundo; desde Tales de Mileto, al padre Zacarías. Pero el pobre hombre no tenía ni luz cenital ni agua corriente.

Así que se encontraba más cerca de Zacarías que de Tales.

También venían á verme otros dos: uno que había ideado una ratonera con un espejo, basada en el instinto de sociabilidad de los ratones, y un inventor de una dentadura postiza tan buena, según él, que casi comía sola.

De todos aquellos literatos y artistas que emprendieron el paso de este desierto de la indiferencia, unos, los fuertes y los menos, si guieron adelante; otros, quizás los más, quedaron á un lado del camino.

Los que han afrontado la miseria y el abandono y han triunfado—es decir, se han conservado dignos—, deben mirar el sendero recorrido como una especie de vía Appia sembrada de tumbas...

... ..

No sé por qué parecen tristes y melancólicas las cosas que fueron; no se lo explica uno bien; se recuerda claramente que en aquellos días no era uno feliz, que se encontraba más inquieto, más en desarmonía con el medio social y sin embargo parece que el sol de entonces debía brillar más y que el cielo debía tener un azul más puro y más espléndido.

Ese pensamiento en el pasado, cuando se deja atrás la juventud y se le mira desde lejos, es como una herida en el alma que va afluyendo constantemente y nos anega de tristeza.

Uno quisiera que las cosas unidas á sus recuerdos fueran eternas, pero nuestra existencia no representa nada en la corriente tumultuosa de los acontecimientos. En aquel rincón fuimos casi felices... nuestra felicidad ó nuestra desgracia tiene poca importancia.

Al pensar en todos aquellos tipos que pasaron al lado de uno, con sus sueños, con sus preocupaciones, con sus extravagancias, la mayoría necios y egoístas; pero algunos, pocos, inteligentes y nobles, siente uno en el fondo del alma un sentimiento confuso de ho-

rror, de rebeldía y de piedad. De horror por la vida, de tristeza y de pena por la iniquidad social.

Yo he vacilado muchas veces queriendo resolver, no ya si en el cosmos, sino en el interior del espíritu, es mejor la fuerza indiferente al dolor ó á la piedad. Pensando estoy por la fuerza y me inclino á creer que el mundo es un circo de atletas, en donde no se debe hacer más que vencer, vencer de cualquiera manera; sintiendo estoy por la piedad y entonces me parece la vida algo caótico, absurdo y enfermizo.

Quizás en lo porvenir los hombres sepan armonizar la fuerza y la piedad, pero hoy, que todavía la fuerza es dura, brutal y atropelladora, hay que tener piedad; piedad por los desheredados, por los desquiciados, por los enfermos, por los ególatras, cuya vida es sólo vanidad y aflicción de espíritu.

Y además hay que tener esperanza.

Dentro de lo posible está el que la Ciencia encuentre la finalidad de nuestro mundo, que ahora nos parece una bola inútil y estúpida repleta de carne dolorida, que anda paseándose por los espacios.

Y aunque tengamos la evidencia de que hemos de vivir constantemente en la oscuridad y en las tinieblas, sin objeto y sin fin, hay que

tener esperanza. Hay que hacer que nuestro corazón sea como el ruiseñor que canta en la soledad de la noche negra y sin estrellas, ó como la alondra que levanta su vuelo sobre la desolación de los campos á la luz pudorosa y cándida de la mañana.

Europeización.

En nuestros periódicos es muy difícil que el monólogo de un articulista se convierta en diálogo por la réplica de otro; los acontecimientos del día suelen ser demasiado intensos, demasiado sensacionales, para que la atención se fije en los asuntos de un carácter permanente é inactual y éstos sean debatidos de una manera tranquila.

El español se encuentra hoy metido dentro de un círculo de cuestiones que debía resolver y no resuelve, no ya en la práctica, ni aun siquiera en la teoría, y estas cuestiones que no resuelve y que aumentan de número por momentos, van haciendo su aparición periódica seguida de su desaparición y quedan en el mismo estado de virginidad con que se han presentado.

Hay, sin embargo, un problema general, que los escritores españoles, desde hace tiem-

po, intentan resolver; este problema es el de la europeización de España.

Dos posiciones radicales se señalan ante la idea de la europeización: una, la de los tradicionalistas, la de los ultramontanos, que creen que España no necesita para nada de la influencia extranjera, que le basta seguir con sus tradiciones y sus hábitos castizos; otra, la de los europeizadores que suponen que España debe acudir á la fuente de la Europa central á empaparse de ciencia nueva, de arte nuevo y de moral nueva.

Entre estas dos tendencias absolutas y en globo hay otras dos intermedias, parciales, menos intransigentes, más ecléticas. Quizás haya tantas como españoles hayan pensado en el porvenir de España.

Afirmar que España no necesita para nada de la influencia de Europa es una afirmación de fe más que de razonamientos. El católico convencido, el que cree que la única verdad está en la cátedra del Espíritu Santo, es lógico que considere que todos los esfuerzos de la ciencia para implantar formas nuevas de vida social son perfectamente inútiles.

La misma doctrina del progreso es una superchería para el religioso de verdad. El hombre ha ido de más á menos, según las religiones; ha ido del paraíso á la tierra, de la felicidad al trabajo; el hombre va de menos á

más, según la evolución. Comenzó en el antropoide, ha llegado á hombre, puede pasar de hombre. ¿Por qué no? El Espíritu Santo, según el racionalista, está en nuestro cerebro.

No se puede combatir con argumentos al creyente. ¿Cree? Basta. Nuestra zona no es la suya. Vivimos en otro mundo.

Dejemos al antieuropeísta; vayamos con los europeizadores. Alguno de éstos, como digo, afirman que los españoles debemos incorporarnos á la ciencia, á la moral y al arte europeos hasta identificarnos con ellos, hasta confundir con la suya nuestra vida y nuestras ideas, arrojando todo lo que no es privativo y característico.

A mí esta proposición me parece mala en principio. Creo que España debe aspirar á incorporar su trabajo científico al trabajo universal, creo que debe colaborar con los pueblos de Europa en todo lo genérico; pero que debe aspirar á diferenciarse en lo artístico y literario de los demás países y á independizarse en la esfera de la moral.

La obra científica ó filosófica es, por su carácter, universal, y no puede suponerse nacional ó regional; en cambio, la obra artística es siempre nacional, aunque llegue, por su intensidad ó por su belleza, á universalizarse. Así, en lo antiguo, el «Quijote» y «Hamlet», siendo el uno muy español y el otro muy in-

glés, se hacen universales; así, en lo moderno, al drama de Ibsen, muy noruego, y al cuento de Tolstoi, muy ruso, les pasa lo mismo.

Se puede decir que no hay obra artística que haya nacido internacional; en cambio, ¿quién encontrará nacionalidad á los trabajos de Newton ó de Alembert, á la obra de Darwin ó de Virchow?

El hombre de ciencia marca el tanto de cultura de un país; el artista, no; el artista, desde hace tiempo, no es una medida de cultura, es más una medida de humanidad. Así, se puede dar en la España decadente de Carlos IV y de Fernando VII un hombre como Goya, el pintor más grande de su tiempo. ¿Hubiera sido posible un Lavoisier, un Stephenson, un Malthus en la España del siglo XVIII y XIX? No; no había ambiente necesario para la formación de estas sumidades científicas; sin embargo, lo había para un artista.

Que el español, el italiano, el francés, el alemán, el ruso, tienen, ante las cuestiones de sensación y de sentimiento, una actitud distinta, no cabe duda. Todos, orientales y occidentales, nórdicos y meridionales, estamos conformes en cuestiones económicas, financieras, científicas, industriales; pero cuando llegamos á la arbitrariedad sentimental de los colores, de las líneas, de los sonidos, se marcan en seguida las diferencias. Lo que le parece bello á un habi-

tante del Báltico, le parece feo á uno del Mediterráneo, y, al contrario, generalmente las simpatías de uno y otro no están acordes.

En el fondo, aunque la fisiología no pueda apreciarlo con exactitud, nosotros tenemos la retina, los bronquios, el estómago, el hígado, la piel, diferentes á un alemán, á un inglés ó á un ruso, y no podemos sentir igual que ellos.

Respecto de la moral, tampoco creo que debamos ser tributarios de nadie; no porque la moral española sea buena, ni mucho menos, sino porque no es perfecta, ni superior siquiera ninguna moral practicada en los otros países.

Bernard Shaw y Wells, en Inglaterra, han especificado los horrores que han hecho los ingleses en el Africa del Sur; constantemente vienen en los periódicos las barbaridades de los yanquis con los negros. Los franceses, los holandeses y los belgas no se han quedado atrás en sus colonias africanas y oceánicas. Han sabido desollar negros y exterminar indígenas como los conquistadores de América. ¿Esto quiere decir que, en vista de la crueldad universal, los españoles no debemos trabajar en mejorar nuestra cultura ética? No; quiere decir que hay que hacer el esfuerzo poniendo la vista en una moral superior; quiere decir que si nosotros intentamos, por ejemplo, alguna vez y por motivos éticos, suprimir los toros, no tenemos que pensar que en

Inglaterra queda el boxeo. Allá ellos. Nosotros debemos seguir adelante.

Ninguno de los países actuales tiene una moral tan superior á la nuestra para que podamos tomarlo como modelo. La misma política de los países prósperos como Francia, Alemania ó Inglaterra, aun habiendo llegado al éxito, no presenta ninguna altura moral. Igualmente son agresivos con el débil, igualmente son rapaces como lo sería una tribu de pieles rojas.

El día que España llegue á tener conciencia de su vida y de su manera de ser, tendrá que hacer un completo cambio de valores y al mismo tiempo echar por la borda una pasión de ficciones democráticas y sentimentales sin utilidad y sin eficacia...

Si yo rechazo la imitación de los artísticos y de lo ético, del extranjero, suponiendo que el ideal artístico está en las entrañas del país y que el ideal ético está en las regiones de lo absoluto, ¿qué queda en mi opinión de la europeización útil y buena para España? Queda, sobre todo, la ciencia.

El problema espiritual de España es dar carácter español á la civilización científica actual, decir algo sobre ella. Y para esto, se necesita principalmente cargarse de ciencia. Y para eso, hay que buscarla donde sea más completa y al mismo tiempo donde esté menos impregnada del espíritu del país.

El circo.

El público mira con ojos de pasión la pista, iluminada con la luz cruda y violenta de los arcos voltáicos.

Es un público de plaza de toros trasladado á un lugar urbano donde no hay sol—cosa estúpida—donde no hay sangre—cosa más estúpida todavía.

Es un público de plaza de toros domesticado por la noche y la luz eléctrica.

Una orquesta en lo alto de la galería lanza al aire, lleno de humo, las notas discordantes de sus instrumentos.

Esta música de circo es una música brillante y ramplona, algo como un salón lujoso con muebles pintados de purpurina ó un caballero elegante con cuello y puños de papel. Es una música deshecha á fuerza de ser usada, una música digerida, bilificada, quilificada,

que tiene la gracia que pueden tener las cosas conocidas y sabidas.

Es su encanto, el encanto de los gabanes viejos, de las pipas viejas, de las zapatillas viejas, de los amigos viejos y de otra porción de cosas viejas, que sirven á veces y que no molestan demasiado.

Esta música de saldo nos llena de esa animación bullanguera de las fiestas plebeyas.

Valses, polkas, galops, «Hermoso Danubio Azul», Mis Leoña, Max, aires de la Mascota...

Música. Música. Música.

Ha comenzado el espectáculo y una «troupe» de acróbatas ha aparecido en la pista.

Comienzan los saltos mortales seguidos del saludo de los gimnastas, que extienden los brazos graciosamente.

El público, enfurruñado por el calor y las apreturas, mira con indiferencia estos ejercicios, á los que está ya acostumbrado.

Los acróbatas se van y les reemplaza el atleta, que viene con andar derrengado de bulldog de mal humor. ¿Qué merito puede tener un atleta? El mérito del gimnasta se explica; estriba en hacer pensar al público, por un momento, que no existe apenas la materia y que la ley de Newton es casi una broma; el mérito del atleta debe consistir en afirmar la materia, olvidándose de la ciencia y de los procedimientos de la mecánica racional.

El atleta hace una porción de cosas cuya utilidad práctica, metafísica y estética es bastante exigua y dudosa.

El atleta dobla una barra de hierro con el brazo ó con los dientes, sostiene veinticinco hombres con una mano. Si no habla—quizás es alalo—sus músculos hablan por él. Su biceps braquial se abulta, sus triceps femoral se infla, el eterno cleido mastoideo va á saltar, los glúteos se dibujan formidables. Una vieja dama toma sus gemelos, los contempla y suspira. Músculos, huesos, apófisis, ligamentos...

Anatomía. Anatomía. Anatomía.

El atleta se marcha y sale un caballo blanco, gordo, con unas redondeces de jamona, con un lomo plano, por donde se puede andar de paseo y una arrogancia casi tan académica como la de un auténtico caballo de cartón. La amazona se presenta acompañada de un payaso con un látigo y salta sobre la popa redonda del caballo y hace mil filigranas. Brinca, se arrodilla, pasa por un aro de flores y por otro de papel, bebe champagne.

El pobre caballo, gordo y blanco, sabio como veinte académicos, lleva el paso, hace reverencias, se coloca en una actitud elegantemente incómoda. ¡Inteligente animal! ¡Tranquilo animal! ¡Eres digno de que haya un paraíso para ti al que puedas ir en compañía

de los perros amaestrados, de las cacatúas, de los gatos, de los loros, de las focas que dicen papá y mamá!...

Zoología. Zoología. Zoología.

Después de la amazona, viene el clown y su Augusto; pero el clown y su Augusto no nos hacen sonreír.

¡Oh, Grimaldi, cantado por Dickens! ¡Oh Tony Grice! ¡Oh Wedelman! ¡Oh Litte Pich! ¡Oh Gober Belling!

El clown y su Augusto no nos hacen sonreír. ¿Por qué? Y pensando en este problema, encotramos que el clown y su Augusto no son de las tierras donde se hacen tostadas con manteca y se bebe cerveza, sino de las más meridionales, en que se guisa con aceite y se bebe vino.

¿Por qué el aceite y el vino pueden producir el torero y no el clown? ¿Qué influencia tiene la manteca y la cerveza en el espíritu clownesco y cuál el aceite y el vino en la sangre torera?

«Ignoramus, ignorabimus», como dijo el fisiólogo Dubois-Reymond pensando en los misterios de la naturaleza y del hombre...

Antropología. Antropología. Antropología.

Después de los clowns, los criados del circo marchan corriendo cómicamente con una gracia de enterradores á doblar la alfombra y á llevársela.

Hay un intermedio y vienen de nuevo equilibristas, excéntricos, ciclistas que tienen por pista un cuadrado de un par de palmos.

Más ejercicios violentos, más juegos peligrosos y absurdos...

Barroquismo. Barroquismo Barroquismo.

Y á pesar de esto, tú, espectador picardeado, te aburres.

Cintas, trapos, luces, bofetadas de payasos, caídas, vueltas en barra fija, amazonas, atletas, madamas domesticadoras de cacatúas, virtuosos del cornetín de pistón. ¡Qué pena me da el pensar que ya no me producís sorpresa, ni hilaridad ni interés!

¡Qué aburrimiento el de sentirse por dentro tan poco ingenuo, tan poco dionisiaco!

Desilusión. Desilusión. Desilusión.

El español no se entera.

El español actual es impotente para ver la realidad. No puede, no se entera; además no tiene curiosidad ninguna.

Un español llega al mundo como un viajero inquieto á la estación de un tren en donde la parada es larga. Va, viene, se sienta, pregunta una porción de cosas inútiles. Detrás de la mampara de cristales de esa estación hay un pueblo, un monte, un castillo... El español no se entera, tiene prisa. ¿Prisa para qué? Para nada... Los demás viajeros han recorrido el pueblo, alguno ha comprado algo que le convenía comprar; todos están á la hora del almuerzo en la fonda. El no, él no ha visto el pueblo; se le ha ocurrido salir en el momento de almorzar y come mal, de prisa y corriendo y está á punto de que se le escape el tren.

Así me represento al español andando por

la vida, sin plan, sin tino, y, sobre todo, sin fuerza para ver la realidad.

En el comercio, en la industria, en la política, en la literatura ó en la ciencia, el español apenas ve.

Todos los escritores españoles presenciarian hoy luchas como las de la Iliada y, si no estaban ya de antemano reconocidas como substancia literaria, no las apreciarían. Pensarían en el abate Coignard, en Pierrot y Colombina ó en cualquier otra cursilería de moda por el estilo.

En el comercio, en la ciencia y en la industria, pasa igual. Yo recuerdo un profesor de medicina que, habiendo llegado á hacer con perfección más de diez mil preparaciones histológicas, no se le había ocurrido nunca cambiar los procedimientos que veía en los libros; todo lo hacía como lo leía, pero nunca fué capaz de hacer un ensayo por su cuenta.

Hace unos meses estaba yo en un pueblo, y en la fonda me encontré con un vinatero rico. Este señor, hablando de la riqueza de España y de las demás naciones, me dijo muy seriamente que el terreno bueno de Francia para la agricultura era, poco más ó menos, como el terreno malo de España.

—Usted sabrá—le dije yo—que la extensión superficial de España es casi tan grande como la de Francia.



—Sí.

—Usted sabrá que Francia tiene cerca de 40 millones de habitantes y que España no llega á 20. ¿Cómo se explica usted que teniendo nosotros, según usted, mayor riqueza y una extensión superficial parecida, vivamos nosotros menos y peor y ellos el doble de nosotros y mejor?

—Porque son más trabajadores—dijo el hombre, molesto.

—Es que si fuera así—repliqué yo—habría que matarnos á todos los españoles.

Y es que aquí la gente no se entera. No hay español que al ir á París, que es el primer punto de salida del español, no nos haya hablado del barrio Latino, de los barracones de feria del bulevar de Clichy y de todas esas cosas ridículas y amaneradas de la «Ville Lumière»; pero nadie nos ha hablado de la fuerza industrial que representa París, que, en el fondo, es su vida, de la extrañeza de que el puerto fluvial de París sea el de más comercio de Francia, de mucho más tonelaje que Marsella y que El Havre, ni de que el valle del Sena sea uno de los más fértiles del mundo.

Y es que el español no se entera; va un catalán allí á lucir sus melenas, ó un andaluz á lucir su capa; va un americano que tiene la nostalgia de las plumas y del taparrabo, y unos

y otros no pueden ver más que lo que les han dicho que hay.

En último término, esta tendencia á no enterarse del español (del español de España, porque el español de América está en otras condiciones) es un procedimiento de defensa, es un velo que pone el instinto vital sobre las cosas para que podamos vivir.

Cuando la realidad es completamente dura y amarga, el instinto de vivir, hace que los hombres no la veamos; cuando la realidad comienza á dulcificarse un poco, los hombres comienzan también á verla y se hacen pesimistas.

De aquí creo yo que nace el pesimismo de los que van enterándose de las cosas en España. Los que están tranquilos, los que lo consideran todo con un buen aspecto, es que no se enteran. Y esa es la mayoría de los españoles.

Adiós á la bohemia.

Ramón, treinta años.

Trini, veinticinco.

Un mozo, cincuenta.

Un chulo, veinte.

Un señor viejo que lee el «Heraldo».

Un señor de capa.

Varios jóvenes que discuten.

EL MOZO

(Al señor que lee el «Heraldo.») Ayer se quedaron hasta muy tarde. Luego vino don Julio, y cuando se fueron á casa serían ya cerca las dos.

EL SEÑOR DEL «HERALDO»

Cerca de las dos, ¿eh?

EL MOZO

Sí ; cerca de las dos.

(En el grupo de artistas.)

UNO DE LOS ARTISTAS

El Greco, Velázquez, Goya... esos son pintores.

EL OTRO

Y Pantoja de la Cruz y Sánchez Coello...

UN TERCERO

Para mí, donde esté el Ticiano se acabaron todos los pintores...

RAMÓN

(Sentado á una mesa, cerca del señor que lee el «Heraldo», toma un vaso de café. Es un hombre flaco, de barba, sombrero blando y pañuelo en el cuello.) ¡ Si no vendrá ! Sería una desilusión más. Y ella misma me citó. (Mira á la puerta.) No, no es ella. Sentiría que no viniese (Se abre la puerta.) No, no es ella tampoco. Quizá no venga.

UN SEÑOR DE CAPA

(Que ha entrado y cruza el café. A Ramón.) ¡ Hombre, usted por aquí ! Hace mucho tiempo que no se le ve.

RAMÓN

Si ya no vengo. ¿Y usted?

UN SEÑOR DE CAPA

Yo voy á jugar arriba una partida al tresillo y luego me voy temprano á casa. ¿Y qué es de su vida?

RAMÓN

¡Psch! Vamos viviendo.

UN SEÑOR DE CAPA

¿Espera usted á alguno?

RAMÓN

Sí; á un amigo.

UN SEÑOR DE CAPA

Bueno; pues no le entretengo más. Adiós. Mucho gusto.

RAMÓN

Adiós. (Solo.) Si no vendrá. (Mira al reloj.) Son las diez y cuarto (Se abre la puerta nuevamente.) ¡Ah! Aquí está.

(Entra la Trini, muy garbosa, con talma y una toquilla á la cabeza. El señor que lee el «Heraldo» la contempla.)

TRINI

¡Hola!

RAMÓN

¡Hola, Trini! Siéntate. Por fin. has venido.

TRINI

Chico: no pude antes. (Sentándose.) Llegó mi hermano del cuartel...

RAMÓN

¡Tu hermano!...¿Y qué dice ese ilustre golfo?

TRINI

¡Golfo! Eso tú... El marqués sin domicilio.

RAMÓN

Habrá ido á pedirnos dinero, como si lo viera.

EL MOZO

Buenas noches.

TRINI

Tráigame usted café, Antonio. (A Ramón.)
¿Y qué? Que nos ha pedido dinero, ¿y qué?
No parece sino que te lo pide á ti.

RAMÓN

Sería igual. Aunque lo tuviera, no le daría un cuarto.

TRINI

¡Roñoso!

RAMÓN

¡Si ese hermanito tuyo es un ganguero! Y vosotras le habéis dado... ¡Qué primas!

TRINI

Y bien. ¿Te importa algo?

RAMÓN

¿A mí?... Nada, mujer... Tu dinero es y tú lo ganas con tu honrado trabajo.

TRINI

¡«Asaúra»! Tienes la «asaúra» en la boca. A mí tú risa, ya sabes... cero. ¿Te ríes, calamidad?

RAMÓN

(Riéndose.) Es que me haces mucha gracia, chica.

TRINI

Pues á mí tú ninguna. (Irritada.) ¿Pero de qué te ríes?

RAMÓN

Me río de que reñimos como antes, como cuando nos queríamos.

TRINI

Es verdad.

EL MOZO

(Con las cafeteras.) ¿Café?

TRINI

Bueno; ya basta. Eche usted en la copa un poco de leche. Bueno. (Se guarda los terrones en el bolsillo.) Le guardo los terrones al chico de la Inés, á mi sobrino... Es más mono (Sorbe el café.) Conque la Petra te puso al fresco, ¿eh?

RAMÓN

¿Qué quieres? Ahora se ha arreglado con un gomoso... Hay que vivir.

TRINI

¿Y tú, tan.. tranquilo?

RAMÓN

¿Y qué voy á hacer?

TRINI

¿ Pero tú has estado enamorado de ella ?

RAMÓN

Creo que sí. Estuve enamorado unos días... seis ó siete... entre siete ú ocho días.

TRINI

Chico : ¿ tú enamorado... de la Petra ? ; Tiene gracia !

RAMÓN

¡ Gracia ! ¿ Por qué ? No tiene nada de particular.

TRINI

Sí ; verdad es que ni ella, ni su marido, ni tú tenéis tanto así de vergüenza.

RAMÓN

Gracias.

TRINI

Sí ; ¡ es verdad ! ¡ Valiente gentuza os reuníais en esa casa !...

RAMÓN

Sólo faltabas tú allá para que estuviese el cuadro completo.

TRINI

¡Jesús qué asco! Ni que fuera una...

RAMÓN

¿Qué?

TRINI

Que yo, aunque soy una mujer... así, si hubiera tenido la suerte de esa tía, de casarme, no le engañaría á un hombre ni por un golfo como tú ni por otro que valiera más que tú.

RAMÓN

¿Por qué no te has casado entonces?

TRINI

¿Por qué? ¿A ti qué te importa?

RAMÓN

Nada; pero te quejas... Como se casó tu hermana la Inés, podías tú también...

TRINI

Sí; pero la Inés se casó cuando mi padre trabajaba en el taller y había dinero en casa; luego se quedó enfermo, y ¿qué?... ni agua. La

Milagros y yo empezamos de modelos en los talleres, y como los pintores sois unos sinvergüenzas...

RAMÓN

¿No tenías un novio?

TRINI

Mira; no me hables de esas cosas... Madre mía es, pero algunas veces me han dado ganas de retorcerla el pescuezo por la mala obra que me hizo.

(El señor que lee el «Heraldo» mira con asombro.)

RAMÓN

Si te hablaba en broma. Hay que tener filosofía, como yo... Te advierto que así te pones hasta fea.

TRINI

Tanto da. Para como vive una, lo mismo daría morirse. (Apoya la cabeza en la mano.)

RAMÓN

No hagas caso... Sé filósofa, mujer. ¿Vamos á dar una vuelta? Hace una noche pisto-nuda.

TRINI

No, no, porque luego la Milagros va á venir á buscarme aquí.

RAMÓN

Como quieras.

TRINI

No hablemos de mí. Y de ese empleo que tú buscabas, ¿qué?

RAMÓN

Chica, del empleo, «na».

TRINI

¿De manera que te vas?

RAMÓN

Me parece. ¿Qué voy á hacer? Me voy á mi tierra, á destripar terrones.

TRINI

¡Qué lástima! Tú hubieras sido un gran pintor.

RAMÓN

(Con sonrisa dolorosa.) ¡Bah! ¿Tú qué sa

TRINI

Sí; todos lo decían cuando vivíamos juntos. Ramón es un artista, Ramón llegará.

RAMÓN

Pues ya ves, todos se han equivocado.

TRINI

Oye, ¿qué hiciste de aquella tela?... Estaba yo con un corazón en la mano, sonriendo...

RAMÓN

La quemé... Aquella figura es la mejor que me ha salido... no podía hacer otra cosa que resultase á su lado... Hubiera tenido necesidad de tiempo... de tranquilidad... y ya sabes, no tenía tiempo, ni tranquilidad, ni dinero. Me quisieron comprar el cuadro sin concluir, y dije: ¡No; qué demonio, lo quemo!... Y le pegué fuego. Romperlo me hubiera hecho daño. Ya no pienso coger los pinceles. (Se queda mirando fijamente al suelo.)

TRINI

¿Ves? Ahora tú te pones triste.

RAMÓN

Sí, es verdad; se me había olvidado que era filósofo. ¡Perra vida (Saca del bolsillo de la cha-

queta dos ó tres papeles de fumar, grasientos; estira uno y va sacando motas de tabaco de todos los bolsillos, hasta que reune bastante para liar un cigarro.)

TRINI

Oye, di, ¿por qué eres tan «desaborío»?

RAMÓN

¿Yo? ¿Pues qué he hecho?

TRINI

No tienes ni una mota de tabaco y te crees rebajado por pedirme á mí un real para una cajetilla.

RAMÓN

No; si tengo.

TRINI

¡Mentira!

RAMÓN

Era para aprovechar.

TRINI

¡Qué «gilí»! Si tú nunca aprovecharás nada. ¡Desgraciado! ¡Calamidad!

RAMÓN

No tengo tabaco, pero tengo dinero.

TRINI

Sí; para pagar los cafés y nada más.

RAMÓN

Sí; tengo más.

TRINI

¡Qué vas á tener! (Al mozo.) ¡Eh, Antonio! Traiga usted cigarros, pero buenos. (Echando un duro sobre la mesa.)

RAMÓN

No seas bestia, Trini; guarda esos cuartos.

TRINI

No me da la gana. ¡Ea! ¿No gastaste cuando tú tenías tu dinero conmigo?

RAMÓN

Pero...

TRINI

Nada.

EL MOZO

(Con una caja de puros.) ¿Qué, se han hecho ustedes amigos de nuevo?

RAMÓN

Ya ves... ¿Qué, no tocan ya, Antonio?

EL MOZO

(Mirando hacia el fondo.) Sí. Ahora van á tocar. Esta es una buena breva, don Ramón.

RAMÓN

¿Cuál?

EL MOZO

Esta que le ofrezco á usted.

RAMÓN

¡ Muchas gracias, Antonio! Trini me regala el cigarro. Toma los cafés...

TRINI

No; yo pago todo.

RAMÓN

Déjame convidarte por última vez. Aunque sea un miserable, que me haga la ilusión de que no lo soy por un momento.

TRINI

Bueno, bueno ; como quieras.

(El mozo enciende un fósforo y se lo da á Ramón. El piano y el violín del café comienzan á tocar la sinfonía de «Cavalleria rusticana». Ramón y la Trini escuchan sin hablar. Sólo se oyen las voces de los artistas que discuten y los siseos del público que protesta de la charla.)

RAMÓN

¡Esta música cómo me recuerda aquellos tiempos ! ¿Te acuerdas de nuestro estudio ?

TRINI

Sí. ¡Qué frío era, eh ?

RAMÓN

El polo. Pero frío y todo, lo pasábamos bien, ¿verdad ?

TRINI

Ya lo creo.

RAMÓN

¿Te acuerdas la apuesta que hicimos : yo á que te subiría en brazos hasta arriba, y tú á que no ?

TRINI

Sí.

RAMÓN

¡Y cómo la gané! Luego aquel periodista que venía aquí decía que eso lo había copiado yo no sé de dónde. ¡Copiar nosotros, que éramos de una originalidad salvaje!

TRINI

Tú, sí; siempre has sido un poco chiflado... vamos, original.

RAMÓN

Y tú también. ¿Te acuerdas aquella primera noche que pasaste allá, cuando me decías que me brillaban los ojos como á un aguilucho?...

TRINI

Sí. Era verdad.

RAMÓN

Es que te quería.

TRINI

¡Bah!

RAMÓN

Sí; me parece que tú no lo has creído nunca.

TRINI

¿Y aquella tarde que fuimos á la Moncloa?

RAMÓN

Es verdad... Yo no sé qué pasa; ya no hay tardes ahora como aquélla. Al llegar hacia la Florida había un charco grande, ¿recuerdas? Tú no querías pasar para no mojar te los zapa-titos de charol, y yo te cogí en brazos, con gran algazara de unos golfos, y al llevarte así me mirabas sonriendo...

TRINI

Es que te quería.

RAMÓN

Un poco quizá, pero mucho menos que yo... ¿Y cuando vino aquel poeta enfermo á casa, no recuerdas?

TRINI

Sí.

RAMÓN

Lo estoy viendo entrar; nevaba fuera, y nosotros hablábamos con una vecina alrededor de

la estufa. ¡Cómo temblaba el pobrecillo! No he encontrado á nadie en el café, recuerdo que nos dijo castañeteándole los dientes, y voy á pasar aquí un rato, si no os estorbo. Tú le invitaste á cenar, y cuando él nos dijo que hacía ya mucho tiempo que no dormía en una cama, tú le dijiste que se acostara en la nuestra, y te tendiste en el sofá. Yo pasé la noche sentado, fumando, y al verte dormida pensaba: Es una mujer buena, muy buena. Y ya ves, cuando después reñíamos algunas veces...

TRINI

¿Algunas veces sólo?

RAMÓN

No muchas vcees. Pues bien; cuando reñíamos, yo pensaba: Sí; tiene estos y estos defectos, pero es una mujer buena.

TRINI

(Avanzando la mano.) Tú también has sido bueno para mí.

RAMÓN

(Tomando la mano entre las suyas.) No; yo no.

TRINI

¿Y qué se hizo de aquel pobre hombre, del poeta?

RAMÓN

Murió en un hospital.

TRINI

¿Y hacía versos bonitos de verdad?

RAMÓN

No sé... Yo no leí nunca nada suyo; pero tan injusto me parece que muera un genio en un hospital, abandonado, como que muera allí un pobre hombre.

TRINI

¿Y aquel escultor catalán del pelo largo?

RAMÓN

Creo que dejó el oficio. Se hizo vaciador. Ahora come. Ha bajado de categoría y ha subido de alimentación.

TRINI

¿Y el otro? El francés flaco de la perilla, que cantaba y accionaba...

RAMÓN

¿El que recitaba los versos de Paul Verlaine, por la calle? Creo que murió; lo cogió un ómnibus en París

TRINI

¿Y el anarquista?

RAMÓN

Ese se hizo de la Policía.

TRINI

¿Y el otro, el de los bigotes?

RAMÓN

¡Ah, sí! ¡Qué tipo! Recuerdo la disputa que tuvo con otro amigo, los dos en aquella época desastrados y zarrapastrosos; llegaron á insultarse discutiendo cuál de los dos hubiera llevado mejor un frac en un sarao elegante.

El de los bigotes, que después llegó á conseguir buena posición, gastaba unos pantalones extraordinarios. Eran unos pantalones que no tenían mas que los dos tubos para las piernas, esos tubos que no sé cómo se llaman en sastrería. Los llevaba atados con unas cuerdas al cinturón, y disimulaba aquel espectáculo complicado con un gabán raído.

Conservaba también un bastón sin contera, tan desgastado, que para tocar con la punta en el suelo, tenía que agacharse y bajar el brazo.

A pesar de su indumentaria, que no era pre-

cisamente la de un Petronio, me decía una vez paseando él y yo por la Castellana, y mostrándome las damas reclinadas en sus coches: Estas señoras nos miran con un desdén... inexplicable.

TRINI

¡Inexplicable! ¡Tiene gracia!

RAMÓN

Pobre hombre; qué fuerza de ilusión tenía.

TRINI

¿Murió también?

RAMÓN

Sí; murió. Casi todos los que nos reuníamos aquí, desaparecieron. Nadie ha triunfado, y otros muchachos, llenos de ilusiones, nos han sustituido, y, como nosotros, sueñan y hablan del amor y del arte y de la anarquía. Las cosas están igual; nosotros únicamente hemos variado.

TRINI

No, chico, todo no está igual. Se conoce que no has pasado por nuestra antigua casa.

RAMÓN

¡No he de pasar! La han tirado, ya lo sé.

El otro día me asomé al solar, no hay allá más que un agujero muy grande, tan grande como el que hay en mi corazón. No sé, no me hagas caso, pero creo que lloré.

TRINI

Yo también he llorado algunas veces al pasar por allá.

RAMÓN

Uno quisiera que las cosas unidas á sus recuerdos fueran eternas, pero nuestras vidas no tienen importancia para eso. (Dan en la parte de fuera y asoma una cara á través del cristal.)

Es la Milagros con ése, que vienen á buscarme.

RAMÓN

¿Te vas?

TRINI

Sí, chico.

RAMÓN

Parece mentira que nosotros podamos despedirnos así. En fin, tú aquí, en Madrid, estás mejor que yo. Me olvidarás pronto.

TRINI

Más pronto me olvidarás tú á mí. Tú tie-

nes vida por delante. En tu pueblo te casarás... puedes tener mujer... hijos... yo, en cambio... ¿Qué le queda á una como yo? El hospital... el Viaducto... (Se levanta.)

RAMÓN

(Sujetándola de la mano.) No, Trini, no. Yo no te puedo dejar así. Tú has sido mi mujer. A mí no me importa que la sociedad, los poderosos, puedan decir que hemos vivido amancebados, á mí no me importa que nos desprecien... Yo soy un humilde, como tú... mi padre era labrador... un pobre trabajador del campo... para mí has sido mi mujer, y yo no puedo dejarte así, no.

TRINI

¿Y qué puedes hacer tú, pobrecillo? Dinero no tienes. ¿Casarte conmigo? Pero es que yo no lo querría, ¿sabes?, porque, aunque no soy una mujer como debía ser, tengo corazón y vergüenza... más que otras... y tú ni nadie me pueden dar lo que ya he perdido. (Vuelven á llamar en los cristales. La Trini, tendiendo la mano.) Conque, chico...

RAMÓN

¿Y ya no volveré más á saber de ti?

TRINI

¿ Para qué ?

RAMÓN

Eres muy cruel conmigo.

TRINI

Más cruel soy conmigo misma. (Está sin hablar, mirando al suelo. Entra un chulito, de capa y sombrero ancho, y se acerca á la mesa.)

EL CHULO

(Tocándose el ala del sombrero.) ¡ Buenas noches !

RAMÓN

Buenas.

EL CHULO

(A la Trini.) ¿ Conque vienes ó no ? Esos nos están esperando.

TRINI

Ya voy. ¡ Adiós, chico ! (Alarga la mano á Ramón.)

RAMÓN

¡ Adiós !

(La Trini va con el chulo, se acerca á la puerta, se vuelve con vacilación, ve á Ramón con la cabeza baja, suspira y sale. Ramón se levanta decidido á ir tras ella.)

EL SEÑOR QUE LEE EL «HERALDO»

(Cogiendo á Ramón del gabán.) Pero ¿qué va usted hacer, hombre? Si ella no quisiera no se iría.

RAMÓN

Es verdad, tiene usted razón. (Se sienta de nuevo. El mozo se acerca á la mesa, retira los vasos y platillos y pasa el paño por el mármol.)

EL MOZO

No se apure usted, Don Ramón. Cuando una mujer se va, otra viene.

RAMÓN

Es que no es una mujer la que se va, Antonio. Es la juventud... la juventud... y esa no vuelve.

EL MOZO

Es verdad. ¿Pero qué se le va á hacer? Así es la vida, y hay que tener paciencia... porque todo pasa, y bien pronto, no crea usted.

EL SEÑOR QUE LEE EL «HERALDO»

(Moviendo afirmativamente la cabeza.) Yá lo creo.

EL MOZO

(A Ramón.) Qué ¿ se va usted, señorito ?

RAMÓN

Sí, me voy á dar un paseo largo... muy largo. (Levantándose y saludando con el sombrero al señor del «Heraldo».) Buenas noches.

EL SEÑOR QUE LEE EL «HERALDO»

(Amablemente.) ¡ Muy buenas noches ! (Ramón cruza el café y sale á la calle.)

UNO DE LOS ARTISTAS

¡ El Greco ! Ese era un pintor sabiendo...

OTRO DE LOS ARTISTAS

Para mí no hay más técnica que la del Ticiano.

Las ideas disolventes.

En España la obra magna sería la de armonizar las ideas de la civilización con el carácter y la manera de ser íntima de nuestra raza y si había algo de inadaptable ver por qué motivos lo era.

El progreso de las cosas materiales debe tener su causa para ser fecundo en el progreso de las ideas. No hacer más que lo que hacemos nosotros : ir siguiendo los adelantos científicos y apropiárnoslos, eso no sirve para nuestra cultura.

En España no hemos tenido una filosofía revolucionaria porque no hemos tenido ciencia. La Revolución va tan unida á todo progreso científico, intelectual y material, que únicamente en los países en donde se elabora filosofía y ciencia pueden nacer ideas renovadoras.

En España, la labor más revolucionaria, más útil para la emancipación del pensamiento, es la labor de crítica.

Hay que producir en cada español una intranquilidad, un instinto de examen, un anhelo aunque sea inconcreto de algo mejor.

Hay que disociar todas las ideas del ambiente; las ideas nuevas se nutren con los restos de las ideas tradicionales.

Algunas gentes temen lo que llaman ideas disolventes. ¿Por qué? Gracias á las ideas disolventes la Humanidad marcha. Gracias á las ideas disolventes el hombre hoy vive mejor que ayer.

Todos los hombres tenemos nuestro tesoro que nadie puede arrebatarnos; este tesoro es la Ciencia, ella hace que nuestra vida sea mejor, que nuestro hijo no enferme por viruela, que llegue á ser curado si está enfermo de difteria.

No hay anarquismo que disuelva la Ciencia, no hay anarquismo que pueda nada contra un teorema.

Que las ideas disolventes nos demuestran que el rey es igual al cargador y que el fetiche, adornado con coronas y perlas de nuestras iglesias y de nuestras ermitas, no puede nada contra el rayo ó contra la peste.

Mejor, una mentira menos.

Sí; no hay miedo de que las ideas disolventes nos pierdan.

¡Disolved, amigos! ¡Disolved!

Indecision.

(León es un joven de unos cincuenta y tantos años, soltero y galante. Tiene un egoísmo tranquilo, nunca se ha preocupado para nada de los demás. Lleva un bigote gris a la borgoñona, tiene las piernas cortas, el abdomen abultado, las botas de charol, chaleco blanco y el sombrero de paja. León entra en el Circo de Price a las diez de la noche.)

León.—La gente es muy egoísta. Yo necesitaría que alguien me indicara adónde debo ir, porque si no estoy expuesto á aburrirme como el año pasado. ¡Luego estos médicos son tan estúpidos! Le digo á mi médico: —Yo estoy malo, doctor. —¿Qué le pasa á usted? —¿No tiene usted apetito? —Sí tengo apetito. —¿No tiene usted sueño? —Sí tengo sueño. —Entonces, ¿qué siente usted? —Hombre, yo no siento nada, pero me intranquilizo con facilidad, me aburro por cualquier cosa y eso no puede ser sano. Yo debía tomar unas

aguas. —Pues vaya usted á Arrigorriaga, ó á Caldeira, ó á la Carbonera... Y se marcha. ¡Estos médicos son tan egoístas!

(León pasea por un pasillo hasta que ve á su amigo y se sienta á su lado.)

León.—Hola, Curro. ¡Buenas noches!

Curro.—Hola León. ¿Qué hay?

León.—Nada, aquí como siempre. Esto está muy desanimado.

Curro.—¿Si se ha ido ya todo el mundo? ¿Tú no te vas?

León.—Estoy vacilando, porque me encuentro malucho. Me han dicho que vaya á Arrigorriaga, que aquello es hermoso.

Curro.—¿Hermoso? Es magnífico, chico. Allí se pasan los días sin notarlos. Toda gente de Madrid, te advierto. El año pasado estuvo Lola Izquierdo y nos divertimos la mar.

León.—¿Y se come bien?

Curro.—Magníficamente, mejor que en cualquier hotel de aquí.

León.—Otros me han dicho que vaya á Caldeira.

Curro.—¡Oh, Caldeira! ¡Admirable! ¡Qué veranos he pasado allá! Unas muchachas gallegas preciosas. Un paisaje... unos manzanos...

León.—Y este balneario de la Carbonera ¿qué tal es?

Curro.—¿La Carbonera? Un paraíso. Allí

se pone uno bueno sin querer. El hotel está á una altura grandísima sobre el nivel del mar. Y luego una gente tan campechana, tan simpática... ¿Qué, vamos á ver al clown?

León.—Sí; vamos.

(Se levantan los dos y entran en el teatro.)

León (aparte).—Pues señor, este hombre no me ha sacado de dudas. Arrigorriaga es magnífico, Caldeira es magnífico, la Carbonera es magnífico (mirando con los gemelos). Allá están Lolita y Trinidad. Voy á saludarlas. Adiós, Curro.

Curro.—¡Adiós, León! Hasta otro rato.

León (acercándose al grupo y con voz de conquistador).—Aunque usted no quiera Lolita, vengo á saludarla...

Lolita.—Hola, León.

Trinidad.—Hola, Leoncito.

Sandoval (un hombre de barba negra y mirada aviesa cruzado entre dos sillas).—Hola, don León. Se le ve á usted poco.

León.—Sí; estoy algo malucho.

Sandoval.—Sí; va usted tomando facha de viejecillo. Estas bribonas le ponen á usted malo. Y usted no está ya para esos trotes.

León (sonriendo de mala gana).—Claro, el tiempo pasa para todos. Estoy pensando en salir este verano. Creo que voy á ir á Arrigorriaga.

Sandoval.—No haga usted ese disparate.

León.—¿ No ? ¿ Por qué ?

Sandoval.—Porque es insoportable. Allí no hay mas que gente de Madrid, pero de lo más impertinente y ceremoniosa que puede usted suponer. Hay que vestirse para ir al comedor, para ir á tomar las aguas. Es insoportable. Luego caro como un demonio ; por llevarle la maleta á su habitación, diez pesetas, por un vaso de agua trescientas pesetas...

León.—¡ Qué barbaridad !

Sandoval.—Además, aquello es húmedo y malsano. ¡ Se cogen unos reumatismos terribles ! Y de mala clase. Yo he conocido á dos que murieron de un reumatismo deformante, cogido allá.

León.—¡ Demonio ! Pues no voy. Me marcho á Caldeira.

Sandoval.—¿ A Caldeira ? Me hace mucha gracia que diga usted eso.

León.—¿ Por qué ?

Sandoval.—Porque ir á Caldeira es como ir al fin del mundo. Tiene usted que hacer cuatro transbordos, pasar una noche en una estación, donde no hay fonda, y andar seis horas en diligencia.

León.—¡ Qué disparate !

Sandoval.—Luego allá no tiene usted ni un periódico, ni un libro, ni gente con quien ha-

blar. A los cinco ó seis días entra una melancolía...

León.—Pues es una broma. ¿Y el balneario de la Carbonera, también es malo? Porque he oído decir que es una maravilla.

Sandoval.—No tiene más inconveniente sino que ahora estará á cuarenta y cinco grados á la sombra.

León.—¿Es caliente?

Sandoval.—Allí se asfixia uno, y eso no es lo peor.

León.—¿Pues qué es lo peor?

Sandoval.—Lo peor es la gente.

León.—Si me han dicho que es gente muy campechana.

Sandoval.—Sí; labradores ricos de por allá; muy francotes y muy alegres; un día le llenan á usted de tierra la cama, otro día le tiran á un charco... son muy divertidos.

León.—¿Pero todos no serán así?

Sandoval.—No; hay hombres graves y serios y esos le convidan á usted á ir á su cortijo; doce ó catorce horas á caballo al sol, y sino acepta usted lo toman á desaire y son capaces de darle á usted dos palos.

León.—Pues señor, parece que en España no hay un balneario donde ir. Voy á dar una vuelta. Hasta luego.

Todos.—Hasta luego, León.

Sandoval (riendo á carcajadas).—El vejete se marcha furioso.

Lolita.—¡Qué malo es usted!

León (solo).—La gente es muy egoísta. Elogian ó desdeñan sin motivo y se ríen de las cosas más serias. Ya me han fastidiado. Ya no sé dónde ir. Nadie se ocupa de uno. Nadie le da á uno un buen consejo. Y no ven que uno no tiene más que cincuenta años... La verdad es, que la gente es muy egoísta...

La lógica latina.

La frase de un diputado catalán, de que los ingleses no hacen gran caso de la lógica, me recuerda una conversación que tuve con un ilustre escritor inglés, gran conocedor de España, y que voy á transcribir por si los lectores la encuentran interesante.

Me había convidado este ilustre escritor á comer en un club de Piccadilly y después de la comida pasamos á un salón de intimidad, nos acomodamos en dos sillones, al lado de la chimenea, y estuvimos charlando y fumando.

—¿Va usted á escribir algo sobre Inglaterra?—me preguntó él.

—No, no me atrevo—contesté yo—. Esto es demasiado complejo y vario. Además, no sé si será por ignorancia mía, pero yo lo que veo lo encuentro esencialmente contradictorio. Hay aquí, al mismo tiempo que una serie de restricciones absurdas, una gran cantidad

de libertades; á veces se figura uno que este es un pueblo conservador y á veces da la impresión de un pueblo revolucionario. El otro día fuí con un amigo á la Cámara de los Comunes. Había un señor con una enorme peluca rubia, pantalón corto y zapato con hebillas. Me dijeron que era el «speaker». El presidente del Congreso hablaba sin que nadie le escuchara, y unos cuantos diputados, con el sombrero puesto, estaban casi tendidos en los bancos y uno de ellos apoyaba los pies en el pupitre.

—¿Y eso le sorprendió á usted?—me preguntó el inglés.

—Mucho. Yo creo que á cualquiera le hubiera sorprendido. Esta mezcla de tradicionalismo y de desahogo, indudablemente no es lógica.

—No. Eso es verdad, no es lógica. La cuestión está en saber si es buena ó mala.

—Pero, ¿usted cree que una cosa ilógica puede ser buena?—dije yo.

—Yo, sí—respondió él—. Es más, creo que la convivencia con la falta de lógica y con la contradicción es nuestra fuerza. En todo esto se ve aquí la inconsecuencia, es indudable. Si va usted á la abadía de Westminster verá usted que entre los hombres ilustres enterrados allá, hay muchos que han vivido y han muerto fuera de la religión. Sin embargo, allá están

Darwin, por ejemplo, se halla enterrado en Westminster, y sus ideas y sus doctrinas, consideradas como agnósticas, están condenadas por la Iglesia oficial. ¿Quiere usted más consecuencia? Un cura español ó un librepensador español no comprenderían esto y serían lógicos, nosotros tampoco lo comprendemos, pero lo hacemos así y nos va bien.

—¿Y no le parece á usted eso un defecto de pensamiento, una impotencia para la generalización?

—Es posible, no digo que no; pero si es un defecto, nos beneficia extraordinariamente.

—¿Cree usted?

—Si el francés, el español ó el italiano son razonadores y generalizadores, el inglés, no; puede vivir con una contradicción continua, y si le va bien así, sigue sin preocuparse de si es lógico ó no lo que hace. Un español que obra contra su moral y que finge, es un hipócrita completo, pero el inglés que tiene esclavos en una colonia lejana y al venir á Londres forma parte de una sociedad filantrópica, no es un hipócrita, es que no se para á contrastar el absurdo de sus dos funciones morales. Luego en Inglaterra, parte por utilidad, parte por falta de perspicacia, hay como un velo sobre todo que no permite ver las cosas descarnadas; así, por ejemplo, lo mismo llaman aquí «flirt» á una amistad tranquila entre hombre

y mujer que á una pasión desenfrenada. Así que cuando dicen de una señora que tiene un «flirt», no se sabe si tiene un amante ó un amigo. Dígale usted á un inglés: la señora de Tal tiene un «flirt» con Tal, y quedará satisfecho, como si supiera lo suficiente; en cambio, dígaselo usted á un meridional, y como las cosas oscuras no entran en su imaginación, querrá saber en seguida qué alcance tiene la palabra «flirt», hasta qué punto compromete á la señora, para poder llegar á una conclusión y poder decir: La señora de Tal es honrada, ó la señora de Tal engaña á su marido.

—Es extraño y, sin embargo, es verdad—dije yo.

—Y además de ser verdad es útil, que es más extraño todavía. El inglés ha creado una montaña, en parte con ficción, en parte con verdad, y no quiere analizar los materiales que ha empleado, porque en el fondo teme que el análisis, la lógica, pueda echar todo su edificio por los suelos. En cambio, ustedes, los meridionales, están siempre midiendo, tasando, valorando, y como consecuencia de sus tasaciones terminan en el desden, así como aquí nuestra falta de perspicacia nos inclina al respeto. Aquí todo se considera un valor, ser valiente, ser aristócrata, ser guapo ó listo, ó ágil, ser buen comerciante, buen abogado, buen jugador de cartas, tener buena letra, llevar bien

la levita, montar á caballo, dirigir un automóvil, nacer rico, ser inglés, francés, español, chino, todo es un valor. Allí es todo lo contrario. Se trata de un hombre valiente, se dice: ¡si es un animal! Es un comerciante rico, dicen todos: Claro, le dejó su padre mucho dinero. Es un hombre que ha hecho una fortuna, y ustedes comentan el hecho diciendo: No es más que un hombre de suerte. Hablan de un cantor ó de un violinista, y ustedes exclaman: Si creerá este idiota que por hacer gorgoritos ó rascar el violín ya es una eminencia. Y tienen ustedes razón, son ustedes lógicos, pero echan abajo todo lo que hay vivo en su país.

—Sí; es posible que eso sea cierto—dije yo—, pero en último caso siempre resultará que aquí viven ustedes con una jerarquía que puede ser absurda. En cambio allí el ambiente está más limpio y no hay hipocresía ni esnobismo.

* * *

Después he pensado varias veces en esto. ¿Se puede vivir dentro de la contradicción, de la ilógica, de la falta de consecuencia? En Inglaterra, sí; en España creo que no.

En el fondo, nosotros, los españoles, somos latinos, no de raza latina, pero sí de

ideas, de civilización. Somos como todos los pueblos que componen la gran nacionalidad grecolatina; iberos, semitas, griegos, cartagineses, romanos, galos, hunos, francos, vándalos, árabes, lombardos, gente de ideas claras, entusiastas de la forma y de la armonía.

Es cierto que en siglos de cristianismo nos hemos polarizado en otro sentido, y hemos amado la oscuridad y el misterio, pero la tendencia clásica madre de la Roma antigua, de la claridad, de la razón, vuelve á nosotros.

La Revolución Francesa nos trajo esa buena nueva, la Revolución Francesa fué lógica y romana, toda su fuerza, todo su brío, todos sus ideales los extrajo de la historia de la República romana.

Y hoy, la tendencia clásica de la unidad, de la armonía, de la lógica, está en lucha en España con la tendencia medioeval de la disgregación, de la fe, de la contradicción.

No creo que Francia sea un ejemplo para el arte, ni para la literatura, ni para nada individual; en cambio, creo que hay que seguiría en todo lo social, sobre todo en su política, que es la manifestación más grande del genio francés. Francia nos ha identificado á todos los latinos con el espíritu de la antigüedad. Es la obra más grande que ha podido realizar un país.

Francia nos ha acercado á la Roma gloriosa

de la antigüedad, es decir, á la razón, á la lógica, y nos ha apartado para siempre de la contradicción y del misterio.

Podrá la fe haber llenado de glorias á España, podrán la razón y la lógica haberla llenado de ruinas. No importa. La razón debe estar por encima de todo. La lógica debe triunfar y triunfará. Y cuando triunfe, el español se podrá dar la mano á través de los siglos con el ciudadano de la Roma antigua y considerarse su hijo y su heredero.

Discusiones de Roma.

Roma se ha considerado siempre como el centro del mundo. Verdad que las demás ciudades italianas han hecho lo mismo.

Hay en Roma y en todas las grandes ciudades de Italia la tendencia ciudadana, más fuerte en el fondo aun que la idea nacional. Los pueblos del Mediterráneo no han comprendido nunca más que la ciudad; una idea más amplia de patria la han tenido que dar los pueblos del Norte.

Hacer de la comunidad de Roma algo así como la más alta é ilustre comunidad del mundo ha sido un pensamiento muy frecuente entre los liberales romanos.

La aspiración al dominio perdura en Roma entre los reaccionarios como entre los liberales.

Este sentimiento dominador viene de la Iglesia, de la Roma de los Papas, y ésta lo heredó de la Roma de los Césares.

Como dominadora, Roma es cosmopolita.

La Roma católica sigue creyendo, ó fingiendo creer, que tiene la dirección espiritual del universo, así como el socialismo romano vive también con una ilusión de cosmopolitismo.

Roma ha sido la casa de un déspota y de un avaro. Se ha apoderado de todo: obeliscos egipcios, estatuas griegas, cuadros, cosas, hombres. Y á cambio de esto, nos ha hundido en la obscuridad.

Hoy Roma es un solar muy grande, con grandes vallas, grandes letreros; dentro no hay más que grandes tumbas, magníficas iglesias, que son lo mismo que si fueran tumbas, y unos cuantos monillos vestidos de negro y de rojo, que representan una comedia religiosa.

Dicen que los liberales romanos quieren echar al Papa. No lo creo. Esto todavía es lo que da importancia á Roma en el mundo. Si no hubiera Papa, Roma sería una ciudad de segundo orden. Los americanos tienen un interés por nuestro Santo Padre verdaderamente conmovedor.

El tocino yanqui ve en el agua bendita de Roma la purificadora ideal.

Esos mismos romanos anticatólicos, si pudiesen aumentar la influencia del Papado, lo

harían. Como que el Papa es el que llena las fondas de Roma. Sin Papa se acababa el negocio.

En el hotel me he encontrado con un francés que se llama Beaufort. Hemos hablado y discutido. Yo he afirmado que Roma no da impresión alguna al lado de Florencia; Beaufort afirma lo contrario. Después me he permitido decir que Miguel Angel me parece inferior al Donatello.

—¿Ha estado usted en la Capilla Sixtina?
—me preguntó él.

—No, todavía no.

—Pues, vamos allá.

La Capilla estaba llena de ingleses, de alemanes gordos de voz gutural y de franceses que exhibían sus sonidos nasales, como si fueran una preciosidad fonética. Tenían todos ese aire de pedantería clásico de los que se creen investidos de cierta superioridad artística. Un francés calvo, con un gorro de seda, miraba al techo con unos gemelos y hablaba con un tono doctoral.

Nos quedamos contemplando el gran fresco de Miguel Angel, y Beaufort me preguntó:

—¡Eh! ¿Qué le parece á usted?

—Pues no me gusta nada—dije yo.

—Pero si no le ha visto usted todavía. Vamos á sentarnos.

Nos sentamos. Beaufort me explicó la composición del Juicio final y lo que significaban las figuras del techo, y para que viera la expresión de las caras me prestó sus gemelos.

—Sigue sin gustarme—dije yo tercamente después de mirar con atención—. Este gran fresco me parece pintado al añil y al «ciocolato».

—Pero, hombre, es que el color ha perdido con el tiempo. Además, Miguel Angel no debió de ser nunca un colorista.

—Entonces, ¿para qué pintaba?—pregunto yo irrespetuosamente.

—Aquí hay que ver el vigor, la energía desesperada. Era un atleta este hombre. Sobre todo, al lado de Rafael forma ese contraste eterno del artista impetuoso con el artista refinado. Como dice Zola, es Corneille al lado de Racine, es...

—Hombre, yo no conozco á Corneille—le dije yo—; respecto á Racine he leído solamente un parlamento suyo en un libro de traducciones y me ha parecido insoportable.

—Usted es antifrancés—dijo Beaufort—; ponga usted en vez de Corneille Shakespeare...

—No, no; lo que yo he leído de Shakespeare no me recuerda nada á esta pintura.

—¿No?

—No. Las obras de Shakespeare me pare-

cen como un jardín que tiene un trazado artificial, pero en donde la fuerza de la vida y del pensamiento rompe ese trazado é invade los caminos de una manera alegre. En cambio, esto me parece como una naturaleza falsa, hecha artificialmente, sin juventud y sin alegría, con una furia pedantesca y absurda. Me parece que entre el inglés y éste hay la diferencia que puede haber entre un hombre fuerte, que emplea su fuerza cuando la necesita, y un atleta viejo y cansado que hace ejercicios con bolas huecas. Hay también la diferencia que se ve entre una obra de la Naturaleza y una obra de un ingeniero.

—Cierto—dijo Beaufort—; hay algo aquí de ingeniería; pero ¡qué concepción más colosal, más grande!

—A mí no me gusta, la verdad.

—¿De manera que usted disiente del género humano?

—Sí. ¡Qué le voy á hacer! Yo, cuando pienso en estas cosas, pienso que la opinión de la mayoría está en un error, y me lo explico á mi modo. Han ensalzado—digo yo—lo menos espiritual porque está más al alcance de todo el mundo. Yo creo que los tipos de pintores del Renacimiento son Botticelli, Mantegna, Fra Filippo Lippi y otros semejantes, y los tipos de escultores el Donatello y della Robbia. ¿Por qué han considerado como lo

más saliente á Rafael y á Miguel Angel? Parte, por la universalidad de Roma y de la Iglesia; parte, por ser artistas más aparatosos y de más forma. Unos calígrafos de hace algún tiempo hubieran tomado como tipo de letra la que tuviera más rasgos y más adornos.

—Pero ¿puede usted creer tal cosa?—me preguntó Beaufort.

—Sí; lo creo como se lo digo.

—¿Y cómo se explica usted la universalidad de esta impostura?

—Me lo explico porque el número de pedantes es infinito, y este Miguel Angel es así como un representante de la pedantería genial.

—Pero Shakespeare, de quien usted hablaba antes, tiene también sus pedanterías.

—Sí, indudablemente; pero más que el autor parece que la tienen sus personajes, y son, como pedanterías de expresión, superficiales, externas.

—Creo que es usted terco. No puede usted menos de encontrar que hay aquí grandeza.

—¡Si no digo que no! Esto me parece grandioso, pero desagradable. Me da la impresión de un ejercicio de retórica, de esas cosas que recuerda uno vagamente del colegio; unos trozos de discursos enfáticos de los romanos. Además, yo considero esto desde el punto de vista moral.

—¡ Hombre! ¿ Desde el punto de vista moral?

—Sí. A Shakespeare yo le considero como un amigo alegre, lleno de brutalidad, de talento y de gracia, que no quiere enseñar ni hacer advertencias. En cambio, esto es una advertencia absurda de una religión igualmente absurda. Me parece como el sermón de un predicador serio, feroz y pedante. Como Miguel Angel pintando debía ser Savonarola hablando. En cambio, Shakespeare debía ser como un César de la literatura.

—Algo de razón tiene usted, pero nada más que algo.

—Yo creo que mucha. Ahora, ustedes los franceses, como en el fondo son razonadores y académicos, les ha gustado desde el principio Miguel Angel, que es un razonador sombrío, y Rafael, que es un razonador elegante. La Iglesia y Francia han empujado estos nombres y los han ensalzado como las mayores sublimidades artísticas. Dante, Miguel Angel, Rafael se ha dicho siempre; hoy se dice más Shakespeare y Velázquez; mañana vaya usted á saber qué se dirá.

—Usted tampoco cree que esto sea definitivo.

—No. ¡ Ca! ¿ Por qué no se han de perfeccionar los sentidos del hombre? Suponga usted que mañana el oído humano encuentre en

la música elementos nuevos de timbre, de sonoridades hoy desconocidas, y desde ese momento Mozart ó Beethoven pueden quedar como creadores de un arte primitivo y tosco.

—Sí; es posible, pero no muy probable. Lo que no comprendo bien son los motivos morales para preferir Velázquez ó Shakespeare á Miguel Angel ó al Dante.

—Los motivos morales son que ni en Shakespeare ni en Velázquez se nota la tendencia de moralizar. Son extrarreligiosos, extrapolíticos, como espejos de la Naturaleza que no someten las imágenes á ninguna idea anterior. Representan la vida casi con la misma indiferencia que el río refleja los árboles de la orilla.

—¿Y eso le parece á usted mérito?

—Sí.

—A mí me parece lo contrario. Además, creo que esto representa igualmente la vida.

—Claro. Quiere representarla, pero de una manera titánica, y yo, la verdad, no creo en lo titánico. En el hombre no hay más ni menos que el hombre. Más no es nada; porque no podemos suponer algo más que nosotros; lo que es menos, está fuera del arte.

—No nos convencemos—dijo Beaufort—. Sin embargo, creo que se ha de rendir usted. Hoy iremos á ver el Moisés de Miguel Angel.

Fuimos á comer y luego salimos á dar una vuelta.

—¿Usted habrá visto San Juan de Letrán?
—me preguntó Beaufort.

—No.

—Usted es un criminal. Vamos ahora mismo.

—¿Para qué? Las Iglesias no me gustan. Están muy frías.

—No entre usted más que un momento.

—Bueno; la veré desde fuera.

Salimos al Esquilino, y de allí, por una calle recta á la plaza de San Juan de Letrán. Hacía una tarde sofocante. Junto á una tapia varios hombres morenos y greñudos, tostados por el sol, estaban reunidos.

—Qué hacen estos hombres, ¿riñen?—pregunté yo.

—No. Están jugando á la morra.

Entramos en la Iglesia; me asomé; hacía frío.

—Yo le espero á usted en el atrio—dije, y salí fuera.

Me paseé por el atrio que da hacia la puerta de San Juan. A la izquierda, en el fondo del atrio, se levantaba la estatua del emperador Constantino, este monarca asesino y parricida que la Iglesia acogió en su seno con tanto júbilo.

El sol caía como fuego en la gran explana-

da y brillaba en el empedrado de lápidas que forma el raso de la basílica. En la gran plaza, delante de la puerta de San Juan, algunos tranvías estaban parados. A la derecha, por encima de la muralla, se veían los montes Albanos; á la izquierda, un santuario con una media cúpula en mosaico, y cerca, casas nuevas con huertos y palmeras y algunos restos ruinosos entre árboles. Enfrente, una torre vieja de ladrillo, tostada por el sol, mostraba el cuadrante de su reloj blanco, acabado de encalar.

Beaufort salió de la Iglesia.

—Prefiere usted el sol—dijo—; es usted una especie de lagarto.

—Sí; soy animal de sangre fría.

Vimos, desde fuera, el palacio de San Juan de Letrán, que me pareció magnífico y de un color soberbio. Luego tomamos por la vía Laterana hacia el Coliseo. En una encrucijada de esta calle había una representación de payasos y, cosa extraña, era de lo más triste que puede imaginarse.

—¡Pobre gente!—exclamó Beaufort.

—Sí, realmente; de sepultureros estarían más en carácter—dije yo.

Dejamos á los payasos, tomamos por una calle estrecha y salimos á una plaza en alto llamada de San Pedro Advíncula. La plaza,

desierta, era muy tranquila. Desde el pórtico de la iglesia de San Pedro se veía enfrente una palmera al lado de una torre antigua y en el fondo las alturas del Jánico.

—¿Aquí es donde está el Moisés?—pregunté yo.

—Sí; aquí.

La iglesia era de columnas; á la derecha, cerca del altar, como hundida en el suelo, estaba la estatua de Moisés, de Miguel Angel!. Es una estatua que la conoce uno por reproducciones y fotografías.

—Qué, ¿tampoco le gusta á usted?—me preguntó bruscamente Beaufort.

—No; la verdad. Creo que tampoco me gusta.

Salimos de la iglesia á la plaza y bajamos á la calle Cavour por una escalera que pasa por debajo de un arco.

—No comprendo cómo no le puede gustar á usted—dijo Beaufort.

—Me da la impresión de una obra de ingeniería más que de arte. No hay la sensación de las cosas. Figúrese usted un hombre que no conociera la mitología cristiana. ¿Cree usted que le haría á uno gran efecto el Juicio final? Yo creo que ninguno.

—Pero entonces, según usted, no debe haber ninguna idea en las artes.

—Yo casi lo creo así. El arte creo que debe ser más que nada sensación. Hace qui-

nientos años no era eso. El arte tenía idea y sensación; pero hoy el elemento de idea se ha incorporado á la ciencia, y el elemento de violencia y de pasión ha quedado del dominio del arte, sobre todo de la música. A un Vinci ó á un Miguel Angel, hoy les gustaría más trabajar en un laboratorio que en un taller de pintor; les gustaría más hacer un aeroplano que no un muñeco de mármol.

—De manera que para usted el arte de hoy es una cosa baja, algo como beber vino ó fumar opio.

—Sí; algo así.

Y Beaufort y yo nos despedimos.

Pequeña historia de Vera del Bidasoa

Desde la ventana de mi cuarto oigo el rumor de un arroyo Shantellerreca, que se desliza á los pies de la casa, y contemplo el pueblo, que se extiende formando una curva.

Ahí, enfrente, se levanta la iglesia con su torre de piedra cuadrada, las palomas blancas revolotean en derredor suyo, el cielo está azul, y la peña de Aya traza en el horizonte la línea de su cresta almenada. Todo el valle de Vera y sus montes próximos tienen ordinariamente un verdor profundo, mayor ahora; ha llovido mucho los días pasados; tras de las lluvias ha comenzado á reinar el viento Sur, y el cielo está puro con alguna nube lánguida y blanca.

Doblando el valle por la parte del Mediodía y de Poniente se ven los altos de Baldrun, Pompollegui, Escolamendi, Gatzatierra y Santa Bárbara.

Al ver enfrente el pueblo con su iglesia en su beatitud tranquila de la tarde, al oír el rumor del arroyo que corre á pocos pasos y el cacarear lejano de los gallos, pienso en la vida estática de los pueblos.

¡ Cuántas cosas no han visto estas torres viejas de las iglesias !

¡ Cuántas generaciones no las han contemplado !

¡ Triste cosa esta de ver al hombre como una ola que pasa en el mar de las generaciones !

Por más que uno quiera ser antihistórico, antitradicionalista, el peso de las cosas que fueron obra sobre la conciencia. Ver el mundo como una novedad es imposible para un hombre de hoy.

* * *

Probablemente yo seré—á pesar de mi sentido antihistórico—el único de los que viven en Vera que han querido conocer algo la historia de esos montes y de su iglesia que se yerguen delante de mí.

Este pueblo no ha tenido nunca el tipo del aficionado á la historia, á quien gusta narrar como acontecimientos importantes los sucesos menudos ocurridos en su villa natal. Vera no conserva vivos más recuerdos que los de la última guerra civil; lo demás ha desaparecido en la memoria de la gente.

Antiguamente esta parte del Pirineo debía estar cubierta de selva espesa é impenetrable. Los vascos vivían esparcidos en el campo sin formar pueblos, su religión tenía algo del sa-beísmo; adoraban las fuerzas de la Naturaleza, el sol, la luna, el fuego. Se dice que una de las encarnaciones de la divinidad era el caballo. Se dice que la sociedad primitiva vasca era teocrática.

La energía de las tradiciones y mitos vascos debía ser grande, porque esta Vasconia fué el país de España que más tarde aceptó el cristianismo. Es un honor para nosotros. El historiador y presbítero don Estanislao de Labayru lo reconoce así y demuestra que son mixtificaciones las pruebas que se han dado para demostrar la antigüedad de la fe católica en esta tierra. Por ejemplo: el santo navarro San Fermín, obispo de Pamplona, no fué, según Labayru, ni navarro ni obispo de Pamplona.

En esta parte del Pirineo vasco debieron tener gran predicamento las brujas y las lamias. En Vera hay un arroyo que se llama Lamiocingo-erreca (el arroyo de la sima de las lamias), un alto que se denomina «Lamiaco», y á orillas del Bidasoa se encuentra un caserío que se llama «Lami-arri» (piedra de lamia).

No es raro que las brujas tuvieran impor-

tancia estando el Aquelarre á un par de leguas de aquí.

Después de la predicación cristiana, cuando esta región pirenaica entró en la esfera del poder espiritual de Roma, las costumbres debían de ser bárbaras. Un peregrino frances que fué á Santiago de Compostela, pasando por Roncesvalles, cuenta que los vascos se dedicaban á desvalijar á los peregrinos y á matarlos.

En el libro del célebre banderizo vizcaíno, Lope García de Salazar, titulado «Historia de las buenas andanzas y fortunas», hay también un magnífico documento de las luchas de los linajes vascos.

Se ve que nuestros buenos antepasados eran de los más feroces que imaginarse cabe. Se asesinaban familias enteras con verdadero entusiasmo.

Lope García de Salazar cuenta luchas épicas, entre ellas una sostenida á principios del siglo XV por un señor de Alzate contra mosén de Saint-Pee, metidos los dos adversarios en el río Bidasoa.

En los mapas antiguos, como en el Atlas Mayor de Juan Blauen, Vera y Alzate, aparecen separados. Vera debió ser una villa y Alzate un lugar, del cual era patrón, en el siglo XV, don Rodrigo de Alzate.

Estos Alzates debían ser una de las fami-

lias más importantes del país. Eran de los parientes mayores, tenían el castillo de Urtubi en Francia, y varios terrenos y casas fuertes á orillas del Bidasoa. Su escudo era dos lobos negros en campo de oro.

Mi tía Cesúrea, que se llamaba Alzate de segundo apellido, decía que descendía de éste don Rodrigo, del siglo XV, y de otros Alzates, igualmente esclarecidos, y que teníamos una porción de derechos en el pueblo.

Yo, antes, no lo creía ni lo dejaba de creer, pero tanto me van abrumando mis amigos llamándome cariñosamente panadero, que voy á creer esto y otra porción de tonterías.

Sigo adelante. En los siglos XV y XVI, Vera aparece poco en la historia. Su gran acontecimiento es el incendio del pueblo en 1638 por las tropas francesas del duque de San Simón, que estaban á las órdenes del príncipe de Condé.

En el barrio de Alzate hay una casa con una viga tallada y escrita, donde se recuerda que la villa fué incendiada por fiel á Su Majestad.

Tras este acontecimiento trascendental del pueblo, la vida se desliza años y años oscura, tranquila, sin dar motivo para que se fijara en ella la historia.

La guerra de Sucesión no señala hecho importante ocurrido aquí.

En 1794, Vera vuelve á ver su territorio invadido por los franceses. La República francesa ha declarado la guerra á Carlos IV; los republicanos se apoderan de Vera, del valle del Baztán y de Guipúzcoa. El general Harispe, navarro, de San Esteban de Baigorri, demuestra en esta guerra sus grandes condiciones militares.

Se hace la paz de Basilea, los franceses retornan á su país y doce años después entran de nuevo con Napoleón.

La dominación de Bonaparte deja pocos recuerdos en la villa, únicamente algunos nombres: el portillo de Napoleón, que se le da á uno de los puertos de la frontera, y «Casherna-gaña» á una colina.

«Casherna-gaña» es un repecho en la falda de un monte denominado Santa Bárbara. En este alto había antes una casa de una familia de apellido Garmendia. Al entrar los franceses en 1808, convirtieron la casa de Garmendia en cuartel, que ellos llamaban en francés «Caserne», y la gente comenzó á llamar á esta casa la «Casherna» y al alto «Casherna-gaña».

En todas las épocas de la dominación francesa, Vera tuvo su pequeña guarnición. En 1813, el vecindario presenció las luchas terribles de las tropas de Soult con las de Wellington. En el puente de San Miguel hubo una de

las acciones más reñidas entre los dos ejércitos de la línea del Bidasoa. Setecientos soldados y setenta oficiales costó el paso del puente á los aliados. Algunos ingleses fueron enterrados fuera del muro de la iglesia, sin duda por ser protestantes.

Hoy, todavía, se conservan cerca de las mugas las trincheras hechas por los franceses y los aliados, y se encuentran en el suelo balas de plomo redondas de sus fusiles.

* * *

Diez años después de esta guerra comienza en toda España la era de las discordias civiles. Las partidas de don Santos Ladrón de Juanito, de Quesada, recorren los valles pirenaicos; Torrijos, con sus nacionales, atraviesa esta zona; Leguía la recorre con sus voluntarios, y un año más tarde, en 1823, entran de nuevo los franceses con Angulema, precedidos por los realistas españoles.

El absolutismo de Calomarde, con su procedimiento de fusilar y colgar á todo bicho viviente, da á España una paz poco segura. En 1830, Vera presencia una de las expediciones más románticas en la historia liberal del siglo XIX: la expedición de Mina.

La Revolución de 1830, en París, había en-

tusiasmado á todos los liberales españoles emigrados en Francia. Se nombra una Junta en Bayona, y se deciden los constitucionales á entrar en España. Pero no hay unidad de acción, tienen celos unos de otros, y todos quieren ser cabezas.

Mina, el más prudente, pretende unificar el movimiento, pero los exaltados no le escuchan. Chapalangarra entra en Valcarlos, y es acribillado á tiros; Fermín Leguía pasa á Vera, y don Francisco Valdés, á Urdax.

El desorden es grande; cada cual hace lo que le parece. Mina y Jáuregui entran por Vera hacia Irún, y toman posiciones en San Marcial.

Valdés cruza de Urdax á Vera, y se queda en la «Casherna» con cuatrocientos ó quinientos hombres. Una mañana de otoño nevada, se encuentra el caudillo liberal rodeado de soldados realistas que llegan por todas partes. Valdés se defiende en el puente de San Miguel, pero tiene que retroceder hasta la «Casherna», y allí ve que le es imposible sostenerse, y abandona también el viejo cuartel. Ocho mil soldados de Llauder, y los voluntarios realistas de Eraso, Berástegui y Juanito, los van cercando. Entonces, Valdés deja la «Casherna», y al pasar por delante del convento de capuchinos, los frailes, desde las ventanas, le hacen una descarga.

Valdés se retira á la plaza del pueblo y se defiende allí, pero tiene que ir abandonando casa por casa y ascendiendo hacia el Calvario del pueblo. Algunos viejos oficiales de la guerra de la Independencia, liberales entusiastas que han formado una compañía, llamada Legión Sagrada, recuerdo de lord Byron y de los filo-helenos de Grecia, al ver que los realistas fusilan á los prisioneros, se lanzan contra el enemigo gritando: ¡No hay cuartel! ¡Libertad ó muerte!, y acometen con tanta furia á los contrarios, que llegan á hacer prisioneros.

Esto permite á Valdés preparar la retirada, y va escalonando á sus soldados, haciéndoles guarecerse en las rocas, en los árboles, dirigiendo con gran pericia los movimientos de su gente.

Se van acercando los fugitivos á la frontera, llegan á las mugas y se creen salvos, pero los realistas siguen persiguiéndoles dentro del territorio francés y fusilando á los prisioneros, hasta que la guardia nacional de Urruña y de Ciburu les salen al paso á detenerlos. Cinco años después de esta expedición, en plena guerra civil, el general Oraá fortifica la antigua «Caserne» de los franceses, y la defiende contra las tropas del carlista baztanés Sagastibelza, que se acercan al puente de San Miguel por las alturas de Baldrun y de Pompollegui.

Pasan unas semanas y Oraá abandona, por

órdenes superiores, la línea del Bidasoa, y la Vera queda en poder de los carlistas, y la «Casherna» vuelve á ser fortificada por ellos.

El año 1838, el general O'Donnell entra en Vera y deshace á cañonazos la «Casherna». Un grupo de carlistas, al retirarse á la plaza, se encuentra rodeado de liberales, y no teniendo por donde escapar, suben todos por la escalera exterior de la torre de la iglesia y se atrincheran allí. Son veintitrés carlistas con su sargento Martín Echebarren; pasan un día y una noche en la torre, y el segundo día se escapan descolgándose por la cuerda de la campana. Un año después de estas ocurrencias, el canónigo de Los Arcos, don Juan Echevarría, y el general carlista «D. Basilio», se sublevan en Vera contra Maroto y los marotistas, y se establecen en Santa Bárbara y «Cashernagaña con el 5.º batallón de Navarra. Sus soldados, desmoralizados, se derraman por el pueblo y sus alrededores y roban y asesinan á los carlistas, que huyen á Francia. Al mismo tiempo matan á bayonetazos, en Urdax, al general González Moreno, al que llamaron los liberales por el fusilamiento de Torrijos el verdugo de Málaga.

* * *

En este período de la guerra de la Independen-

dencia y de las luchas civiles se destaca un hombre de Vera, soldado atrevido, valiente y audaz: Fermín Leguía.

Fermín Leguía y Fagoaga fué un tipo admirable de esta primera época del siglo XIX, tan mal conocida en nuestro país; sus principios de guerrillero, su hazaña de tomar el castillo de Fuenterrabía á los franceses con quince hombres, sus luchas en 1823 al frente de una compañía francesa, su vida de conspirador liberal en París y en Londres, su expedición en 1830 y su campaña carlista, le hacen uno de los hombres más extraordinarios y pintorescos de su tiempo.

* * *

Después de la primera guerra civil pasan treinta y tantos años de tranquilidad, años pacíficos de sembrar maíz y de recoger maíz, y al cabo de ellos viene la segunda guerra civil y el terrorismo del cura Santa Cruz. Vera y los montes de Arichulegui son las guaridas del cabecilla. Desde mi ventana veo la huerta donde se paseaba el famoso cura, vigilado por su guardia negra; ahí, en el cementerio, están los veintitantos carabineros fusilados por él; en la plaza señalan el sitio donde mandó matar su lugarteniente Praschu á dos de sus mismos partidarios, y todavía en la memoria de los vie-

jos vive el recuerdo de esa partida de carlistas, medio aventureros, medio bandidos, medio campesinos; todos guipuzcoanos, todos buenos mozos. Praschu, Belcha y Chango, de Oyarzun; el Corneta y Egozcue, de San Sebastián; Gaperuchipi, de Zarauz; Ollarra, de Lezo; Lushia, de Hernani; Gaztelu, de Rente-
ría; Errotari, Errecochiqui... y otros igualmente jóvenes, igualmente guapos, alegres y sanguinarios, como hombres salvajes y primitivos.

* * *

¿Por qué produce melancolía recordar estas cosas que fueron? ¿Por qué hay en esa melancolía un extraño encanto?

¿Es mejor saber que esa torre ó ese rincón tienen una historia, ó es preferible contemplarlos como el campesino que vuelve de su trabajo? ¿Es mejor vivir entre cosas viejas doradas por el sol de los recuerdos, ó entre cosas recién nacidas que emergen de la nada? Realmente es difícil resolverlo. Más difícil ahora en este momento en que se acerca la noche, en que suenan las campanas del Angelus, murmura el arroyo con más fuerza y una estrella blanca comienza á brillar en el cielo...

Los pueblos del nuevo tren.

Bidasoa-Irún.—La estación se encuentra en un alto. Desde ella se ve Fuenterrabía, en su promontorio, bajo Jaizkibel sobre el mar, con la torre de la iglesia negra, los tejados rojos y una arboleda verde al pie. En una lengua de tierra de Francia, las casas de Ondarraitz se destacan muy perfiladas como los paisajes dibujados por los chicos.

Suenan tres campanadas. Silba la locomotora. En marcha.

Behobia.—Hemos pasado por la orilla del río; hemos visto la isla de los Faisanes, donde la monarquía española hizo la entrega de dos princesas de la Casa de Austria á dos reyes franceses. Esas casitas del camino, todas con sus nombres, son de Azquen Portu. Por ahí anduvieron los carbonarios de 1823 Fabvier, Caron, Armando Carrel, con sus banderas republicanas tratando de impedir que los Cien-

mil Hijos de San Luis entraran en España á acabar con la libertad. ¡Gente admirable aquélla!

Biriatu.—Comenzamos á remontar el Bidasoa. El pueblo que aparece sobre una altura en la orilla francesa es Biriatu.

Biriatu guarda recuerdos de la campaña de 1793 entre españoles y franceses. Latour d'Auvergne, ilustre como militar y como escritor, atacó varias veces esta aldea ocupada por los españoles, y cuando éstos se refugiaron en la iglesia, Latour d'Auvergne fué él solo á romper sus puertas con un hacha en la mano.

Frente á Biriatu, en la orilla nuestra, está Lastaola, donde tenía su campamento Muñagorri, el escribano de Berástegui, que sintiéndose político levantó en la primera guerra civil la bandera de Paz y Fueros.

Endalarza.—El paisaje se va cerrando al acercarse á Navarra; el río tiene senos verdes y blancas espumas. Hemos pasado «Lamiarri» (piedra de la lamia). Se ve la muga de Francia, en el monte llamado Chapitelaco-Arria.

Estamos en Endalarza. Hay un puente, dos casas y el monumento á los carabineros fusilados por Santa Cruz.

Vera.—El río corre encauzado entre taludes de pedrizas, por una cañada estrecha. Al ensancharse se ve el valle de Zalain y luego el de Vera: «the charming valley of Vera» (el

encantador valle de Vera), dice la vieja guía Murray.

Desde la estación se divisa la iglesia con su grupo de casas que la rodean, la fábrica de hierro negra al lado del río y los montes Larrun, Labiaga y Santa Bárbara, que forman una decoración completa.

Por esos montes hizo Mina con el «Archaya», Leguía y sus amigos la romántica expedición de 1830; cerca de la iglesia se batieron Valdés y López Baños con los realistas.

Oraá y O'Donnell, con su gente; Zumalacárrregui y Sagastibelza, con la suya, recorrieron esos caminos.

Lesaca y Echalar.—Ni Lesaca ni Echalar se ven desde el tren, y es lástima, sobre todo, por Lesaca, que es uno de los pueblos de aspecto más marcial del Bidasoa, con su castillo negro, su iglesia en alto y sus arroyos que cruzan las calles.

Yanci tampoco se ve. En su puente las tropas españolas mandadas por Longa y Bárcenas se batieron con furia contra el general Soult en agosto de 1813.

Santesteban.—Se ha atravesado la pequeña república de las Cinco Villas, y se entra en el valle de Lerín, cuya cabeza es Santesteban.

El primer pueblo del valle que se encuentra es Sumbilla, lugar de casas esparcidas en el

campo sombreado por un monte grande: el Mendaur.

Santesteban es, por su aspecto, una pequeña ciudad del siglo XVI; tiene casas antiguas admirables con arcos y galerías y un hermoso paseo frondoso y bien cuidado.

Bertizarana.—Dejando el valle de Lerín se entra en el de Bertizarana, formado por unos cuantos pueblos muy pequeños y muy bonitos: Narvarte, Oyeregui y Legasa. El escudo de este valle es una sirena con un peine y un espejo. Si se pregunta á los habitantes qué significa esto, darán una explicación de este blasón, que no es menos absurda que las demás explicaciones heráldicas.

El Baztán.—Después de Bertizarana, entre Narvate y Oronoz, viene el valle del Baztán.

Delicioso valle le llama la guía Murray, y añade que es un jardín, y es cierto.

El Baztán es un valle ancho, fértil, rico y bastante templado. Las casas son grandes en sus pueblecitos; muchas tienen el ajedrez en su escudo. Don Juan Goyeneche, en su «Nobleza del Baztán», explica el origen de este escudo de una manera un tanto absurda, y que no vale la pena de referir.

De sus pueblos, la capital, Elizondo es el más grande, más rico y más modernizado. Iru-rita tiene un carácter romántico y arcaico.

Cerca de Elizondo está Lecaroz, en donde el

general Mina tomó terrible venganza contra los viejos que no supieron decirle dónde estaban los cañones enterrados por los carlistas.

A poca distancia se encuentra también Arizcun, pueblo de grandes casas señoriales, y cerca está el barrio de Bozate, poblado por los «agotes», raza despreciada hasta hace poco, á pesar de ser ellos, según parece, los más auténticos godos de la península.

¡Oh, ironía! Para un antropólogo germanista rabioso como Houston Stewart Chamberlain, de moda en Alemania, estos agotes, por ser arios constituirían el único elemento étnico noble del país vasco; los demás vascos seríamos para él an-arios, es decir, morralla.

En Elizondo acaba el viaje. En el recorrido del nuevo tren abundan las bellezas, los hermosos paisajes, los pueblos pintorescos, las curiosidades étnicas é históricas.

La obra del bizkaitarrismo.

Es posible que fuera una ilusión, es posible que mi deseo no tuviera base alguna, pero con base ó sin base yo he creído durante mucho tiempo que en las provincias vascas había algo virtual, algo especial que permitiría con el tiempo cierta expansión generosa y noble.

Al iniciarse el bizkaitarrismo pensaba yo que quizás se descompondría y fuera produciendo poco á poco un producto mejor, más moderno y más vasco, más humano y más espiritual.

La descomposición no ha venido y el bizkaitarrismo sigue teniendo el mismo carácter castellano de sus primeros tiempos.

El bizkaitarrismo, por sus ideas, por sus procedimientos, es absolutamente castellano, completamente «maketo». Es lo malo castellano con un barniz catalán.

El bizkaitarrismo para un verdadero vascongado es una farsa.

El bizkaitarra dice: Los vascos no somos latinos, y al mismo tiempo afirma ser católico apostólico romano y considera que su rey está en Roma.

El bizkaitarrismo dice: Somos independientes y libres, y todos ellos admiran á Felipe II y no quieren permitir que no sólo en su país, sino tampoco en el resto de España se autorice á las iglesias disidentes la pequeña libertad de poner un signo exterior.

El bizkaitarra dice: Somos tradicionalistas y respetamos la tradición, y lo primero que hacen es falsificar la historia y cambiar la ortografía del vascuence.

El bizkaitarra dice: Nada nos importa por los castellanos ni por su lengua, y cuando escriben, escriben en castizo, imitando á los clásicos castellanos, y si les dicen que han cometido una falta de sintaxis lo consideran como un insulto.

El bizkaitarra dice: Somos distintos al resto de los españoles, y se entusiasman con los toros y con la jota, con la virgen del Pilar, con los pianos de manubrio, con los cantos flamencos y con los demás fetiches del país.

¿En dónde está la diferencia? Un catalán asegura que el vascongado es un alcaloide del castellano.

Sin embargo, si hay un tipo que se diferencia étnicamente del resto de los españoles, es el vascongado. No considero esto como una ventaja ni como una desventaja, sino como un hecho.

Indudablemente á esta diferencia étnica debía corresponder una diferencia psíquica.

Yo creo que esta diferencia existirá naturalmente.

El vasco en el campo, no del todo embruteado por la tiranía católica, me ha parecido un hombre sincero, sencillo, tímido, sin ninguna gana de avasallar á nadie. Nunca he visto entre los campesinos nuestros que tengan esa religión del valor que en otras comarcas la tienen hasta los más cobardes, ni tampoco he podido comprobar en nuestra tierra esas ideas exageradas acerca del honor, la virtud ó la patria, que existen en el resto de España.

Es verdad que en las ciudades se desprecia y se aísla á la mujer soltera, pero en el campo todavía no, y esto depende de que la acción clerical es menor, de que los campesinos tienen una idea más humana de la mujer, á la que no consideran únicamente por su belleza y su donceller, sino también por su carácter y sus condiciones para la vida. En cuanto aparece un predicador jesuíta en un pueblo esta benevolencia desaparece.

Si la raza vascongada en vez de recibir en

sus entrañas una doctrina ruinosa, caduca y muerta como el catolicismo, hubiera respirado un ambiente de libertad y de pensamiento, quizás hubiera dado frutos sazonados á la civilización.

El bizkaitarrismo y el carlismo, extendiendo la acción católica por el país, han matado al pueblo vasco. En las aldeas han acabado con la blandura natural de los campesinos, han secado su imaginación, les han llenado de malos instintos, han suprimido sus fiestas. En las ciudades les han llevado esas ambiciones antipáticas de ser aristócratas, de firmarse con de, de armarse caballeros y demás cursilerías; les han inoculado una tendencia tradicionalista y nacionalista que no había existido nunca entre los vascos, y han hecho que se forme una separación bárbara de clases, que las mujeres vivan separadas de los hombres: han acabado con todo lo que era simpático en el país.

Hoy el espíritu lacayuno y dulzón de los jesuítas manda en Vasconia. El padre Coloma, ese jerezano de tipo agitanado, unido á los demás Pérez del jesuitismo dirigen la campaña bizkaitarra.

Estos, en compañía de los rastacueros de Bilbao y San Sebastián y de los navarros ribereños del Ebro, se han arrogado la representación de todos los vascos y nos pintan á

los demás como son ellos, intolerantes, mezquinos, bajos y llenos de malas pasiones.

La región vasca es hoy un baluarte del ultramontanismo. El bizkaitarrismo no moviliza vascos contra castellanos, sino Pérez contra Pérez, Colomas contra Colomas, «maketos» contra «maketos».

Para nosotros es triste, porque esta confabulación del jesuíta y del carlista con el bizkaitarra han acabado con el espíritu de un pueblo que quizás hubiera hecho algo bueno en el mundo.

Lecochandegui el jovial.

No creo que haya minero, ni cazador de palomas, ni pescador de salmones ó de truchas que sea tan conocido en las márgenes del Bidasoa como Lecochandegui el comisionista de la casa Echecopar y Compañía, de Pasages é Irún.

A Lecochandegui le conocen los posaderos, los tenderos, los carabineros, los cadeneros, los barreneros... todo el mundo le saluda, le llama familiarmente Leco, le dice algo al verle pasar en el automóvil público.

Lecochandegui es un hombre alto, serio, de nariz larga, los ojos algo tiernos, una boina muy pequeña en la cabeza y una corbata roja en el cuello.

Si se pone corbata negra le toman por un cura vestido de paisano, y esto le humilla, porque Leco se siente más republicano que Robespierre.

Lecochandegui es conocido en Vera desde hace algunos años. Su aparición en el pueblo fué notable.

El primer día de llegar, al hospedarse en la fonda, se le ocurrió lanzar un bramante negro por la ventana de su cuarto y atarlo á la alda-ba de la posada. A media noche agarró el bramante, tiró de él, y pam, pam, pam, dió con el llamador tres golpes sonoros en la puerta.

El amo de la posada, ex carabinero y castellano viejo, se levantó, vió que no había nadie, y refunfuñando se volvió á acostar.

Pasó un cuarto de hora, y al cabo de este tiempo, pam, pam, pam, Lecochandegui dió otros tres golpes.

Se abrió de nuevo la puerta, y el ex carabinero, al ver que seguía sin haber nadie, se incomodó, y saliendo á la carretera, y dirigiéndose á los cuatro puntos cardinales, lanzó los más terribles insultos á los supuetos guasones y á sus respectivas madres.

Lecochandegui, mientras tanto, se reía silenciosamente.

A la tercera vez el ex carabinero no cerró la puerta, pensando que en aquello había alguna trampa. Lecochandegui tiró el bramante á la calle y abandonó su ejercicio.

A la noche siguiente Leco pensó acostarse muy temprano, porque tenía que salir en el automóvil por la madrugada.

Al ir á la cama vió en un rincón un montón de latas vacías de gasolina. Se durmió pensando en ellas, se levantó á las tres, hizo su maleta y se acordó entonces de las latas. Las cogió y fué amontonándolas delante de la puerta de un viajante rival suyo, hombre rubio y tan chato que no se le veía la nariz. Luego, tomando la jarra de su cuarto empezó á echar agua por debajo de la puerta de la alcoba del comisionista. Hecho esto se puso á gritar ¡fuego! ¡fuego!, y bajó á la carretera con su maleta, donde tomó el automóvil.

El viajante rubio y chato, al oír aquella voz, se levantó despavorido, saltó de la cama, y al poner los pies desnudos en el mojado suelo, creyó que echaban agua para apagar el incendio; encendió la luz, empujó la puerta, y las latas cayeron armando un gran estrépito.

El hombre estuvo á punto de desmayarse. Cuando se enteró de que todo ello era una farsa de Lecochandegui, decía.

—Ésas no son bromas para darlas á un comisionista.

El pobre hombre sin nariz creía que un comisionista era un producto delicado y espiritual adonde no debían llegar las bromas.

Con estos antecedentes no era raro que Lecochandegui tuviese en Vera gran popularidad.

Yo le conocí un domingo en el estanco. Ha-

bía allí gran reunión de aldeanos. Leco estaba esperando el correo. De pronto dijo en vascuence á unos cuantos caseros con su babitual seriedad :

—También vosotros sois bien tontos para ir á misa á los escolapios.

—¿ Por qué ?—preguntó un campesino—. ¿ No son curas como los otros ?

—¡ Los escolapios ! ¡ Qué van á ser curas ! Todos son carabineros retirados. Y después añadió : Parece mentira que el Gobierno dé esas atribuciones al Cuerpo de carabineros.

Tras de esta exclamación política, Leco salió del estanco y se marchó carretera arriba.

Unos meses después Lecochandegui vino á las fiestas del pueblo con unos cuantos de Irún. Al principio estuvo serio, pero al anochechar perdió los estribos, salió al balcón del Casino con un paraguas en la mano y comenzó á echar un discurso incoherente y confuso.

En la cena, en casa de Apeitezgui, sacó, yo no sé de dónde, la teoría de que algunas personas cuando están bebiendo con el vaso en los labios oyen menos que de ordinario.

Se hicieron infinidad de pruebas, y á las cuatro de la mañana Leco y sus amigos volvieron á Irún cantando la « Marsellesa », y completamente trastornados.

Leco afirmó siempre con tesón, y poniendo en ello toda su alma, que eran las natillas las

que le habían hecho daño aquella noche, y no el vino ni los licores.

* * *

Un día, al comenzar la guerra, encontramos á nuestro gran Lecochandegui cenando en las Ventas de Yanci. Estaba esperando el automóvil. Tenía un gran público de contratistas y capataces que trabajaban en un salto de agua próximo.

Leco estaba á sus anchas. La guerra le daba grandes motivos para sus fantasías, su tema favorito eran los inventos de los franceses y de los alemanes.

Había explicado á su público en qué consistían los polvos Turpin que se fabricaban en Tarbes y que dejaban los enemigos muertos y de pie, y la clase de máquinas misteriosas que se hacían en el Boucau.

Pero todo esto no era nada al lado de las cosas que estaban inventando los alemanes: Cañones que andaban por el aire, polvos que le dejaban á uno desmayado, flechas con venenos... en aquel momento estaban construyendo unas trincheras para las nubes...

—¿Para las nubes?—dijo uno de los capataces—. Eso no puede ser.

—¿No?—exclamó Lecochandegui sarcásticamente—. Pregúntelo usted á von Klück, ya

verá. ¡ No se van á poder poner trincheras en las nubes ! Como en tierra ó mejor aún.

—No sé dónde se sujetarán.

—Usted, no ; pero von Klück ya lo sabe desde hace tiempo. Se lo enseñó un turco ó argelino, no sé qué demonio era.

Uno de los capataces—el «Catapás» le llamaban allí—dijo que los alemanes quizás tuvieran que capitular por hambre, pero Lecochandegui afirmó desdeñosamente que no. Estaban ya haciendo carne con madera y pan con paja. Todos los sombreros de paja de las temporadas anteriores los tenían decomisados para convertirlos en panecillos á su tiempo debido.

Se fantaseó un tanto acerca de estas novedades, cuando Lecochandegui, que no podía detenerse gran cosa, en un punto de la conversación, exclamó de repente :

—Los que son terribles, son esos animales que han traído los franceses para la guerra.

—¿ Qué animales ?

—Esos que están llevando á Hendaya á las peñas de Santa Ana.

—No sabíamos nada, ¿ qué son ?

—Hay de todo. Hay «popótamos».

—Hipopótamos—dije yo.

—No, no ; «popótamos», así les llaman ellos y así les llama «musiú» Martín, que les cuida.

Hay también sirenas que cantan y unos vampiros grandes.

—Pero los vampiros ¿son pequeños?—saltó uno que había estado en América.

—¿Pequeños? Lo que es esos no lo son. Vaya usted á verlos. Hay algunos de cinco metros de altura.

—Con las alas extendidas parecerán aeroplanos—exclamó el «Catapás».

—Yo no les he visto las alas extendidas nunca—contestó Leco—. Y añadió: —Las tenían envueltas en gasa fenicada.

—¿Para qué?

—Dicen que les salen una especie de sabañones en las membranas con las humedades de aquí.

—¿Y los alimentarán con sangre?—pregunté yo riendo.

—Antes, en su país, sí—contestó Leco—. Les daban á cada uno dos ó tres docenas de niños para que les chuparan la sangre; pero ahora les engañan con suero de leche de vaca, teñido con minio y un poco de bicarbonato de sosa.

—¡Vaya un pisto!—murmuró un riojano.

—¿Y de dónde vienen los vampiros?—pregunté yo.

—De Calcuta—dijo Leco—; los ha traído «mushiú» Martín con unos indios con unas bar-

bas grandes, blancas, y unos anteojos de plata.

—¿Y hay más bichos?

—Sí; hay unas serpientes de mar con unas escamas de acero galvanizado.

—¿Y para qué las quieren?

—Para el correo marítimo—contestó Leco—. Sirven en el agua como las palomas mensajeras en el aire. Si tuviera dinero le compraría una á «musiú» Martín. Son mansas como perros... Es el automóvil. Bueno, señores. Adiós. Y no dejen ustedes de ir á Hendaya á ver los vampiros y las serpientes. Pregunten ustedes por «musiú» Martín.

Y Lecochandegui se marchó con su seriedad habitual.

* * *

Unos meses después encontré á Leco en Irún y me invitó á comer en su casa. Acepté, porque tenía curiosidad por saber qué actitud tomaría ante los suyos aquél perpetuo mixtificador.

Lecochandegui me presentó á su madre, á su mujer y á sus chicos, y nos sentamos á la mesa. Se puso el mantel, vino la muchacha, una navarra de las Cinco Villas, con la sopera, la dejó, y mirando al amo murmuró en vascuence:

—No me atrevo, señor.

—No seas tonta—exclamó Lecochandegui. Dilo.

La muchacha levantó la tapa de la sopera, y dijo:

—Hoy, diez y siete Therminor. Libertad, igualdad, fraternidad. ¡Viva la República!

Lecochandegui hizo un gesto de aprobación, y su mujer se llevó la servilleta á la boca, y se echó á reir.

—¡Qué tonto eres, Leco! ¡Pero qué tonto!—exclamó.

—Estas mujeres no entienden de cosas serias—exclamó Lecochandegui—. Estoy completando la educación de la muchacha; le he enseñado el calendario republicano, y mi mujer no me lo agradece.

Y Lecochandegui, el jovial, seguía al decir esto tan serio como siempre.

El prestigio del libro español

En esta última época se han escrito varios artículos en los periódicos acerca de la producción del libro en España. Todos los articulistas se han preguntado el porqué de la escasa venta del libro español.

A juzgar por las estadísticas, el número de individuos que hablan castellano en el mundo se eleva a 90 millones, quizá a más. A pesar de esto, la venta del libro español es muy reducida y corresponde a una nación pequeña. ¿Esta deficiencia tiene un origen únicamente industrial? No lo creo. Hay que reconocer la realidad, y la realidad desagradable para nosotros es que el libro español no tiene prestigio.

¿De qué depende esto? No cabe duda de que hay infinitas causas que colaboran en ello, unas de carácter literario, otras políticas e industriales.

Veamos las causas literarias.

En casi todas partes el consumo mayor de libros se hace a base de versos, novelas, crítica e historia; también en casi todos los países del mundo este consumo es principalmente de obras modernas que llevan a lo más cien años de vida. La literatura clásica tiene siempre un número de lectores reducido. Así, un país de pasado brillante y literatura moderna pobre tendrá una industria editorial poco fuerte y al contrario.

Concretándose al caso de España, se ve que nuestra Patria ha seguido su tradición literaria en los últimos cien años, sin conseguir la suerte de dar hombres extraordinarios que hayan renovado el prestigio antiguo de nuestras letras. Respecto a la poesía, la literatura española, comparada con la de los demás países de tradición de Europa, ha tenido en estos últimos cien años una gran pobreza lírica, no hemos producido más que dos poetas de temperamento y los dos malogrados: Espronceda y Bécquer.

El español aficionado a la poesía, el negociante que vive en las Pampas o que comercia en Filipinas ó en la Patagonia, no tiene con estos dos poetas lo bastante para alimentar su efusión lírica. Si quiere extender sus lecturas por las obras de otros poetas contemporáneos, se encontrará con un fárrago de versos sin lirismo, algunos de forma rica, como los de Zorrilla, la mayoría sin valor sentimental ni formal. Quizá entre estas gentes haya quien pueda saltar de

la época y remontarse a lo antiguo ; pero éstos serán muy pocos, porque por muy maravillosas que sean, y para mí lo son, las poesías de Fray Luis, de San Juan de la Cruz o de Jorge Manrique, no es fácil que espontáneamente un hombre de vida moderna, comercial, sin preparación literaria pueda gustarlas.

Respecto á los poetas actuales, yo quizá me engañe ; pero no encuentro ninguno que tenga un espíritu lírico original y bien determinado, casi todos son «virtuosos» que hacen variaciones a la manera de los maestros.

El español romántico, la española de temperamento poético no pueden reunir los seis ó siete tomos de versos de autores modernos que le sirvan para soñar después del trabajo en el almacén, en la oficina ó en la tienda de modas.

Otro punto importante para la producción editorial es la novela. La novela es actualmente el libro de batalla, bajo su pabellón se encubre todo, filosofía, crítica, pedagogía, sociología...

En la novela española de estos últimos años no se puede decir que haya escasez ni falta de condiciones. Novelistas de tipo completo ha habido varios en el siglo XIX ; lo que no ha habido ha sido ninguno que haya llegado á ser universal, ninguno que haya podido competir con los antiguos prestigios, no ya con el de Cervantes, que esto, prácticamente, es imposible, sino con el de escritores como Hurtado de Men-

doza, Quevedo, Espinel, Vélez de Guevara, etc.

Las obras de estos viejos autores entraron en el mundo de lleno, preocuparon, se imitaron; las de los autores de hoy no han pasado al torrente universal, están condenadas a tener un carácter provincialista que el español emigrado y viajero, que es el que compra más libros, en trato siempre con extranjeros, nota mejor que nosotros.

Quizá si los escritores españoles hubiéramos tenido, como los pintores, un Goya que sirviera como lazo de unión del arte antiguo con el moderno, nos hubiéramos acogido á su sombra; pero los escritores no hemos tenido esta suerte, y la literatura española, que perdió su prestigio en Europa en el siglo XVIII, no lo ha vuelto á recobrar.

Cierto que esto ha dependido de una serie de causas históricas, políticas y económicas; pero el hecho es que el prestigio no ha vuelto. No ya en países germánicos, ni aun en Francia ni en Italia se conoce la literatura española contemporánea.

Algún francés de estos bien educados que quieren reconfortar á un español suelen decirle:

—¡ Oh, si nosotros conocemos muy bien la literatura española; leemos á Cervantes..., sabemos quiénes son Blasco Ibáñez y Gómez Carrillo!...

Muchas veces se nos ha dicho que en Inglaterra eran conocidos y hasta populares Galdós y Palacio Valdés. Es una piadosa ilusión.

Yo recuerdo que en Londres, con un amigo inglés que quería traducir unas Memorias al castellano, creo que de la Reina Victoria, fuí á ver á varios editores. Ninguno conocía ni de nombre á los autores españoles. Al llegar á casa de Heineman, que sabía que había publicado obras de Galdós y de Palacio Valdés, le pregunté si se vendían, y él me aseguró que no conocía á estos autores ni había publicado sus obras.

Insistí yo en que sí; él porfió en que no; le pedí un catálogo de su casa, y le demostré que lo que yo decía era cierto.

¡El mismo editor de sus obras no recordaba ni el nombre de estos dos celebrados novelistas españoles!

Este espejismo de ser conocidos fuera de su país lo tienen en mayor intensidad los catalanes, á quienes pasa como á los castellanos, que fuera de su tierra no los conoce nadie.

Si España hubiese tenido éxitos políticos en lugar de fracasos durante el siglo XIX, nuestra literatura contemporánea parecería más importante que hoy. No es, sin duda alguna, lo que produce nuestro descrédito el que los escritores de aquí valgan menos que los de otras partes. Lo que ocurre es que no tienen pedestal. El mundo no se ocupa de lo que pasa en España.

Si Paúl Bourget, Marcel Prevost, Paul Adam ó el mismo Barrés fueran españoles, los miraríamos por encima del hombro y empezaríamos á decir «sotto voce» que eran unos pobres hombres. Y es posible que tuviéramos razón.

El prestigio del libro de un país no depende sólo de su valor literario, sino de la importancia del país y del lugar que éste ocupe en el mundo. Si España acaba esta guerra haciendo un buen papel, como por ahora lo va haciendo, á medida que aumente su prestigio político aumentará también el literario.

Otra producción más secundaria que la novela, desde el punto de vista comercial, es el libro de crítica y de historia. Y uno y otro apenas se cultivan en España. Falta entre nosotros el Sainte-Beuve, el Carlyle ó el Taine que dé pasto á la afición crítica del lector, como falta el Renán ó el Michelet que presente la Historia de una manera cálida y entusiasta.

En casi todos los ramos de la producción literaria nuestra literatura está llena... de vacíos. Es ella como un gran tronco con ramas gigantes y con otras atrofiadas.

Así sucede que bajo su corpulencia y bajo su gloria no se pueda acoger más que un libro raquítico y mezquino á quien viste como á un hospiciano el buen judío que hay dentro de un editor español.

El tipo psicológico español.

Cuando el español marcha al extranjero, casi siempre tiene que soportar algún desdén y, lo que es más desagradable, alguna explicación acerca de la psicología española.

Es ciertamente molesto oír á un francés ó á un inglés culto en cuestiones generales que, sin saber nuestro idioma ni conocer nuestro país, nos describe cómo un naturalista puede describir un coleóptero, con todas sus particularidades; pero es todavía mucho más desagradable oír á un americanito, que apenas sabe firmar y que lleva las plumas en la maleta, definirnos con lugares comunes cogidos de un libro francés.

Yo, siempre que he hablado con extranjeros, he tratado de convencerles de que la psicología española, que pasa como verdadera é indudable, es un lugar común un tanto problemático.

El español, según la distribución de papeles que han hecho Fouillee y otros escritores, es hidalgo, fanático, puntilloso, imaginativo, etcétera, etc.; lo ha sido siempre y lo sigue siendo.

¿Qué hay de cierto en todo esto? Yo creo que muy poca cosa.

Primeramente, no sabemos qué es lo permanente en España, y si desde un punto de vista espiritual hay una ó varias Españas, uno ó varios tipos de españoles.

Los que creen en la unidad se basan en la antropología, en la literatura y en la historia; los que creen en la variedad se basan también en la antropología, en la literatura y en la historia.

La antropología dice muy poco, por ahora: señala en la península una gran variedad étnica; pero una variedad de tipos tan próximos, que no se puede deducir de ella consecuencia alguna. Se necesitará mucho tiempo para que la ciencia de las razas (la fantasía de las razas, según algunos) pueda obtener conclusiones, y es posible que cuando las obtenga no aclaren nada en la práctica; tal será con el tiempo la mezcla étnica en todos los pueblos.

La base de los que creen que hay una psicología única en el español la encuentran en la literatura, y sobre todo en la literatura del siglo XVII.

Yo creo que examinando esta tesis del tipo único del español se advierte que no ofrece gran consistencia. La literatura española, como todas, tiene el sello de la cultura y de la ideología de la época; nuestra literatura toma de fuera y presta también á fuera sus productos. Así, el Poema del Cid se forma, al parecer de algunos eruditos, por influencia de la canción de Rolando; el Cid, tan español, tiene en su gestación, según estos investigadores, algo de francés, y después vuelve a tener una nueva personalidad francesa en Corneille. Estos préstamos son constantes en las literaturas. Molière imita á Alarcón y á Tirso; después Moratín imitará á Molière.

¿En qué literatura no pasará esto? ¿Cuál de ellas no estará hendida, atravesada por la influencia de las otras? Se podría decir que hay algo peculiar en cada literatura; quizá es cierto; pero ¿qué es lo peculiar en nuestra literatura? ¿Cuál es su característica? ¿Es el énfasis? ¿Es la exageración? Entonces Corneille y Víctor Hugo son más españoles que los españoles mismos. ¿Es el conceptismo? Hay conceptistas en todas partes.

El que busque razonamientos ó datos en la historia para orientarse y ver si hay unidad ó variedad en el tipo español á través del tiempo, se encontrará con que la historia de España está por hacer. Se conoce, sí, una narración

anecdótica de los reyes y de sus familias ; pero la vida de los pueblos y de las comarcas está en la obscuridad.

No sólo los detalles, sino lo más fundamental queda sin aclaración. Así, por ejemplo, un proceso tan importante como el de la supuesta decadencia de España está sin resolver.

Corre desde hace tiempo como una verdad inconcusa que España, en tiempo de los Reyes Católicos, tenía 25 ó 30 millones de habitantes.

Esta afirmación, que se repite y parece cierta á fuerza de ser repetida, no está basada en nada. Confrontando datos de aquí y de allí, se llegaría á creer que España nunca tuvo en el siglo XVI una población superior á cinco ó seis millones de habitantes.

Otra manifestación de la misma idea es la decadencia de la cultura. Se supone gratuitamente que España en los siglos XVI y XVII fué un gran centro de cultura, que decayó por completo. Para hacer destacar más esta idea se ha intentado dar un aire de esplendor á los siglos XVI y XVII, y hundir en la sombra el XVIII, cosa que no es la realidad, ni mucho menos. El siglo XVIII español no es un siglo vacío de cultura. Tiene, es cierto, una inferioridad artística con relación al anterior, pero nada más. España, probablemente, nunca ha sido un centro de cultura ; nuestro país ha estado siempre en la frontera de la civilización. El

fruto artístico y literario de España es un fruto periférico, de una zona donde la cultura se mezcla con la naturaleza.

Los que quieren afirmar á España como foco de cultura en el siglo XVI suelen citar á Luis Vives, á Miguel Servet, á Loyola y á otros que no tenían de español mas que el nacimiento. ¿Se explica que estos hombres hubiesen salido definitivamente de España si en su país hubiesen tenido un foco intenso de cultura? España no ha poseído nunca grandes medios materiales, no ha contado con emporios de civilización. Además de esto, su economía pobre fué perturbada por el descubrimiento de América. Han faltado en nuestro territorio las ciudades ricas, comerciales, populosas.

Hombres cumbres repletos de sentido pedagógico, como los del centro de Europa, no los ha tenido España, no por falta de genio, sino por falta de ambiente y de riqueza: así no ha habido entre nosotros humanistas del tipo de Erasmo, de Voltaire, de Diderot, de Gœthe, como no hemos tenido sabios del estilo de Lavoissier ó Herschel, ni pintores á lo Leonardo de Vinci.

Los grandes hombres de España parecen nacidos solos y desnudos en medio de la Naturaleza; así son Calderón, Velázquez, Goya. Son los tipos de la cultura periférica, como esos

pioneer que edifican su granja en los últimos linderos del mundo civilizado.

La creencia de que España no ha entrado definitivamente todavía en la zona central de la civilización hace pensar en una posible transformación de España; hace pensar también en que el tipo del español, hoy obscuro para nosotros, llegue á aclararse, á decantarse y á verse en él de una manera precisa sus aptitudes.

Ha de llegar un día, relativamente próximo, en que la población de España se haga densa, en que las ciudades estén rebosando, en que la paz esté segura y no haya peligro de algaradas ni de motines.

Al mismo tiempo el Norte de Africa se habrá civilizado, y la península será un paso de un continente á otro.

Entonces España será una nación de cultura central, tendrá una política seria, sus estadísticas serán irreprochables, sus escuelas estarán perfectamente organizadas, producirá su ciencia en sus laboratorios y su arte en sus talleres.

Quizá entonces algún español recalcitrante se queje y diga: «¡ Cuánto mejor se debía vivir en la España desorganizada de antes!» Pero esta queja podría repetirla un descontento en el paraíso de Mahoma ó en la Nirvana de Buda.

El héroe, un señor y yo.

El héroe no es en este artículo mas que una entelequia ; el señor es un hombre cetrino, de aspecto desagradable, y yo soy el abajo firmante.

Este señor cetrino es un tarro de vinagre con una capa de crema encima para despistar al observador. Parece que escribió un drama social y se le quedó dentro como un cálculo en la vejiga, y esto, sin duda, le duele.

El hombre aceitunado cree que escribir un drama social es sacrificarse por los demás. Cuando habla de cómo ha resuelto el problema del artículo 147 del Código penal, y cómo están en su obra los caracteres sostenidos, se emociona.

Yo, al oírle hablar de estos caracteres sostenidos, me lo figuro siempre en un hundimiento sosteniendo una pared que se cae.

Este señor, rampante y venenoso como el óxido de carbono, necesita acercarse á los que le molestan para ver de comunicarles un poco de su acritud, un poco del dolor de su cálculo vesical.

A mí me quiso convencer de que debía leer en la biblioteca del Ateneo un libro mío, anotado con insultos por no sé qué ateneísta y profesor. Yo le dije varias veces: «¿Para qué?», y no lo leí.

Este señor del cálculo supone que los que hemos venido á escribir tras él y hemos podido expeler nuestras modestas concreciones al exterior con cierta tranquilidad hemos destruído el mejor de los mundos. El mundo de las batallas y de la lucha.

En su tiempo, todas eran batallas y lucha. La lucha del periodismo, la lucha del teatro, la lucha del Parlamento, la lucha de la casa de huéspedes. Era el gran tiempo en que el flatulento Núñez de Arce escribía versos y Campoamor hacía aleluyas con un ingenio de notario.

El hombre del cálculo cree que ya no hay caracteres; hoy todo está degenerado, únicamente existe Maura.

La idea del presidente de la Academia de que la sociedad se va á arreglar con luz y taquígrafos le seduce.

El señor del cálculo se ha acostumbrado de

una manera tal á lo histriónico, que cree que es lo único en la vida. La batalla del teatro, la batalla del periodismo, la batalla de la oficina, la batalla de la casa de huéspedes...

Este hombre del cálculo doloroso me abordó el otro día con cierta afabilidad de pulpo, y me dijo:

—¿Va usted á publicar otro tomo de Avirana?

—Sí—contesté yo.

—¿Y qué serie de libros es ésta?—prosiguió, descubriendo el vinagre que llevaba debajo de la crema—. ¿Es un folletín? ¿Es un conjunto de anécdotas? ¿Quiere ser una historia pintoresca de España?

—¡Psch! De todo un poco.

—No comprendo qué se propone usted. ¿Cuál es su ideal? Usted no canta la democracia, el derecho, el respeto á la ley, las batallas de la vida moderna...

—¡Ah!, no; claro que no.

—No veo por qué.

—Para mí hay virtudes de ciudad y virtudes de campo...—empecé á decir.

—Y estas campesinas son las únicas por las que tiene usted entusiasmo.

—Eso es.

—¿Para usted Zumalacárregui ó Zurbano son más grandes que Castelar y Salmerón?

—¡ Ah !, claro ; no tiene duda. Del siglo XIX español hemos olvidado los héroes y no nos acordamos mas que de los histriones de la mísera Restauración

—¿ De manera que toda nuestra generación, con su preocupación de derecho y de democracia y de arte, para usted ha sido inútil ?

—Completamente.

—¿ Nuestras luchas no han servido para nada ?

—Para nada.

—Todos esos jurisconsultos, grandes oradores, que á nosotros nos parecen nobles, ¿ para usted son unos farsantes despreciables ?

—Exacto.

—De manera que Cánovas, Ruiz Zorrilla, Martos, Moreno Nieto, Montero Ríos, Maura...

—A mí me parece gente mediocre. Abogados, charlatanes. Grandes hombres para un pueblo rampiñón y decaído. Hombres gesticuladores, buenos para tener estatuas de Querol y de Benlliure.

—¿ Estos escultores también le parecen á usted malos ?

—¡ Malos !, no ; vulgares, sin espíritu.

—Y el teatro español del siglo XIX ¿ tampoco valdrá gran cosa ?

—A mí no me interesa.

—¿ Y el libro ?

—El libro poco más ó menos, lo mismo que el teatro.

—¿Así que, según usted, aquí todo es pequeño, y únicamente los alborotadores, los sanguinarios, los turbulentos, los Aviranetas son los grandes?

—Eso es.

—¿De manera que el pensamiento para usted no es nada?

—Sí, hombre, mucho; cuando es pensamiento.

—¿De manera que la democracia para usted es una farsa?

—Sí; algo de eso.

—¿Y la justicia social una mentira?

—Por hoy, creo que sí.

—¿Y la moral una mixtificación?

—Algo por el estilo.

—¿Y qué queda entonces?

—Queda el hombre, el hombre, que está por encima de la religión, de la democracia, de la moral, de la luz y taquígrafos, de los versos de Núñez de Arce y de las aleluyas de Campoamor...; queda el hombre, es decir, el héroe, que en medio de las tempestades, de los odios, de los recursos de la mediocridad, de la envidia de los hombres cetrinos con las vejigas calculosas, impone una norma difícil á los demás; sí, queda el hombre, el héroe...

¡Oh, tú, joven lector! Si te sientes hombre, si te sientes héroe, si te sientes con fortaleza para serlo, no vaciles, no oigas á las sirenas de aspecto hepático que encuentres por las calles; no hagas caso de viejas momias ni de supersticiones cristianas; sacrifica tu dicha, sacrifica á tu prójimo, sacrifica todo lo sacrificable.. porque vale la pena.

ALREDEDOR DE LA GUERRA

¿Con el latino o con el germano?

Esta cuestión de la hermandad latina me parece una de las cuestiones capitales para España. Es un problema que los españoles debiéramos tener dilucidado y resuelto hace años. La unión de la raza latina ha sido durante largo tiempo un tópico para banquetes y fiestas con discursos, banderolas y fuegos artificiales.

El estudio de la antropología echó abajo hace tiempo la leyenda de una raza latina. No existe raza latina. En las dos penínsulas occidentales del Mediterráneo y en Francia hay gente de todas castas y procedencias: hay braquicéfalos y dolicocefalos, arios y semitas, celtas y germanos, griegos y mongoloides.

El tipo nacional no ha sido formado por la raza originaria, sino por el país donde ha vivido: á los franceses les ha dado carácter su tierra llana, fértil y bien regada; á los italia-

nos, su península estrecha, llena de entradas de mar; á los españoles, las altas planicies centrales secas y de clima áspero.

Los países que se llaman latinos tienen cierta unidad de origen, pero no unidad de tipo. Tienen también unidad en el origen del idioma, pero no completa. En casi todas las antiguas provincias romanas se hablan lenguas neolatinas; sin embargo, hay dos zonas en estos países en donde el idioma no procede del mismo origen: Bretaña y Vasconia; Bretaña, que tiene un lenguaje céltico de origen indogermánico, y Vasconia, que posee un idioma que ni siquiera es ario.

Decirme á mí, vasco, que, por latino, debo ser hermano de un napolitano ó de un marsellés, es un absurdo.

El Papado se podría considerar como una representación de la unión latina, como una continuación espiritual de la Roma antigua hasta hace poco; pero precisamente en nuestros días Francia se ha separado de la comunidad, rompiendo el lazo que le unía al Sacro Imperio Romano.

Ni la raza, ni el idioma, ni la religión une á estos pueblos que se llaman latinos. ¿Les une su carácter? Tampoco.

Francia es el pueblo armónico, razonador, completo; sus hombres han brillado en todos los ramos del saber; ha tenido constantemente

sabios, artistas, militares, filósofos, siempre en su justo medio; Italia, país de grandes hombres en la antigüedad, ha contado con los dos polos del pensamiento: el polo europeo en Florencia y en el Norte, el polo africano oriental en Nápoles y en el Mediodía; España, intermedio entre Europa y Africa, ha sido el país dramático, exaltado, apasionado, un mundo aparte diferente del mundo europeo y del mundo africano.

Ni en el concepto de la vida, ni en el sentido religioso, ni en la política, estos países se han asemejado ni se asemejan. Francia ha tenido siempre esa tendencia de constituirse en Estado de los grandes países europeos; Italia ha sentido, más que nada, la ciudad; Italia es la representación civilizada del Mediterráneo, como Marruecos es la representación primitiva y biológica. Lo que es el kabilismo para Marruecos es ese régimen de ciudades para Italia. España hubiera orientado su vida en un sentido quizá parecido al de Italia á no haber interrumpido su marcha el descubrimiento de América, que, indudablemente, la perturbó y la aniquiló.

Todas las diferencias y separaciones étnicas y políticas no tendrían valor si hubiera un fondo de simpatía entre los que se llaman pueblos latinos; pero no pasa esto, ni mucho menos.

El francés de hoy siente admiración por la

Italia antigua y desdén por la actual; mira como un escenario pintoresco á España é ignora lo que es Portugal; el italiano odia en el fondo á Francia, á quien considera la rival triunfante; mira con recelo á España, por si pudiera encontrarse con ella en el porvenir, y siente antipatía por los españoles por los recuerdos que dejaron en Nápoles y en Milán; el español siente una mezcla de admiración y de desdén por los franceses, no estima ni conoce la Italia de hoy y se burla de Portugal; respecto al portugués, tiene gran admiración por Francia, estimación por Italia y odio por España.

¿Qué unión se puede basar en estos sentimientos contradictorios? Yo creo que ninguna. Para mí la hermandad latina es un trasto viejo mandado recoger. Si el sentimiento no induce al español á una alianza determinada, ¿qué debe hacer España?

¿Aislarse? Esto es demasiado fácil, demasiado propenso á la rutina, para ser conveniente. ¿Aliarse? ¿Con quién? Las alianzas con Francia y con Inglaterra han dado históricamente á España mal resultado. Nos queda la posibilidad de una alianza con Alemania; pero ésta me parece un poco lejana y problemática. De poderse realizar de una manera natural, creo que sería conveniente.

Hay un hecho muy significativo, y es que en casi todos los países, incluso los latinos, á mayor germanización corresponde mayor civilización.

En Italia, en Francia, en Suiza, en Bélgica, en Holanda, las zonas fronterizas más germanizadas son las más prósperas. Nosotros no tenemos desgraciadamente ninguna frontera con Alemania; si la tuviéramos, la influencia alemana se ejercería aquí de una manera natural sin necesidad de alianzas. Desde este punto de vista creo que para los españoles sería conveniente que Alemania llegara á ser dueña de Marruecos; esto haría que la civilización germánica llegara á España intensamente por el Sur.

Esta sería la forma mejor para que alemanes y españoles se conocieran. La alianza política hecha por los gobiernos de España y Alemania, como la desean los reaccionarios, podrá traernos solamente la parte exterior de la Alemania actual, la parte de postura y de baladronada del káiser, la parte de la Alemania de cuartel y de Cuerpo de guardia, no la Alemania científica, organizadora, industrial, que es la que nosotros quisiéramos conocer é imitar. En este caso, la alianza, más que conveniente, sería perjudicial.

Los hombres de la España de hoy, que

conozcan bien el problema, deben ir aportando datos para que el español vaya viendo si le conviene más, con el tiempo, aliarse con el latino ó con el germano.

Agosto, 1911.

Nuestra francofobia. Nuestro españolismo.

Un amigo me envía un artículo de «Le Temps», en el que su corresponsal en Madrid, M. J. F. Juge, se ocupa de la campaña actual de la mayoría de los periódicos españoles acerca de Francia, que califica de francófoba.

Monsieur Juge dedica un párrafo á criticar un artículo mío de «El Imparcial» que no sentó bien á algunos de sus compatriotas.

Voy á contestar á lo que dice el corresponsal de «Le Temps» en bloque, y no punto por punto, intentando aclarar mi manera de ver personal. En toda cuestión se puede tener razón en los detalles y no tenerla en el fondo.

Monsieur Juge podrá fácilmente reunir en los periódicos madrileños un ramillete de artículos y recortes de carácter francófobo, como cualquier español podrá reunir otro de carácter hispanófobo en los diarios de París; pero

si el periodista francés quiere atenerse más á las intenciones que á las palabras, y más aún á los hechos que á las intenciones; si intenta observar con sus propios ojos, verá que en España, no sólo no hay tal francofobia, sino que en el fondo hay un entusiasmo muy grande por Francia.

Claro que los reaccionarios españoles han de hablar con odio del gobierno francés, heredero de los que han separado la Iglesia y el Estado y han secularizado la enseñanza; pero este odio contra los radicales franceses va á ellos, no por ser franceses, sino por ser radicales.

Respecto á los republicanos españoles, hay que reconocer que su admiración por Francia ha llegado á los límites de lo grotesco. Todas las campañas revolucionarias nuestras han sido calcadas en las francesas. ¿Que alguien tenía que denunciar una supuesta injusticia? Pues encabezaba su artículo diciendo: «Yo acuso». ¿Que se trataba de un modesto chanchullo municipal? Se le llamaba en el periódico: «El «affaire» del Ayuntamiento.»

Durante muchos años la vida española ha sido una copia servil de la francesa en ideas, en nombres, en todo. En Valencia, hace años, se hablaba de Zola y se le llamaba D. Emilio, como si fuera algún concejal republicano de por allá y hubiese nacido en Mislata. Hace

algún tiempo, en un juego de pelota de la calle de Tetuán, se encerraron unos cuantos, no sé por qué, y no quisieron abrir á la Policía, y un periódico al comentar el caso, lo llamaba «El Fort Chabrol de la calle de Tetuán».

Un poco más en nuestro galofilismo, y hubiéramos llegado á decir el bulevar de los Italianos de la calle de Alcalá, la plaza de la Opera de la Puerta del Sol y el Louvre de la plaza de Oriente.

El corresponsal de «Le Temps» dice que hay en los periódicos españoles una crónica, el «Artículo de París», en donde se habla sistemáticamente mal de la gran ciudad. Esto también no es más que una imitación. Los escritores franceses modernos, desde Balzac hasta Anatole France, han querido demostrar que París es la Babilonia moderna, el mayor antro de los vicios del mundo, y el cronista español que afirma lo mismo no hace mas que repetir un lugar común francés. Seguramente cree que si pintara á París como una gran ciudad enormemente trabajadora, como es, la deshonraría.

El Sr. Juge supone que hay cierto número de escritores y de universitarios españoles que se manifiestan galófobos por afán de notoriedad. No lo creo. Es verdad que en España comienza á aparecer cierta tendencia anti-

francesa ; pero esa tendencia, hoy por hoy, es ligerísima.

Esta tendencia antifrancesa no está, ni puede estar basada en considerar á Francia como una nación sin importancia. Sería absurdo. Nosotros creemos que Francia es una gran nación, quizás la primera nación del mundo ; pero creemos también que no ha fecundado á España, que no la ha servido, que no la ha ayudado.

¿ Es culpa suya ó es culpa nuestra ? Yo creo que es culpa suya.

Francia proyecta hacia nosotros una porción de cosas inútiles ó perjudiciales : modas, libros pornográficos, literatura de bulevar, vinos, licores ; en cambio, guarda todo lo que tiene de bueno : sabios, ingenieros, médicos, mecánicos...

Puede uno volverse á preguntar : ¿ es culpa suya ó es culpa nuestra ? Aunque fuera nuestra la culpa. Si nosotros tenemos una impotencia de mejorar y progresar con ideas francesas, debemos ir á buscarlas á otros puntos : á Inglaterra, á Alemania...

Nosotros debemos tener el pragmatismo de considerar como malo todo lo que ha fracasado en la vida nacional, y la tendencia francófila y latina ha fracasado aquí.

Nosotros tenemos que crear una ideología nacional moderna, saltar por encima de las

ideas francesas que no nos convienen. Para esto hay que apoyarse en algo; en lo lejano, aunque, hoy por hoy, no se lo conozca bien.

Además de estos motivos espirituales, hay otros de índole política que abonan la francofobia naciente. ¿El que el partido colonial francés anima á los rifeños? ¿El que les da dinero y municiones? Nadie con sentido común cree en esto. El Rif es demasiado grande, demasiado salvaje, para seguir las inspiraciones de un grupo de negociantes, de bol-sistas y de mineros.

¿Que habrá en Marruecos contrabandistas de armas franceses? Con seguridad. Y los habrá alemanes, y belgas, y, probablemente, españoles.

Ni esto ni esa parte exterior de caricaturas, de sátiras periodísticas, tiene importancia, á mi juicio. Para mí lo importante es que Francia, interesada ó desinteresadamente, nos ha aconsejado casi siempre mal.

No ha sido un español, sino un político de importancia, Jaurès, el que ha dado á entender últimamente que Francia nos ha empujado á la campaña de Melilla. Supongamos que no nos impulsó, que dió únicamente su consejo, su permiso. Realmente, no debemos agradecerle el favor. Gracias á este permiso, llevamos una campaña con miles de soldados muertos y cientos de millones de pesetas perdidos. En

cambio, en Alcázar y Larache, Francia no sólo no dió su vistobueno, sino que se opuso, y se ocuparon estas dos últimas ciudades, á disgusto del Gobierno francés, sin disparar un tiro y sin matar á un hombre.

Hay que tener esto en cuenta. Se va á Melilla con la anuencia del francés, y Melilla es un desastre; se va á Alcázar y á Larache con la enemiga de Francia, y todo el Garb es una balsa de aceite.

La mayoría de los franceses que hablan de España, y entre ellos un señor que ha escrito hace poco un artículo, completamente absurdo, en la «Revue», suponen que esta francofobia proviene en parte de un españolismo agudo que padecemos.

En esto los franceses se engañan, como en todos sus juicios acerca de nosotros. Aquí no hay españolismo agudo. Hay sí una fraseología literaria y amanerada para hablar de España y cierta tendencia bullanguera que se exterioriza en homenajes, mojigangas, estatuas, cambios de nombre de las calles; pero nada más.

La mayoría de los españoles se figuran que con afirmar que el español es muy valiente y que el «Quijote» es el mejor libro del mundo, ya están en el vértice del españolismo.

Hay hombre muy orgulloso de ser español que, siempre que puede, va á París, viste con

trajes ingleses, lee libros franceses y veranea en Biarritz. Uno se pregunta: ¿Por qué este español, á quien todo lo español le parece malo, estará orgulloso de ser español? Es un misterio.

El mismo caso es el de este comerciante que le dice á uno en su tienda: «Esto no es género catalán, es género inglés», y se siente patriota.

Y es que aquí el patriotismo es una cosa teatral y completamente huera: una cuestión de palabras.

Aun en este patriotismo aparatoso es inferior el del español al del francés, al del italiano ó al del inglés.

Hace unos días, en uno de los últimos números de la «Gaceta de la Asociación de Pintores y Escultores», leía yo una alocución dirigida: «A los escultores del mundo», por algunos miembros del Gobierno cubano, para hacer un monumento al general Antoinio Maceo.

Esta «Gaceta», que se publica en Madrid, supuso que la alocución y las bases para la erección del monumento interesarían á los escultores españoles, y la estampó á la cabeza del número.

En otro país en iguales circunstancias la publicación de una alocución así sería un caso raro é insólito que produciría protestas; aquí, no; no sólo no ha chocado, sino que hay varios escultores españoles que están comenzan-

do los bocetos para hacer el monumento á Maceo.

—¿Y por qué no?—me decía uno de ellos—. ¿No han ido nuestros escultores de más fama á glorificar la independendia de varias Repúblicas americanas contra España? ¿No han hecho estatuas y alegorías de los que lucharon contra nuestro país?

En parte tiene razón.

Nuestros escritores, en esto no tienen nada que envidiar á los escultores. Ahí ha andado Salvador Rueda soltando su chorro lírico en honor de los cubanos hasta que ha conseguido que le pongan en la cabeza el laurel necesario para el estofado de todas las cenas que ha de comer en su vida.

Blasco Ibáñez igualmente no se ha descuidado en dar jabón á los argentinos y en trabajar por la emigración. Para sincerarse decía que el porvenir de España está en la Argentina, que es lo mismo que asegurar que el porvenir de Cádiz está en Bilbao, y el de Santander en Cartagena. Además, según Bonafoux, Blasco pone debajo de su firma como un título: español-argentino.

No hace mucho tiempo se celebró no sé qué mojiganga iberoamericana con motivo de una bandera entregada por Cuba á España, y hubo discursos líricos y fraternidad á todo pasto. Estos señores que andan en esas cosas no com-

prenden, sin duda, que hay todavía hombres cuyos hijos murieron en Cuba, y que á esos hombres no se les puede decir: «Ahora somos amigos de los cubanos; nos engañamos cuando hacíamos la guerra contra Cuba. Ellos tenían razón; nosotros, no.» Porque si se dijera eso, había que añadir: «Vuestros hijos murieron por una torpeza, por una equivocación, por una estupidez.»

Esa gente, con sus uniones, con sus fraternidades y sus cursilerías, hacen inconscientemente una propaganda anarquista; porque la gente del campo ha de discurrir y pensar cuando le lleven el hijo á Melilla:

—¿Quién sabe? Quizá mañana el Rif se haga independiente y entonces una Sociedad iberoafricana reciba y agasaje á los rifeños; quizá algún escultor español haga un monumento á El Mizzián ó al Barranco del Lobo, y algún escritor firme: Fulano de Tal español-rifeño

No; si los franceses y su gobierno, por excepción, piensan hacer algo bueno para España, pueden tener la seguridad de que no somos francófobos ni somos patriotas exaltados é intratables.

Claro que yo no soy partidario de ese patriotismo alabancioso y petulante que consiste en glorificarse á sí mismo; me parece necio y ridículo.

Para mí la única forma de patriotismo simpática consiste en aceptar el país: primero, como un hecho biológico; después, en conocer sus males y querer remediarlos en competir con los demás pueblos en ciencia, en justicia, en humanidad.

Y si nosotros hoy sintiéramos este patriotismo activo, tendríamos necesariamente que ser mucho más francóforos de lo que somos. Más francóforos, mientras Francia sea, como hasta ahora, para los españoles el país que no nos comprende, que no nos entiende, que nos pinta como una cosa absurda y arquelógica; el país que nos da el consejo del enemigo, en vez de la indicación del amigo.

Carta de un germanófilo

a un suizo alemán.

Yo soy uno de tantos escritores españoles que no pensaba exponer su opinión acerca de la guerra, por no poder aportar un dato nuevo y comprobado y no tener una versión clara de la totalidad del conflicto, por falta de cultura, principalmente.

Cierto que, además del dato verídico y de la opinión sistematizada y científica, hay el criterio personal, consecuencia del temperamento y de la cultura más ó menos incompleta, y ése siempre puede uno tenerlo.

Este criterio personal no se me hubiera ocurrido puntualizarlo si no hubiese recibido hace unos días la carta de un amigo suizo, en que habla de la guerra.

Ya escrita la carta la publico. Mi amigo, el suizo, es un hombre de una timidez un poco patológica. Siempre que ha publicado artículos

en los periódicos alemanes los ha firmado con pseudónimos, ó á lo más con iniciales. Parece que su nombre, estampado en letras de molde, le perturba. Contando con eso sustituyo su apellido con su inicial. He aquí la carta mía, cuyo único interés es el referirse á puntos tratados por él en la suya.

«Querido amigo G. : He recibido su carta, y á pesar de que usted la califica al final de pobre ensalada francoalemana, á mí me ha parecido interesantísima.

Se ve que los intelectuales, grandes y chicos, de Europa, comienzan á sentir una necesidad de comunicarse, de explorarse y de convencerse, en medio del estrépito de los obuses del 42 y de los Schneider. Yo espero que los sabios y los hombres ilustres lleguen poco á poco á entenderse y á influir en los políticos y militares para hacer la paz.

Acepto la felicitación, un tanto irónica, que me dirige usted por haber visto mi nombre citado con elogio en algunos periódicos alemanes como el «Berliner Tageblatt» y la «Gaceta de Francfort».

Ya sé que esto es circunstancial y que no tiene valor de permanencia ; pero me parece bien que estos periódicos me califiquen de germanófilo, porque, en realidad, lo soy. Ante todo la probidad.

Cierto que no quiero ser en nada solidario

con los germanófilos españoles. Usted me preguntará por qué. La razón es sencilla. Los germanófilos de aquí son, en su mayoría, los legitimistas católicos y los ultraconservadores, son los que han abominado siempre de la cultura germánica, los que creen que Lutero era un malvado, Kant un sectario, Schopenhauer un misántropo malintencionado y Nietzsche un loco. Son los que creen que Aparici y Guíjarro y Vázquez Mella, el padre Ceferino y el padre Zacarías, han desmoronado por completo la filosofía alemana.

Estos clericales odian á Francia por haber separado la Iglesia del Estado, y no ven en Alemania mas que militarismo y disciplina.

Yo no siento por estos clericales—fósiles de la fauna europea—ni estimación ni simpatía, y no quiero estar, ni pasajeramente, en su bando.

Ellos admiran á Alemania por lo que á mí me parece abominable en Alemania y fuera de ella, y abominan de Alemania por lo que yo encuentro digno de admiración.

Usted quizá se pregunté por qué me siento germanófilo. Yo me siento germanófilo, naturalmente, más desde antes de la guerra que después de la guerra. Comprendo que la Alemania de hoy es la misma que la Alemania de ayer, que no hay dos Alemanias: una de Kant, Fichte, Heine y Beethoven, y otra de von

Kluk y de Molke ; comprendo que son la misma, aunque no tenga datos para afirmarlo rotundamente ni argumentos para razonarlo.

No ; yo no acepto ese subterfugio de los radicales de por aquí, de que hay dos Alemanias : la Alemania culta y la guerrera.

El espíritu de claridad, de precisión, de antidogmatismo de la Crítica de la razón pura, preside el planeador de Otto Lilienthal, el precursor de la aviación, como el taube que ha bombardeado París ; está igualmente en potencia en el tubo del microscopio de Roberto Koch como en el tubo del cañón del 42 ; informa de la misma manera la fundación de una Universidad como la organización de un ejército. Ciencia, precisión, técnica, eso es lo único grande en el mundo : es lo que ha creado toda la civilización moderna.

Las razones de mi germanofilia no son, ciertamente, fundamentales como las que tenga el que conozca bien Alemania. Son razones un tanto personales y ligeramente pragmáticas.

En el pequeño radio de acción de mi vida no puedo menos de confesarme á mí mismo que he encontrado una superioridad real en el intelectual alemán con relación á los intelectuales de los países latinos. Usted mismo, amigo G., fué una sorpresa cuando le conocí hace muchos años en Madrid. Problemas que yo me había planteado de una manera defectuosa y

obscura, vi que entre los alemanes estaban ya puestos de una manera clara y aun científica. Después he ido comprobando lo mismo, y cuando me he asomado, por la conversación y por el libro, al pensamiento germánico, me ha parecido salir de un pantano de rutinas y de fórmulas putrefactas—el pantano latino—á una atmósfera limpia y sutil.

En general, el pensador, francés ó inglés, no hablemos del español y del italiano, que no existen en comparación con el alemán, parecen carretas pesadas y chirriantes al lado de un automóvil ligero y ágil.

Uno de los motivos que yo tengo de hostilidad contra Francia, mejor dicho, uno de los motivos de hostilidad contra la intelectualidad francesa, es el haber querido acordonar, aislar, sombrear el pensamiento alemán con detrimento de los otros pueblos de Europa que tienen necesidad de una cultura sólida.

Alemania ha aceptado todo lo grande y lo pequeño de Francia, desde Pasteur y Branly hasta las tonterías del cubismo y del tango argentino: en cambio, Francia siempre se ha cerrado á lo alemán, lo ha puesto en cuarentena, y cuando lo alemán ha llegado á abrirse camino y á dominar el mundo, ha sido á fuerza de genialidad. Es el caso de Kant, de Beethoven, de Wagner, de Nietzsche...

Este para mí ha sido el error de París. París,

abriéndose á todas las tendencias universales, hubiera llegado á ser la capital intelectual de Europa, como en la Edad Media, como en tiempo de la Revolución francesa, cuando aceptaba como diputado de la Convención al prusiano Anacarsis Clootz. París no ha querido ser la ciudad europea, ha querido prescindir de Alemania, como si esto fuera posible, y ha ido contrayéndose sobre sí misma, aceptando por credo las ideas ridículas y mezquinas de los nacionalistas á lo Barrés.

Respecto á la guerra actual, no conozco sus causas íntimas ni su desarrollo; pero en principio, no creo que ningún país tenga razón. Ni Alemania, ni Francia, ni Austria, ni Inglaterra. Tampoco veo, como usted, esta guerra preñada de filosofía. No creo, porque no basta la afirmación del interesado para creerlo, que Francia, Inglaterra, Rusia, ayudadas por tropas mercenarias, como las de los Imperios de César, Carlos V y Napoleón, representen el Derecho, la Civilización, la Humanidad, el Progreso; tampoco veo qué necesidad había de que Alemania, en este momento, tuviera que imponer á cañonazos su cultura, aunque ésta sea superior á la de las demás naciones.

En el atropello á Bélgica, estoy con usted. No me parece excepcional. No hay derecho, ciertamente, para apoderarse de otro país. Pero si Francia é Inglaterra no hubieran sido

capaces de sentir este impulso de injusticia, no serían dueñas de la India, de Egipto, de la Cochinchina, de Argelia, de Marruecos, de Madagascar, de El Cabo, de Nueva Zelanda, etcétera, etc.

Ante este derecho semidivino y un poco grotesco de los jurisconsultos, tan atropello es conquistar Marruecos, como Bélgica; tan bárbaro bombardear la catedral de Reims, como una mala barraca dedicada á un culto fetichista.

Cierto que las brutalidades del conquistador se pueden cubrir hipócritamente, como ha hecho Inglaterra, con el manto de la civilización, dando á las conquistas un carácter de necesidad económica; pero los franceses no se han cuidado de esto y han celebrado sus triunfos napoleónicos, sin disfraz alguno, con cándido cinismo.

En Londres no hay ningún monumento que explique ni que conmemore el hermoso sistema con que los ingleses exterminaron á todos los habitantes de la Tasmania, sin dejar uno. En cambio, los franceses, en el arco de Triunfo de la Estrella, inscribieron como glorias los nombres de las ciudades españolas, italianas, alemanas, austriacas y rusas, arrasadas, ametralladas y robadas, sin más motivo ni causa que el capricho de un ambicioso, apoyado en la fuerza de un ejército.

Si esto se hubiera olvidado en Francia, estaría en su derecho al abominar de la violencia; pero ¡si eso está viviendo todavía con entusiasmo! ¡Si está ansiando éxito, revancha, prepotencia militar, cascos con penacho y ruido de tambores!

No, á pesar de lo que usted dice; yo no veo en la guerra actual razón filosófica alguna.

Es una guerra de tribu contra tribu, de horda contra horda. Lo único que me parece extraordinario en ella es la fuerza de sugestión de los Gobiernos, que han llegado á inculcar en los ciudadanos la idea de que el individuo no es nada, que el Estado, la nación, lo es todo.

Esta idea trae á la imaginación el sistema de constitución política de las abejas. Con su disciplina y su terrible crueldad este Estado prepotente y que dispone así de las vidas de los ciudadanos, tiene algo de divinidad africana, del Javeh ó del Molock de los semitas.

El poco jugo ideológico de esta guerra se advierte también en la pobreza y mediocridad de los alegatos de los sabios y de los escritores de uno y otro país. ¡Qué estepa la del pensamiento universal al hablar de la guerra! ¡Lástima que no viva Tolstoy! El hubiera dicho algo, quizás absurdo, pero algo cordial, hermoso y grande.

Al menos, en el 70, Renán escribió una

carta á Strauss en que demostraba que la ley de la inteligencia no se había borrado con el ruido de las espuelas de los militares, ni aun por el estrépito de los cañones.

Usted me dice que en la Alemania actual los hombres, cansados un poco de la vida práctica en Bancos, fábricas é industrias, entran de nuevo en el intelectualismo crítico; me dice usted que se comenzaba á estudiar y á depurar de una manera sobria el contenido del liberalismo; que se reaccionaba contra la judaización el americanismo y el snobismo de las grandes ciudades, que se quería luchar contra el industrialismo en la ciencia y en el arte contra el alcoholismo y la falsa filantropía.

Dice usted que se miraba como factible para un porvenir no lejano una mayor descentralización de los Estados y de los Municipios, una posible vuelta á la vida campestre, conservando en ella lo civilizado, uniendo lo ciudadano con lo rural.

Si esto es así, razón de más para deplorar una guerra en que todo el mundo ha soltado el taparrabos y se muestra con una naturalidad repulsiva. Los alemanes intentan echar á los turcos á pelear con los rusos; Francia, un país casi socialista y defensor en principio de los derechos del Hombre, paga á senegaleses y á argelinos para que mueran por ella, y á los socialistas de todos los países, enemigos de

la explotación, les parece esto bien. Inglaterra trae á sus pobres esclavos de la India, á cuyos padres y abuelos mató á la boca de los cañones, á la línea de fuego, y el pueblo inglés, el país respetuoso con la Libertad y el Derecho, se apodera de la propiedad intelectual de los alemanes de una manera escandalosa.

El hombre violento y salvaje que todos llevamos dentro, el pitecantropus, el troglodita de Cro-Magnon ó de Neanderthal ha salido de su cueva en pleno siglo XX.

Adiós, amigo G. Perdone usted que le envíe esta pobre olla podrida española á cambio de su ensalada francoalemana.

Recuerdos á su amigo, el filólogo que estuvo en Madrid.

Cuando acabe la guerra, si tengo algún dinero, aceptando la invitación de usted de ir á Basilea, haremos una excursión por esa Alemania que tantos quebraderos de cabeza nos da y tanto nos preocupa.

Es de usted amigo afectísimo.

PIO BAROJA

Divagaciones actuales

Al hombre de hace unos años, mecido con ilusiones optimistas expresadas con el ceño amenazador y terrible de Nietzsche, con la genialidad huraña de Ibsen ó con la gracia helénica de Tolstoi, le parecía imposible una guerra como la actual.

¡ Cuántas fórmulas mágicas de grandeza, de independendencia, de libertad no se han expresado en estos últimos años !

Cada hombre será un astro con su órbita ; á cada uno se le dará según sus necesidades ; cada cual vivirá su vida libremente. No habrá Estado dominador, ni Iglesia absorbente, ni propiedad agresiva, ni herencia absurda, ni jueces, ni cárceles...

La guerra será imposible ; quizá podrá durar unos días, pero La Internacional acabará pronto con ella...

Hermosas ilusiones que se han desvanecido. Hoy millones de hombres se lanzan á la lucha, y pasan días y meses, y los pueblos no se cansan de matar y de morir.

Hace unos años, algunos decían : El hombre ha evolucionado mucho para ir á la guerra. Los que decían esto se ha visto que se equivocaban.

Hoy, mirando sólo al momento, algunos aseguran : El hombre no ha evolucionado, no ha mejorado. ¿ Aciertan éstos ? Yo creo que no ; creo que se engañan también.

En Villavieja había unos grandes muros, sólidos, negros, que ahogaban una gran parte de la ciudad.

En estas ruinas tenían los curas una iglesia, los militares un reducto, los jueces una sala de audiencias y la justicia una cárcel y un verdugo.

En el pueblo había dos partidos : los murales y los antimurales.

Los murales decían que aquellas paredes negras representaban la noble tradición de Villavieja, las instituciones de los antepasados, la fe, la justicia, y defendían que había que guardarlas como una reliquia, y á poder ser, restaurarlas.

Los antimurales encontraban que los viejos

muros aquéllos sombreaban la ciudad, la estorbaban é impedían su crecimiento.

Pensando en cómo quedaría el pueblo sin las pesadas murallas se había inventado un sistema, una utopía halagüeña.

Este sistema unos le llamaban progresismo, otros evolucionismo, otros modernismo. Algunos que creyeron que la cuestión era principalmente de nombre—idea muy latina—inventaron otras palabras: futurismo, avancismo, adelantismo, novismo, forwardtismo, recientismo, porvenirismo, werdenismo, devenirismo, etcétera, etc.

Todas estas palabras representaban la tendencia antimural!

Murales y antimurales luchaban y discutían con gran apasionamiento y encono, cuando en medio de la lucha se provocó una guerra entre Villacerca y Villalejos.

Villalejos era un pueblo bárbaro según los villacercanos y según los villaviejenses; pero era un pueblo antimural en su esencia.

Su táctica, su filosofía, su sistema de vida se inspiraban en los principios del antimuralismo.

Parecía lo lógico que todos los antimurales de Villavieja se hicieran partidarios de Villalejos, pero no fué así; los modernistas, los futuristas, los adelantistas, los novistas, los forwardtistas, los recientistas, los porveniris-

tas, los werdenistas y los deveniristas dijeron que sus simpatías estaban por Villacerca, y que tocar lo viejos muros de sus ciudades, gloriosos y resplandecientes, era como ofender á su familia.

Desde esta guerra de Villalejos y Villacerca se vió que la filosofía de los antimurales de Villavieja era lo más mural, lo más fundamentalmente mural, que podía darse en un pueblo tan esencialmente mural y tan esencialmente viejo como Villavieja.

El contraste de la vida de los militares de Villavieja era también una cosa ligeramente absurda.

En otros países, como el Japón, los oficiales y soldados llevaban una vida de cuartel; en Alemania se modelaba el espíritu del militar exclusivamente para la guerra; en Villavieja, no.

En Villavieja, un militar era un hombre que llevaba una vida parecida á un vecino pacífico; iba unas horas á su oficina, frecuentaba los cafés y los teatros, hablaba de cuestiones políticas, era muchas veces republicano ó socialista. Este hombre, que no se distinguía de los demás más que por su uniforme, cuando lo usaba (en general, en Villavieja, llegando á capitán ya no lo llevan más que en las ceremonias), este hombre, de pronto, era arrancado de su medio ambiente y llevado á la guerra.

Inmediatamente su conducta tenía que variar y encontrar lícito y natural todo lo que antes le parecía bárbaro y odioso. Derribar casas, pegar fuego á los campos, abrir en canal á un enemigo, meterle una bala en el pulmón ó en los intestinos, todo esto le debía parecer un «sport» útil y conveniente...

Por muchas explicaciones que se quieran dar, este procedimiento de Villavieja me parece completamente absurdo.

Mejor que este sistema del oficial humano en la ciudad y salvaje en el campo, encuentro el del capitán Sánchez, de Madrid.

Aquél, al menos, era más lógico, más consecuente. Había descuartizado en el campo de batalla y descuartizaba con la misma perfección en su cuarto de la Escuela de Guerra.

Probablemente, el buen Sánchez debía encontrar extravagante que se le recriminara en Madrid por hacer lo que había hecho antes con aplauso en el campo.

Otra cosa absurda en las Villaviejas del mundo es la actitud de los poderes espirituales frente á la guerra. ¿Cómo armonizan las iglesias ese precepto bíblico de «No matarás», con la bendición de cañones, espadas, fusiles y banderas?

¿No sería ya el momento de que las iglesias que siguen los mandamientos de la ley de Dios

cambiaran este procedimiento divino diciendo : «No matarás... en tiempo de paz» ?

Sería más veraz, de mayor probidad, añadir esa coletilla al precepto. A no ser que la iglesia católica, la luterana, la calvinista, la ortodoxa, etcétera, etc., se decidan y digan resueltamente á sus fieles : «No matarás ni en tiempo de paz ni en tiempo de guerra.»

Esta afirmación sería peligrosa para las iglesias ; tendrían el peligro de que nadie les hiciera caso y de que los respectivos Estados las tomaran por agrupaciones anarquistas.

La opinión de las mujeres españolas sobre la guerra.

He escrito este largo epígrafe; he mirado al techo, vacilando en la manera de empezar mi artículo, y en este mismo momento me han traído una carta. La he abierto. Es de un señor de Barcelona que critica mis escritos y afirma que las ideas que expongo en ellos son las que se estilaban hace quince ó veinte años.

Al parecer, involuciono, como dicen los sociólogos.

Debe ser verdad, porque es el cuarto que me dice lo mismo. Además, este señor me recomienda con gran insistencia que no haga afirmaciones aventuradas. La afirmación aventurada es una cosa muy fea.

Voy á tratar de complacer á mi comunicante para que vea que si uno tiene ideas viejas,

guarda también alguna cortesía todavía en buen uso.

Yo pensaba divagar acerca de la opinión de las mujeres españolas sobre la guerra con cierta insensatez nativa; pero tengo que variar de norma y marchar mirando á la brújula.

El punto de partida de mi divagación era este enunciado: Si la guerra tiene el carácter que dicen que tiene, y las mujeres son como dicen que son, parecería lo más lógico que la mayoría de las mujeres fuesen francófilas.

No creo que esta afirmación, con sus dos condicionales, sea muy excesiva, ni para el señor de Barcelona. Será falsa quizá; pero excesiva, no.

Ahora bien: ¿El carácter de la guerra es el que se da como cierto? Yo no lo sé.

¿Las mujeres son como dicen que son? Tampoco lo sé, ni creo que nadie lo sepa exactamente. Lo único que sé, por mi pequeña experiencia—pequeñísima, insignificante, señor de Barcelona—, es que hay muchas mujeres españolas que son germanófilas.

Algún malicioso supondrá que yo afirmo que las mujeres españolas son germanófilas porque tengo el deseo de que lo sean; pero en esto el presunto malicioso se engaña. Con que hubiera dos ó tres barojófilas convencidas me contentaba. Tampoco creo que es una aspiración insensata y ambiciosa, señor de Barcelona.

Respecto á la actitud de los países en lucha no hay duda que á primera vista Francia ha tenido, al menos aparentemente, una actitud más sentimental, más romántica que Alemania.

Alemania se ha mostrado como el bárbaro fuerte y atrevido; Francia, como la dama elegante y aristocrática, un poco vieja, un poco amanerada, pero llena de distinción.

Por qué la mujer española (al menos la que yo conozco) se ha decidido más por el bárbaro fuerte y audaz, loco de acometividad, que por la dama fina y algo decadente... Ésa es la cuestión.

La causa de esto yo creo que se encuentra en las dos inclinaciones esenciales de la mujer: primera, el amor á la fuerza; segunda, el entusiasmo por el orden.

La mujer siente instintivamente la sugestión de la fuerza. Creer que ella ama las floridas decadencias es una pobre y ridícula ilusión de los estetas.

Cierto que la mujer ha aparecido en en estos últimos años de «snobismo» como una compañera de extravagancia del hombre; pero muchas veces, casi siempre, la mujer veía en estos trotes una treta de la concurrencia sexual.

En toda la época pasada en que ha reinado en literatura esa cómica psicología de los Paul Bourget, de los Prévost y demás compadres, la mujer ha fingido complicaciones espirituales

para presentarse ante el hombre á la última moda.

Los curas, los jesuítas, que nunca han hecho mucho caso de «fiorituras» literarias, con cuatro ó cinco ideas fundamentales han dominado siempre á las mujeres y las han tenido en un puño.

La poca consistencia de la mujer complicada, inventada por literatos—y por literatos mediocres—, se advierte cuando una guerra como ésta revuelve los posos sentimentales del espíritu colectivo.

No ; seguramente no será el hombre lánguido, melenudo y delicuescente ; no será el viejo Renán, con sus uñas sucias y su vientre abultado, el que preocupe á las damas ; siempre será un tenientillo joven, fuerte, con un uniforme y dos ideas aproximadamente en la cabeza.

Respecto al entusiasmo por el orden, las mujeres lo llevan al reaccionarismo. A las mujeres, en general, no les gusta la política ; les parece una diversión de hombres solos en que ellas no toman parte. Las mujeres españolas creen que Francia es un país muy político ; en cambio, Alemania les parece el orden, el método, un país en donde se obedece al que manda sin protestar.

Además, Francia es, según ellas—y según los curas que las educan—, país de irreligión, de vicio, de cocotes, que pueden envolver en sus

redes á los cándidos maridos, hijos ó amantes.

Germanófilas, entusiastas del valor y de la guerra y al mismo tiempo—cosa algo paradójica—enemigas de la guerra, así me han parecido la mayoría de las mujeres españolas.

¿ Lo son de verdad ? ¿ Lo son todas ? ¿ Lo son sólo algunas ? Yo no lo sé, señor de Barcelona. No quiero hacer afirmaciones categóricas.

Schopenhauer es el autor de esa frase que se ha hecho vulgar : « La mujer tiene los cabellos largos y las ideas cortas. » ¡ Bah ! Tontería, ilustre filósofo.

Los cabellos largos los tendrían igualmente los hombres de buen pelo, si se lo dejaran, y las ideas cortas no parece cosa exclusiva de las mujeres.

No creo en las ideas cortas de las mujeres. Idealismo, espiritualidad, sentido social, es posible que les falte ; pero inteligencia aguda, creo que no.

En esta cuestión de la guerra sería curioso saber lo que piensan las españolas ; sobre todo saber lo que piensan las no profesionales de la intelectualidad, porque estas otras tienen ya su pequeña postura para el público, como nosotros los plumíferos, y su opinión nos sabe á jarabe simple y nos interesa poca cosa.

Los germanófilos

Al volver á leer al cabo de unos meses de ausencia los periódicos franceses y españoles, veo que barajan las mismas ideas, los mismos lugares comunes que al principio de la guerra.

Uno de los tópicos que se repiten aquí y allá es la afirmación de que la simpatía por Francia é Inglaterra significa liberalismo y progreso; la inclinación por Alemania, tendencia conservadora y militarista.

Es el antiguo pleito de izquierdas y derechas, tan grato á la mentalidad española.

Hay que ver si la afirmación es cierta ó no. Claro que un espíritu moderno dirá, y con motivo, que esta división de derechas é izquierdas, llevada al terreno de las ideas desde el hemicycle parlamentario, no tiene en el fondo valor alguno, es una de estas clasificaciones simplistas inventadas por el espíritu latino,

que parece que lo abarcan todo y que, sin embargo, no engloban mas que ideas muy superficiales.

En cierta época, y en Francia, la clasificación pareció exacta; así, por ejemplo, al principio del siglo XIX, derecha era Chateaubriand, izquierda Courier; después, derecha era Maistre y Luis Veuillot, izquierda Víctor Hugo y Proudhon, Luis Blanc y Michelet. Más tarde, en esta tercera República, la división de izquierdas y derechas se ha podido seguir en los escritores. Zola, Mirbeau, France, eran la izquierda; Barrés, Lemaitre, Coppée, la derecha.

Este modo de medir, al parecer exacto, entre los franceses y los demás latinos, no sirvió de nada al querer aplicarlo á los grandes pensadores del Norte, que aparecieron ó se dieron á conocer en la segunda mitad del siglo XIX. En ellos, la clasificación de derechas é izquierdas no rige. ¿Qué es Carlyle? ¿Qué son Schopenhauer, Nietzsche, Ibsen, Dostoievski, Tolstoy?

Pertenecen á la izquierda ó á la derecha? Para aclarar el tipo espiritual de estos hombres, esa pequeña trampa de claridad latina de izquierdas y derechas no sirve de nada.

Pero aceptemos graciosamente la división de izquierda y derecha y veamos si es cierta la proposición de colocar á los germanófilos siem-

pre en la derecha y á los francófilos á la izquierda.

En España, como en todos los demás países de Europa, las posiciones espirituales que se han tomado con relación á la guerra han sido posiciones que de antemano estaban concebidas. Creer que la invasión de Bélgica ó las supuestas crueldades de los alemanes han sido motivos nuevos de otras actitudes es una hipocresía. Todas las campañas de prensa, todos los argumentos, todo el dinero empleado por los unos y por los otros no han servido de nada, no han podido desviar la aguja de un espíritu en su cuadrante una milésima de milímetro.

Durante algún tiempo se habló entre nosotros de la guerra, que interesaba por su parte dramática; pasado este interés, la lucha exterior fué olvidándose y agudizándose la interior, de tal manera, que ahora la cuestión de la guerra ha llegado á ser secundaria. El germanófilo español no es ya un entusiasta de Alemania, como parecía al principio, sino un nacionalista conservador y militarista. Todos los escritores germanófilos de nombradía han ido evolucionando más ó menos rápidamente hacia el tradicionalismo. Así se ha visto á Benavente hacer una apología de Felipe II y á Salaverría coincidir en el elogio con el sombrío Austria y llegar á exaltar las corridas de toros como una fiesta bella y culta.

Salaverría ha ido á parar á un nacionalismo agresivo, suponiendo al mismo tiempo que el espíritu de glorificación por el propio país es un fenómeno nuevo, cosa que á mí me parece muy vieja, pues todos los hombres de todos los pueblos del mundo están naturalmente dispuestos á alabar su propia tierra, que es una manera de alabarse á sí mismos.

Ya, como digo, los germanófilos apenas lo son; si desean que triunfe Alemania, no es porque crean que tenga alguna virtualidad en sus principios y en sus métodos, sino por las consecuencias de índole política y militar, que suponen ocasionaría el triunfo suyo en España.

Así como estos germanófilos comienzan á exaltar el pasado lejano de nuestro país, los francófilos representan el pasado próximo; aquéllos son los tradicionalistas de hace cuatrocientos años, éstos son los tradicionalistas de hace cuarenta.

La civilización para los francófilos es un problema esencialmente político; para ellos el progreso no es el objeto de una función social, sino el procedimiento de esa función.

Yo creo que un país que produzca una gran suma de ciencia, de arte, de libertad, de bienestar general, será siempre un país de alta civilización; se dé este resultado con la República ó con el Imperio, con la democracia ó con la aristocracia, con una corte de archiduques ó

con una asamblea de tribunos del pueblo. Para el francófilo español no es así; nada de la civilización tiene valor si no viene acompañado con los procedimientos que le son gratos. En esto se parece al médico de Molière, que dice es mejor morirse siguiendo los preceptos de Hipócrates que curarse sin seguirlos.

El espíritu aliadófilo en España es el puente de los asnos, es la forma de la vulgaridad general, rutinaria é infecunda; es la oratoria de Castelar, la literatura de Picón, la dramaturgia de Echegaray, la ciencia del doctor Simarro, el periodismo de Cavia. En las avanzadas de la francofilia no hay mas que retórica. En esto se parecen germanófilos y francófilos; porque si es retórica y retórica manida la de Ricardo León al cantar á Germania, también es retórica de la misma clase la de Gabriel Alomar al exaltar á Francia. Es el mismo Mediterráneo, la misma ola lueca, el mismo viento, aquí con acento malagueño y allí con acento catalán.

La afirmación de que germanofilia es sinónimo de militarismo, tradicionalismo y tendencia conservadora sería cierta en España si no hubiera una porción de gente desparramada por el país que son germanófilos y tienen una orientación innovadora y radical. Esta gente está formada por el médico que ha encontrado en un libro alemán algo nuevo que no sabía, por el ingeniero, por el industrial, por el via-

jante de comercio. Son los que han visto que en las fábricas de Tolosa no se podían hacer los miles de tcinas que había encargado el Gobierno francés para sus alpinos porque no había agujas, y estas agujas, que no sabían hacer ni los franceses ni los españoles, se fundían únicamente en Alemania, son los que ven que no se pueden teñir bien las telas porque faltan los tintes, que venían de Alemania; son los que saben las grandes dificultades que ha habido en las fábricas de acero por falta de productos alemanes; son los que no encuentran en el comercio una porción de cosas necesarias para la vida, desde los medicamentos de la casa Bayer hasta los corchetes de presión para los trajes de las mujeres.

Esta gente esparcida aquí y allá, unos que notan la supericridad industrial de Alemania, otros su superioridad científica, hacen su comentario y son germanófilos, no por reaccionalismo, no por tradicionalismo ni por entusiasmo por Felipe II, sino sencillamente por admiración, por el deseo de tener contacto con el pueblo que les parece el más sabio y el más trabajador de Europa.

Cierto que muchos de estos germanófilos, casi su totalidad, ni escriben ni hablan en público, pero influyen con sus opiniones y con sus actos.

¿En qué nos diferenciamos ellos y yo del gran núcleo de germanófilos conservadores?

En lo más esencial. Ellos, los conservadores, ven en la germanofilia una cuestión puramente política; nosotros, un problema de cultura y de organización industrial; ellos tienen un gran odio contra Inglaterra; nosotros sentimos una gran admiración por Inglaterra, que ha sido hasta hace años la nación maestra; ellos creen que la política tradicional española ha sido necesaria y buena; nosotros creemos que ha sido desastrosa y mala; ellos afirman que debemos ser optimistas con relación á España; nosotros afirmamos que mientras haya en nuestro país una extensión de páramos casi tan grande como toda Andalucía, no tenemos derecho á dormirnos al arrullo de una retórica ridículamente optimista; ellos creen que España está hecha y consolidada; nosotros creemos que hay que hacerla; ellos suponen que basta conservar las viejas posiciones y abroquelarse en el pasado; nosotros deseamos reunir todas nuestras fuerzas y lanzarnos al porvenir...

Cuentan que Salvator Rosa preguntaba al gran Velázquez si no creía que Rafael era el mejor pintor del mundo, á lo que D. Diego contestó diciendo que la verdad estaba en Venecia, y que el Tiziano llevaba la bandera.

Así como la verdad del arte entonces estaba en Venecia, hoy la verdad en la ciencia, en la industria, en la organización está en Alemania. Los países que no lo querían reconocer,

que están con ella en guerra, no han hecho mas que copiarla en sus procedimientos militares y civiles.

Hace unos días, un hombre de tanta claridad intelectual como Gustavo Herve, afirmaba en su periódico que desde el principio de la guerra los aliados no han hecho mas que imitar á Alemania, y que es conveniente que sigan imitándola.

En nuestro país, la influencia germánica, la adopción de los procedimientos alemanes científicos, técnicos y mercantiles, sería el único modo de penetrar de lleno en el ciclo industrial, de acabar con todo dogmatismo, de limpiar el pensamiento español de las viejas rutinas, de la elocuencia de leguleyos, de nuestras fórmulas de retórica putrefacta.

Nuestra guerra civil

Desde que comenzó el conflicto europeo, el pueblo español, como la mayoría de los pueblos neutrales, está en plena guerra civil. La división de aliadófilos y germanófilos se hace por momentos más grande y profunda, y llega, no ya á las ideas, sino á las prácticas de la vida social.

Al principio de la guerra, francófilos y germanófilos se buscaban y discutían; hoy, convencidos de que no pueden convencerse, se huyen; y cada cual se reúne con los suyos en sus tertulias y en sus cenáculos familiares.

El que no está con nosotros está contra nosotros, dicen, ó por lo menos, lo piensan los que militan en uno u otro bando, y la intransigencia práctica aumenta. No hemos hecho en España listas negras; pero virtualmente las hay. Hace unos días estaba yo en Barcelona con dos

amigos aliadófilos. Un señor dijo á uno de ellos : «Les hubiera invitado á ustedes á ver una casa artística de aquí cerca ; pero como han venido ustedes con Baroja, y Baroja es germanófilo, no les invito.»

Normalmente no tiene nada que ver el ser germanófilo ó francófilo para visitar una casa artística ; pero hoy tiene que ver, sin duda, mucho.

Otro caso de intransigencia lo ha dado mi amigo «Azorín» hace días. Había venido á mi casa un profesor de Kiel á indicarme que un editor de Berlín deseaba publicar en alemán algunas obras de autores españoles modernos. «¿Qué dificultades habrá?», me preguntó el profesor. Yo le dije : «La idea es de fácil realización y de poco coste. Los escritores españoles, sólo por el hecho de serlo, somos escritores de segundo orden ; lo más que se puede pagar por el derecho de traducción de una obra cualquiera de nosotros es 300 ó 400 pesetas. No cobran mucho más escritores de fama mundial, como Kipling y Wells, por sus traducciones. Lo difícil en este punto—seguía diciendo—es elegir una docena de obras españolas que se sostengan traducidas á otro idioma. Para orientarse en esta cuestión debía usted consultar á «Azorín», á Gómez de Baquero y algún otro.»

El profesor de Kiel fué á visitar á Azorín, «Azorín», muy amablemente, le dijo que era

aliadófilo, y que, por lo tanto, no le podía dar informes ni dato alguno.

Yo le decía á «Azorín» al saberlo que esto me parecía absurdo, anticultural y hasta anti-humano; ¿es que vamos ya para hablarnos á exigirnos los documentos, la cédula y hasta el árbol genealógico?

¿Es que nuestro ideal será practicar el Shibolet de los judíos?

La intransigencia inicial se está haciendo á medida que pasa el tiempo más práctica y menos ideológica. Si seguimos así, llegaremos, no á la tertulia de partido, sino á la barbería y á la tienda de ultramarinos germanófila y aliadófila.

La razón de esta tendencia al grupo es que cada clase y cada individuo engrana sus ideas sobre la guerra con sus intereses políticos y particulares; el cura cree que si ganan los alemanes habrá más culto; el militar, más Ejército; el aristócrata, más aristocratismo; el maurista, que vendrá Maura, y el jaimista, D. Jaime; por el contrario, entre los aliadófilos, el republicano supone que si vencen los aliados vendrá la República, y el orador, el periodista, el artista francófilos piensan que el triunfo de los suyos les traerá la simpatía y la devoción de Inglaterra y de Francia, y, sobre todo, el prestigio de París, el tan anhelado prestigio de París.

Este engranaje de los intereses individuales y locales con la cuestión general se ha verificado en Cataluña de un modo extraño. Para muchos catalanes la francofilia es una extensión del catalanismo. El triunfo de Francia, con Joffre á la cabeza, traerá, según ellos, aparejada la independencia de Cataluña. En Barcelona se ha dicho, no sé con qué fundamento, que Cambó ha estado en París á ofrecer la Cataluña autónoma á la supuesta Francia triunfante de mañana.

Las dos tendencias que hoy dividen á Europa en España, y probablemente en todas partes, son espiritualmente dictatoriales.

En uno y en otro partido los hechos se afirman de una manera dogmática, como si fueran indiscutibles. No se quiere volver sobre ellos. No se acepta la crítica. Y es natural. El criticismo es siempre demoleedor, como el pragmatismo es siempre conservador. La crítica no puede ensalzar ni abominar; solamente razoua y analiza, y el razonamiento y el análisis son odiosos para el fanático.

Algunos escritores franceses y muchos españoles consideran que el español que no acepta la pragmática aliadófila es casi un traidor. ¿Por qué? Yo le decía al escritor francés Luis Bertrand, que estuvo en mi casa, en Vera: «Comprendo que ustedes hayan creado una moral para la guerra (Francia: el derecho, la justi-

cia, la civilización; Alemania, siempre agresiva: el alemán bruto, cobarde, violador de mujeres, asesino de niños); comprendo esto, porque ustedes tienen que batirse, tienen que matar y tienen que morir; pero nosotros, que no nos batimos, ¿por qué hemos de aceptar esa pragmática?»

Ciertamente que la guerra hispano yanqui no tenía la importancia que la actual; pero, aunque la hubiera tenido, ¿hubiéramos nosotros considerado como un hombre absurdo ó enemigo nuestro al francés que hubiera seguido creyendo que el norteamericano era un pueblo culto y no una turbamulta de tocineros, como estúpidamente decían algunos? Una nación neutral puede y debe discurrir con claridad y sin apasionamiento. Los españoles tenemos tiempo para esperar, y nuestra posición natural debe ser agnóstica mientras no conozcamos exactamente los términos del problema.

Hoy se siente una gran repulsión por el que cree que puede haber algo bueno y aprovechable en la moral y en el espíritu de los dos grupos de pueblos que están en guerra.

Hay que suponer, sin embargo, que por mucho que se quiera ahondar, por muy profundo que se haga el surco entre unas naciones y otras, más tarde ó más temprano habrá que llenarlo. Los aliadófilos nos dicen que España, por su geografía y por su historia, tiene natu-

ralmente que ir á girar en la órbita de Inglaterra y de Francia, venzan ó sean vencidas estas naciones. La aserción parece exacta, y todo hace creer que la política y la economía nos arrastrarán á un concierto más inmediato con los países de la Europa occidental. Pero, aunque así sea, ¿por qué hay que cerrar la puerta de Alemania? ¿Quién sabe lo que nos puede venir de ahí? ¿Quién sabe si algunas originalidades españolas dormidas esperan la influencia germana para despertarse?

Nuestra guerra civil podría ser un bien si una gran parte de los españoles se colocara en una actitud de expectación y de duda, suponiendo que podían tener razón y podían no tenerla. Creyendo cada cual que posee la verdad, toda la verdad, la verdad entera, nuestra guerra civil no puede tener eficacia para la cultura; ha de ser estéril, perfectamente estéril.

Cosas del momento.

Según mi amigo el Sr. Duval, Francia es el país que lo ha descubierto todo: la navegación aérea, la submarina, la telegrafía sin hilos, el arte gótico.

Francia es la cuna del arte, de la ciencia, y el país que ha dado la libertad á los demás.

España, según el Sr. Duval, no ha descubierto nada—y yo no digo que el Sr. Duval no tenga razón—ni en física, ni en química, ni en matemáticas, y solamente en las artes ha tenido algunos hombres espontáneos y apreciables.

A pesar de esto, el Sr. Duval quiere que él y yo seamos amigos. ¿Cómo? El es una estrella de luz fija; yo soy un pequeño gusano, ni siquiera un gusano de luz.

Monsieur Duval, usted, como francés, está muy alto; yo, como español, estoy muy bajo para que nuestras manos se acerquen.

Monsieur Duval, no podemos ser amigos.

Blasco Ibáñez ha pronunciado un discurso en la fiesta latina de la Sorbona.

Blasco ha asegurado, según dicen los periódicos, que en España, los descendientes de los moros son los partidarios de los germanos.

Esta afirmación pintoresca la ha basado en un juego de palabras, equiparando á los moros («maures» en francés) con los «mauristas» (partidarios de Maura).

Yo siempre he creído que en la «maurería» española hay un fondo de morería y de judería. El viejo Mediterráneo tiene un gran sedimento de semitismo, y de él procede Maura, y de él procede también Blasco.

El autor de «La Barraca», impulsado á seguir su comparación, ha llamado al káiser el califa de Berlín.

El símil no me parece completamente afortunado .

Blasco confunde en este caso el dátil con la salchicha, los productos nitrogenados con los hidrocarbonados.

Podemos, sin duda, representarnos al káiser de dependiente de comercio en una magnífica tienda, rodeado de jamones, embutidos, salchichones y otras «Delicatessen», abominables para un buen semita; pero envuelto en

un albornoz, rezando el rosario en un bosque de palmeras, imposible.

«El País» supone que yo he dicho que el triunfo de los alemanes produciría la revolución. No. Yo no he afirmado más sino que la ideología alemana sería para nosotros más útil, más renovadora que la francesa, y, en general, la latina.

A pesar de que se dice por ahí que en Alemania se ha parado todo movimiento filosófico, yo, por lo poco que he podido enterarme á través de retazos y de malas traducciones, creo que en Alemania existen ahora pensadores de mucha más originalidad que en Francia, excepción quizás de Bergson, que es un judío de origen alemán ú holandés, pariente de los Simmel y de los Cohen.

Ahora mismo, el que quiera tener una idea de los motivos espirituales de la guerra, tendrá que leer á Treitschke, á Chamberlain, á Bernhardi, donde encontrará el pro ó el contra de sus opiniones y de sus ideas; en cambio, en los párrafos de Paul Bourget ó de Barrés no encontrará mas que la eterna bazoña del «drapeau», del «honneur», de la «patrie» de la «bravoure», etc., etc.

Yo creo firmemente que todos los republicanos, todos los liberales, todos los revolucio-

narios españoles germanóforos están en un error. Es decir, no lo están porque la mayoría no tiene en la cabeza mas que palabrería huera.

Yo creo que si hay algún país que pueda aplastar la Iglesia católica definitivamente es Alemania.

Si hay algún país que pueda arrinconar para siempre al viejo Jehová, con su séquito de profetas de nariz ganchuda y de grandes barbas de farsantes, con sus descendientes los frailucos puercos y ordinarios y los curi-tas pedantuelos y mentecatos, es Alemania.

Si hay algún país que pueda desacreditar esta camama del parlamentarismo, es Alemania.

Si hay algún país que pueda acabar con la vieja retórica, con el viejo tradicionalismo español, soez y grosero, con toda la sarna semítica y latina, es Alemania.

Si hay algún país que pueda substituir los mitos de la religión, de la democracia, de la farsa de la caridad cristiana por la ciencia, por el orden y por la técnica, es Alemania.

FIN

INDICE

	Páginas.
La prueba del Paraíso ó la locura humana...	9
El maestro Ezcabarte ó la limitación.....	15
La labor común.....	23
Efectos de la primavera.....	29
El milagro de la campana.....	35
Revolución y sombrerería.....	41
Bohemia madrileña.....	47
Europeización.....	61
El circo.....	67
El español no se entera.....	73
Adiós á la bohemia.....	77
Las ideas disolventes.....	103
Indecisión.....	105
La lógica latina.....	111
Discusiones de Roma.....	119
Pequeña historia de Vera del Bidasoa.....	131
Los pueblos del nuevo tren.....	143
La obra del bizkaitarrismo.....	149

	Páginas.
Lecochandegui el jovial.....	155
El prestigio del libro español.....	165
El tipo psicológico español.....	171
El héroe, un señor y yo.....	177
¿ Con el latino ó con el germano?.....	185
Nuestra francofobia. Nuestro españolismo...	191
Carta de un germanófilo á un suizo alemán...	201
Divagaciones actuales.....	211
La opinión de las mujeres españolas sobre la guerra.....	217
Los germanófilos.....	223
Nuestra guerra civil.....	231
Cosas del momento.....	237



LS.
B264ru

181314

Author Baroja, Pío

Title Nuevo tablado de Arlequin

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

